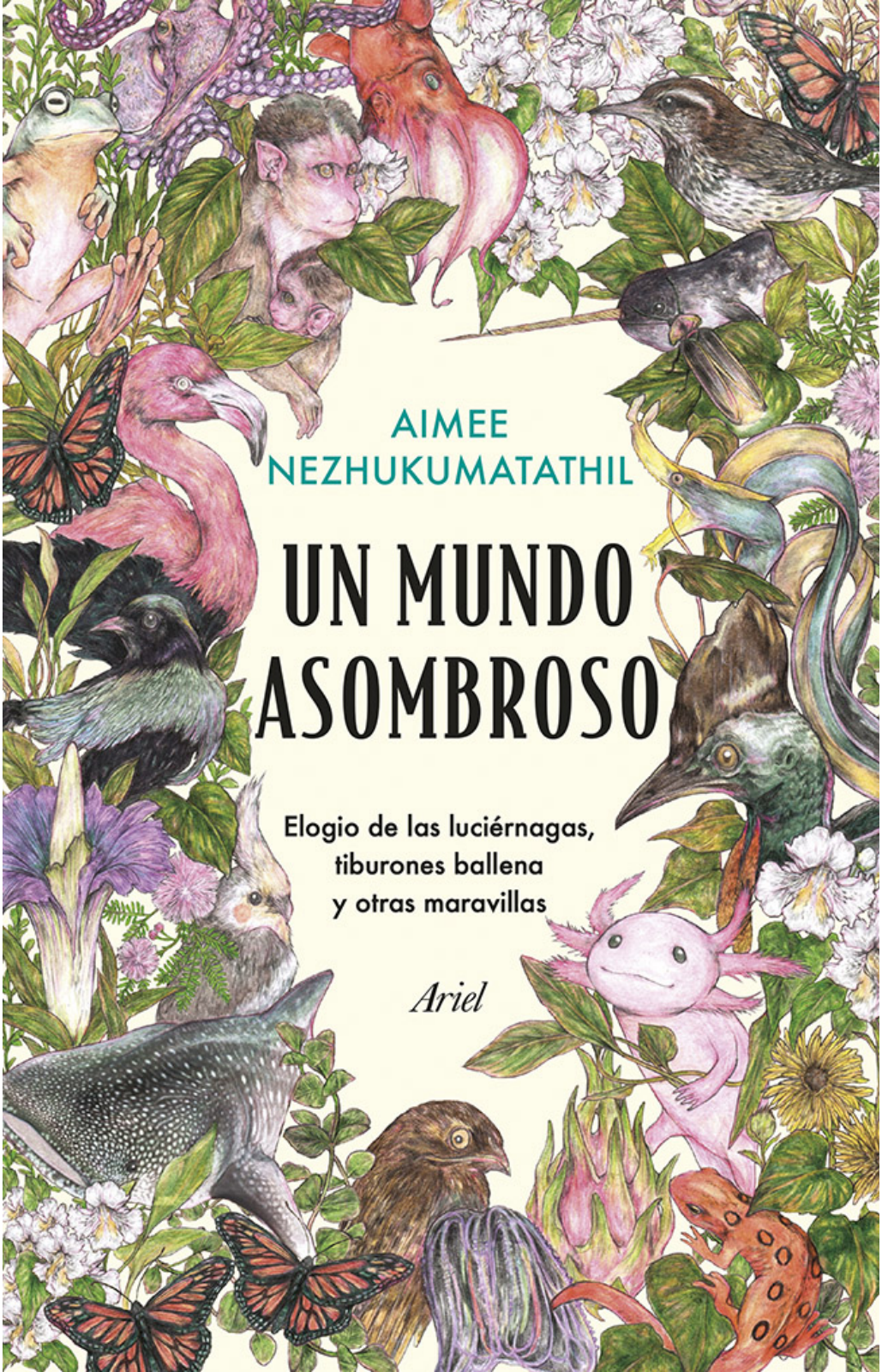


AIMEE NEZHUKUMATATHIL

UN MUNDO ASOMBROSO

Elogio de las luciérnagas, tiburones ballena y otras maravillas

Ariel

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1. Catalpa
2. Luciérnaga
3. Pavo real
4. Nuez de mar
5. Nometoques
6. Cucarachero desértico
7. Narval
8. Ajolote
9. Rana danzarina
10. Calamar vampiro
11. Monzón
12. Flor cadáver
13. Macaco coronado
14. Calendars poetica
15. Tiburón ballena
16. Pájaro estaca
17. Naranja dulce
18. Pulpo
19. Cacatúa ninfa
20. Fruta del dragón
21. Flamenco rojo
22. Anguila de listón azul
23. Preguntas que surgen mientras busco pájaros...
24. Ave del paraíso soberbia
25. Tritón del este
26. Casuario común
27. Mariposa monarca
28. Luciérnaga oriental (reeditado)
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

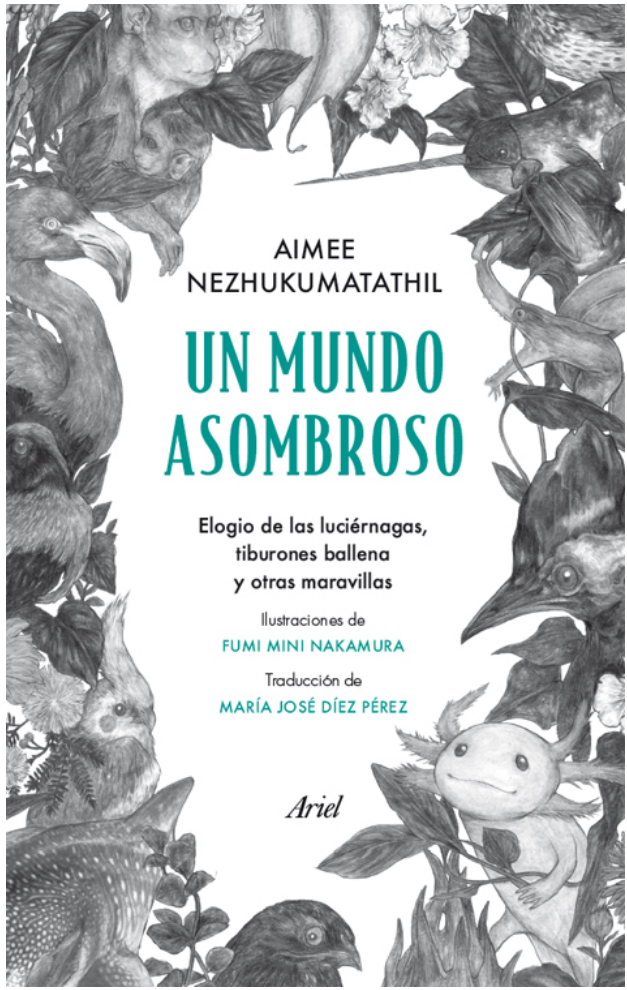
Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

La poeta Aimee Nezhukumatathil nos sorprende con una colección de ensayos sobre el mundo natural donde nos revela cómo los animales y las plantas pueden enseñarnos e inspirarnos.

De niña, Aimee vivió en distintos lugares: Kansas, Arizona, Nueva York, Ohio… Pero, por mucho que le costara encajar o por muy amenazante que fuese el entorno, tuvo siempre como guías a las criaturas que pueblan el planeta. En este libro de una enorme riqueza, la autora aborda una treintena de seres naturales y nos deja entrever las maravillas y rarezas que nos rodean. El ajolote, por ejemplo, nos enseña a sonreír a pesar del dolor; la nometoques nos ayuda a librarnos de proposiciones indeseadas, mientras que el narval nos muestra que es posible sobrevivir en ambientes hostiles. Incluso en lo extraño y lo desagradable, Aimee encuentra belleza y afinidad.

Cargado de poesía y bellamente ilustrado por Fumi Mini Nakamura, *Un mundo asombroso* es una obra sutil y vertiginosa sobre la diversidad y nuestra capacidad de ver y comprender.


AIMEE
NEZHUKUMATATHIL
UN MUNDO
ASOMBROSO
Elogio de las luciérnagas,
tiburones ballena
y otras maravillas
Ilustraciones de
FUMI MINI NAKAMURA
Traducción de
MARÍA JOSÉ DÍEZ PÉREZ
Ariel

Para mis padres, Paz y Matthew,
mis primeras maravillas

La mariposa no cuenta los meses, sino los momentos, y tiene tiempo suficiente.

RABINDRANATH TAGORE

1

CATALPA

Catalpa speciosa

Una catalpa puede ser una sombrilla verde que protege del sol a dos niñas de piel morena en el oeste de Kansas. «Cuidado, cuidado, que luego os ennegrecéis», solía recordarnos nuestra madre cuando nos exponíamos a la luz implacable del Medio Oeste. Cada día después del colegio, el autobús nos dejaba a mi hermana pequeña y a mí delante del Hospital Estatal de Larned, y cada día nuestros compañeros se nos quedaban mirando mientras el autobús se alejaba. Yo abría la puerta de la casa de la doctora —donde vivíamos mientras mi madre trabajó en aquel hospital psiquiátrico— con una llave que llevaba colgada al cuello con un cordón y entrábamos, nos preparábamos un tentempié y terminábamos los deberes de divisiones o de ortografía. Esperábamos allí hasta que nuestra madre llamaba para avisarnos de que podíamos ir a su despacho, una llamada que significaba que le faltaban unos diez minutos para dar por concluida la jornada. Apagábamos el televisor y embutíamos los pies como buenamente podíamos en las cangrejeras de plástico para recorrer el tramo como de una manzana que nos separaba del edificio de administración del hospital. Las catalpas salpicaban los amplios jardines y velaban por nosotras mientras nos dirigíamos al despacho de nuestra madre. Mi hermana y yo sabíamos que no debíamos acercarnos a la valla de la residencia de los pacientes, ya que a veces dejaban que estos jugaran al baloncesto fuera, tras tres capas de alambre de espino. De cuando en cuando, sin embargo, yo me

permitía mirarlos cuando iba montada en mi bici de tres velocidades de color granate y a veces un enfermo me saludaba al pasar.

Las catalpas son uno de los árboles caducifolios más grandes, con casi veinte metros de altura, y de ellos cuelgan vainas largas que encierran semillas planas y con alas que las ayudan a volar. Debido a las vainas, algunos llaman a las catalpas árbol de los cigarros, árbol de las trompetas o *catawba*. Las catalpas os pueden ayudar a grabar el aplauso del viento, que hace que sus enormes hojas con forma de corazón choquen las unas con las otras; esas hojas tienen caracolillos, como los de un muchacho travieso de una película de los años cincuenta cuya primera carrera de coches termina con una derrota y batidos derramados. Sin embargo, estas hojas pueden revelarse en un aplauso atronador si hace un día especialmente ventoso. Una catalpa plantada demasiado cerca de una casa es la crónica de una calamidad anunciada, pero tal vez haya quien piense que el peligro no es tan amenazador, puesto que las catalpas también proporcionan buena madera para guitarras. Y ¿quién se atrevería a cuestionar esa canción en las llanuras?

Todas esas canciones atraen a la polilla esfinge, que de una sentada pone alrededor de quinientos huevos de medio milímetro en las hojas de la catalpa. Estas hojas son la única fuente de alimento de la polilla, y si se deja campar a sus anchas a las orugas de la polilla esfinge, pueden defoliar por completo un árbol imponente. Los niños de las llanuras centrales de Estados Unidos saben que vale la pena gastar el dinero en estos gusanos. Las orugas de la polilla esfinge (a las que también se conoce como «chuches de los bagres») son preciados cebos de pesca; los bagres y las percas azules las engullen sin que al parecer sospechen lo más mínimo de que hayan aparecido repentinamente en el agua.

A veces, antes de salir de la casa de la doctora para ir a buscar a nuestra madre, mi hermana y yo nos hacíamos con monedas para la máquina expendedora que había en la antesala de su despacho. En 1986 un *brownie* de Little

Debbie costaba unos preciosos treinta y cinco centavos; preciosos porque la poca paga que nos daban era impredecible, de manera que no podíamos contar con ella para comprarnos un montón de pulseras de goma con la idea de imitar a Madonna o para algún que otro helado al corte de noventa y nueve centavos de Dairy Queen o para ahorrar para otro par de vistosas cangrejeras. En ese condado pequeño y aletargado nos conocían como las hijas de la nueva doctora, pero mi madre se aseguró de que no nos malacostumbráramos, a diferencia de la mayoría de los hijos de sus compañeros, unos niños que tenían seis o siete pares de las últimas zapatillas deportivas de media caña o que ya hablaban de cuál sería su primer deportivo de lujo. De manera que nuestro derroche tenía lugar la tarde esporádica que mi hermana y yo reuníamos el dinero suficiente para compartir un *brownie*.

Tras saludar a la recepcionista, subir en ascensor unas plantas y pasar por delante de las mesas de billar y la sala de estar de los pacientes, saludábamos a nuestra madre con trocitos de chocolate en la sonrisa. «Las caries, las caries», nos advertía mientras dejaba lo que estuviera haciendo para darnos un abrazo y un beso. Tardé años en atar cabos: su día transcurría intentando ayudar a pacientes que con frecuencia le lanzaban indirectas racistas y amenazas violentas, como «Largo de aquí, amarilla» o «Te voy a estrangular con mis propias manos». No sé cómo podía con las microagresiones de familias que le decían que no entendían su acento, que le hablaban a gritos y despacio, como si mi madre —la mejor de su promoción, la primera doctora de su pequeña aldea del norte de Filipinas— fuese una niña que no se enteraba de nada. Sin embargo, ella siempre mantenía la calma, repitiendo recomendaciones y redactando informes sin perder los estribos.

¿Cómo podía dejarlo todo atrás en aquel despacho y cambiar el chip de inmediato para escuchar los desvaríos de sus hijas de quinto y sexto de primaria, con sus dramas de patio de colegio, sus disgustos y sus victorias? No recuerdo que mi madre hablase del trabajo mientras volvía andando

a casa, se quitaba los estilosos trajes que vestía o nos preparaba comida caliente casera. Yo solo sabía lo que se veía obligada a aguantar tan a menudo porque entraba a hurtadillas en su habitación para hojear sus diarios mientras ella se daba una ducha o se cepillaba los dientes. De no ser por esos pequeños actos de espionaje, nunca habría sabido lo que tuvo que soportar ese año.

Treinta años después me veo debajo de la catalpa más grande de Mississippi. Este árbol es uno de los más importantes de la famosa «senda de los árboles» de la Universidad de Mississippi, donde ahora imparto clases. Sus ramas se extienden en horizontal hasta alcanzar casi la longitud de un autobús y es preciso reforzarlas con soportes metálicos en varios puntos para que las ramas que están blandas y empiezan a descomponerse en el centro no caigan sobre algún estudiante desprevenido.

Las hojas de treinta centímetros de longitud de catalpas como esta para mí siempre han sido sinónimo de refugio del implacable sol y de miradas indiscretas. Cuando me trasladé al sur, creí que necesitaría utilizar esas grandes hojas constantemente, pero por primera vez en mi vida no he tenido que hacerlo. Y por primera vez en sus jóvenes vidas, mis hijos ven a otras personas de piel morena aparte de mí a diario. Aquí, en el sur, nadie se me queda mirando. Nadie se queda mirando a mis padres cuando vienen a verme o cuando están en su casa de ahora, en Florida Central. Mis padres dedican su jubilación a diseñar un intrincado jardín en el patio trasero y a plantar árboles de hojas mucho más pequeñas que las de las catalpas. Una de sus grandes alegrías es ocuparse de los árboles después de dar un paseo diario. Retirar cualquier hoja o rama muerta y podar los árboles así, con más meticulosidad que cualquier corte de pelo que me hicieron en su día. Cuando voy a visitarlos, una de mis actividades preferidas es caminar entre los frutales con mi madre mientras ella me entretiene con todos los dramas arbóreos que han sucedido desde la última vez que estuve en su casa: «A este árbol se le cayeron todas las flores durante el último huracán, ¿te lo

puedes creer? Este año no habrá mangos, qué pena. Este es el árbol en el que mejor crece la orquídea vanda, ¿te acuerdas? Le dije a tu padre que los pájaros iban a dejar pelado este árbol y no me hizo caso, ¿tú te crees?».

En el campus, cuando paso por delante de la gigantesca catalpa, pienso en la tímida niña de sexto que tan nerviosa se ponía cuando la gente se quedaba mirándola. Pero después recuerdo el taconeo seguro de mi madre cuando iba a pie hasta casa después del trabajo con mi hermana y conmigo, cuando la gente nos miraba, pero ella hacía como si tal cosa, o quizá no se daba cuenta. Recuerdo su sonrisa radiante cuando entrábamos como una exhalación por la puerta de su despacho y después sus risas cuando escuchaba nuestras historias de comedor escolar y los dramas de gimnasio de aquel día. Oigo mi propio taconeo cuando corro para conocer a mi primera clase.

La catalpa del campus le ofrece sus flores color crema a la mañana, ya sofocante y húmeda, aunque solo sean las nueve. Sigue en pie, ha superado incluso las dos o tres alertas de tornado que hemos tenido este primer año ventoso en Mississippi. Mientras paso por delante del enorme árbol, tomo nota de qué hojas podrían cubrirme la cara por completo si volviera a necesitarlas. Si volviera a necesitar refugiarme en el anonimato y protegerme de preguntas como «¿Tú qué eres?» y «¿De dónde eres?». Sigo andando. Mis alumnos me esperan. Mis encantadores alumnos sureños, que insisten en llamarme «señora» a pesar de mis objeciones a media voz. Y estoy impaciente por ver sus bellas caras.

2

LUCIÉRNAGA

Photinus pyralis

Cuando el primer destello de luz de una luciérnaga aparece una noche de verano, siempre me entran ganas de llamar a mi madre para saludarla. La bibliografía de la luciérnaga es un vestido delicado y eléctrico, una pequeña llama que chisporrotea en las cunetas de alguna carretera, y los élitros que ocultan las alas posteriores de la luciérnaga se elevan como un cuero ligero, más flexibles que las de cualquier otro escarabajo. En el aire es como una risotada de esas que solo se escuchan en verano, con el tufo a trozos de carne cocinándose en algún lugar calle abajo, y la boca de los niños del barrio manchada de helado derretido y abierta por el entusiasmo que les provoca un partido de béisbol o jugar al pillapilla.

Solía ver luciérnagas cuando volvíamos en coche de veranear con mi familia, de regreso al oeste rural del estado de Nueva York. A mi padre le encantaba conducir por la noche para evitar la luz cegadora y el calor estivales. A mi hermana y a mí nos envolvían en mantas, separadas por una nevera portátil gigante en medio del asiento trasero, y yo me sumía en una duermevela que era tanto mejor porque iba acompañada de los murmullos de mis padres delante. A veces intentaba escuchar, pero iba mirando por la ventanilla y siempre terminaban distrayéndome los destellos erráticos de luz que se desdibujaban al pasar.

Cada año, durante un par de semanas en junio, la única especie de luciérnaga sincrónica de Norteamérica se reúne en las Grandes Montañas Humeantes para ofrecer una

llamativa exhibición. Hace años mi familia se detuvo en esta zona durante uno de nuestros memorables viajes por carretera. Mi padre sabía que debía aparcar el coche lejos de la ladera de una colina increíblemente verde que se precipitaba hacia un ancho valle repleto de trilio, cerezos de fuego y *Viburnum lantanoides*. Sabía que debía cubrir con una bolsa roja la linterna que llevábamos para no molestar a las luciérnagas y enfocar únicamente al suelo mientras guiaba a su mujer y a unas hijas adolescentes que no mostraban mucho interés a través de la pausa azul marino que se crea justo después del crepúsculo. Confieso que en un primer momento deseé estar de vuelta en la habitación con aire acondicionado del hotel, en cualquier sitio menos en ese sendero pedregoso aislado en el que algún que otro canto de rana toro interrumpía la noche. Sin embargo, ahora pienso en mi hermana y en mí, ya adultas y cada una en su hogar, y me invade una profunda gratitud al recordar esas vacaciones familiares en las que podíamos estar todos juntos en la naturaleza, caminando por este planeta.

Mi madre siempre tenía los nervios de punta cuando se acercaba el final de las vacaciones, pero sé que cada día que pasaba lejos del trabajo y con su familia era algo bello y extraordinario. Cómo anhelo esos días de vacaciones lentos y esas noches más lentas aún, a mi madre tomándose su tiempo para elegir el camisón con volantes que nos ponía, para reírse del turismo que habíamos hecho durante el día y de las baratijas que yo me había comprado. Mi madre me tapaba con una colcha hasta la barbilla. Su preciosa melena negra y ondulada me hacía cosquillas cuando se inclinaba para darme el beso de buenas noches, oliendo a Oil of Olay y chicle de menta. Solo en esos viajes experimentaba yo tanta ternura, las palabras tranquilizadoras que una madre puede musitarle a una hija, mientras me acariciaba el flequillo y me lo apartaba hacia un lado. Por la mañana no tenía prisa para subirnos a mi hermana y a mí a un autobús del escolar e irse a trabajar. Cuando mi madre ya no esté, sé que me aferraré a ese agradable perfume de menta y crema hidratante que

siempre asociaré a la belleza y el amor. Me aferraré a esas noches de verano en las que corríamos —y sin embargo no corríamos— a casa. Intentaré trasladarme de vuelta a aquel Oldsmobile como las alas de encaje de los insectos que se encaran cada noche a la bombilla de mi porche, a lo que era entonces mi pequeña familia, ni siquiera lo bastante grande para llamarla enjambre: una hermana, dos padres.

Crecí cerca de científicos que trabajaban con azulejos índigo. No hay azul como el de esas aves, ni plumas más eléctricas. Estos pájaros se orientan siguiendo la Estrella Polar y aquellos científicos intentaban engañarlos para que siguieran a otra estrella en una habitación oscurecida. Sin embargo, la mayoría de los azulejos no cae en la trampa. Cuando los sueltan, encuentran el camino a casa como de costumbre. Los azulejos conocen bien la Estrella Polar, aprenden a buscarla durante el primer verano de su vida, y guardan el conocimiento para utilizarlo años después, cuando aprenden a migrar. Las horas que debieron de pasarse mirando la estrella durante esas noches acurrucados en el nido, asomando la cabeza bajo su madre. Aquel brillo tan potente los mantiene estables.

Si los azulejos se mantienen en sus trece, las luciérnagas se dejan engañar con más facilidad. Basta con que pase un coche con los faros encendidos para que pierdan su ritmo luminoso durante unos minutos, y en ocasiones tardan horas en recalibrar los patrones de luz. ¿Qué es lo que se pierde durante ese silencio de radio? ¿Qué conexiones se traducen de manera incorrecta o desaparecen por completo? Luces de porches, camiones, edificios y la cruda luminosidad de las farolas lo complican todo y disuaden a las luciérnagas de enviar sus luminosas señales de amor, lo que significa que al año siguiente nacerán menos larvas de luciérnaga.

Los científicos no se ponen de acuerdo en cómo o por qué se sincronizan las luciérnagas. Tal vez se trate de una competición entre machos, pues todos quieren ser los primeros en enviar sus señales a través de los valles y la hierba del maná. Tal vez si todos emiten su luz a la vez las

hembras lo tienen más fácil para decidir cuál es la más refulgente. Sea cual fuere el motivo —y a pesar de, o más bien debido a, todas las visitas guiadas que se realizan ahora a las Montañas Humeantes—, las luciérnagas ya no emiten su luz a la vez durante toda la noche. Los patrones a veces se dan en destellos cortos, y después finalizan abruptamente en inquietantes periodos de oscuridad. Las luciérnagas siguen ahí, pero vuelan o descansan en la hierba en silencio visual. Quizá un visitante olvidó atenuar una linterna o dejó los faros del coche encendidos demasiado tiempo, y así es como protesta la luciérnaga.

Los huevos y las larvas de las luciérnagas son bioluminiscentes, y las larvas son depredadoras. Pueden detectar el rastro de baba de una babosa o un caracol y seguirlo hasta su jugoso e incauto origen. Se ha visto a grupos enteros de larvas siguiendo la pista de presas relativamente grandes, como una lombriz de tierra —al estilo de una macabra persecución a la luz de las velas salida de una película antigua y mala—, hasta el borde de una charca turbia, donde las larvas emitían luz mientras devoraban a una lombriz que aún se retorcía. Algunas larvas de luciérnaga viven completamente debajo del agua, la luz centelleando bajo la superficie mientras capturan y devoran caracoles de agua dulce.

Para ser escarabajos, las luciérnagas viven una vida larga y plena —alrededor de dos años—, aunque pasan la mayor parte de ella bajo tierra, comiendo y durmiendo a voluntad. Cuando vemos esos faros emitiendo su luz, por lo general solo les quedan una o dos semanas de vida. Aprender esto cuando era pequeña —a menudo me encontraban caminando despacio por jardines con el césped sin cortar, deambulando, sin estar dispuesta aún a entrar en casa para cenar— me imbuyó de melancolía, aunque viese su luz. No podía creer que algo tan luminoso fuese a desaparecer tan pronto.

Sé que buscaré luciérnagas durante el resto de mi vida, aunque cada año su número se reduzca un poco más. No lo puedo evitar. Su luz titila, una luz color lima en el aire

nocturno estival, como para decirnos: «Sigo aquí, seguís aquí, sigo aquí, seguís aquí, sigo, seguís», una y otra vez. Quizá pueda hacer que sea así. Quizá pueda guardar esas noches de verano que pasaba con mi familia en un tarro de mermelada vacío, con orificios en la tapa y una ramita y unas briznas de hierba dentro. Y en el futuro, a lo largo de esas noches inimaginables en las que sé que echaré terriblemente de menos a mi madre, dejaré que la dulce luz del tarro haga las veces de lamparita para que refresque el aire y lo hienda para mí.

3

PAVO REAL

Pavo cristatus

Tengo ocho años y acabo de volver de mi primer viaje al sur de la India. Durante el tiempo que he estado allí me he enamorado perdidamente de los pavos reales —el ave nacional de la India—, pese a todos los animales abandonados que aparecían en el jardín de mis abuelos y chillaban cada mañana como gatos arrastrados sobre un suelo de chinchetas. Recuerdos de las plumas color turquesa y jade y el cuello azul vivo de esos pavos reales afloran en mi memoria mientras oigo a mi maestra de tercero anunciar un concurso de dibujo de animales. Mis rodillas golpetean contra el pupitre. Sé lo que voy a dibujar, lo tengo más que claro.

Acabamos de trasladarnos a las afueras de Phoenix desde una pequeña localidad de Iowa en la que yo era la única niña de piel oscura de mi clase. Aunque mis nuevos compañeros se me quedaron mirando cuando la profesora me presentó en clase, me encantó ver a niños con distintos tonos de piel en el aula. Veo que mis compañeros van a la biblioteca para informarse sobre el animal que han elegido y le pregunto a la maestra si me puedo quedar para ponerme a dibujar. Ella busca algo en su bolso y veo un paquete de tabaco. «No, no puedes. Todos tenemos que hacer lo mismo», afirma. En la biblioteca escudriño las estanterías: no hay libros sobre pavos reales. Mis amigos eligen distintas razas de perro, pequeños reptiles, gatitos. En mi cuaderno, escribo con pulcra letra cursiva: «*El pavo real es el ave nacional de la India*». Después suena el timbre

que nos devuelve al aula.

La maestra recorre los pasillos para ver lo que estamos haciendo. Cuando se detiene en mi pupitre, huelo y escucho un suspiro tabacoso y su larga uña de color vino da dos golpecitos en mi cuaderno. No sé qué quiere decir con eso. Cuando llega el momento de dibujar el animal que hemos elegido en gruesas láminas de cartulina rugosa blanca, empiezo con un vivo mar verde turquesa y púrpura. Perfilo el dramático ojo del pavo real en negro, como si llevara *eyeliner*. El resto de la lámina se llena de plumas de pavo real, docenas de ojos de color violeta. Veo el dibujo que está haciendo el niño de al lado, una lámina en la que prácticamente no hay nada salvo un garabato: una serpiente.

La maestra continúa escrutando entre las hileras de pupitres. «Hay quien no ha entendido bien la tarea —afirma. Llega a la parte de delante de la clase y se aclara la garganta—. Hay quien va a tener que empezar de nuevo y dibujar un animal americano. ¡Vivimos en A-mé-ri-ca! —Ahora me mira directamente y el cuello se me pone rojo—. Todo el que haya terminado me puede traer el dibujo a la mesa y empezar a hacer los deberes de matemáticas. Aimee. —La clase se vuelve para mirarme—. ¡Creo que vas a tener que repetirlo!»

Le doy la vuelta a mi dibujo y pestañeo con fuerza para no llorar y que las lágrimas no caigan a la lámina. ¿Es que la maestra cree que los pavos reales no pueden vivir en este país? El verano pasado vi pavos reales en el zoo de San Diego, y mi padre me dijo una vez que en Miami incluso cortan calles para que los pavos reales pasen, allí se los ve paseándose por jardines de barrios residenciales.

Cojo otra lámina, vuelvo a mi pupitre y dibujo lo más americano que se me ocurre: un águila calva posada en una rama al borde de un acantilado, con dos huevos asomando de un nido en precario equilibrio. Sé que el nido parece un cesto con huevos de Pascua, pero me da lo mismo. Solo quiero terminar para que mis compañeros dejen de mirarme. Coloreo las alas con el sepia más triste que hay en

mi estuche de pinturas. Antes de entregar el dibujo, añado una bandera americana —tan grande como la que ondea en nuestro colegio—, el asta metida entre las ramas del árbol. Nada en este dibujo parece natural, sobre todo porque he dibujado la bandera mucho más grande que el nido del águila. Desde luego, entonces yo ya sabía que los nidos de las águilas son enormes —tan anchos y altos como un elefante—, pero no quería que la maestra me hiciera más preguntas, así que me lo callé.

Ese día, cuando vuelvo a casa, me arrellano en el sofá y me pongo a ver la televisión. Cuando mi padre me llama para ir a cenar, le digo que no tengo hambre. Cuando entra en el salón para pedirme que vaya a sentarme a la mesa de todas formas, estallo: «¿Por qué tenemos tantos pavos reales por toda la casa? Pavos reales de madera, pavos reales de latón, un cuadro de un pavo real. ¡Es vergonzoso!». Mi padre no dice nada, se limita a salir de la habitación y me responde con voz serena: «Se te va a enfriar la cena». Sin embargo, al día siguiente todos los pavos reales de la casa han desaparecido. Todos los pavos reales salvo los del calendario familiar. Doce meses de pavos reales: delante de una cascada, un museo, una pared de buganvillas; pavos reales albinos, pavas reales y polluelos de pavo real. El calendario sigue en su sitio, señalando el paso del tiempo de ese año con sus cuadraditos y un par de ojos dramáticos nuevos que me miran cada mes.

Semanas después, tras los saludos matutinos y el juramento de lealtad, mi maestra da a conocer los resultados del concurso de dibujo: mi ridículo y excesivamente patriótico dibujo del águila ha quedado primero. Se exhibirá en la gigantesca vitrina de trofeos que hay a la puerta del despacho del director. Siempre pasaré por delante deprisa cuando voy a clase.

Yo era una niña a la que le encantaba dibujar. Yo era una niña a la que le encantaba el color, a la que le encantaba una caja de pinturas nueva, que siempre envidiaba a las niñas que tenían sesenta y cuatro colores pero se las apañaba con sus veinticuatro pinturas de marca

blanca. Yo era una niña a la que le encantaba dibujar y, sin embargo, después de ese concurso, creo que no volví a dibujar un ave, ni siquiera un garabato, hasta bien entrada la edad adulta.

Esta es la historia de cómo aprendí a dejar de lado todo cuanto viniera de la India. Las plumas de pavo real que mi abuelo reunió con sumo esmero para mí el día antes de que dejara la India se quedaron criando polvo al fondo de mi armario en lugar de ocupar un jarrón en la cómoda blanca. Esta es la historia de cómo, durante años, fingí odiar el color azul. Pero lo que puede hacer el pavo real es recordarte un hogar del que saldrás corriendo y al que a la vez regresarás durante toda tu vida: mi color preferido es el azul pavo real. Mi color preferido es el azul pavo real. Mi color preferido es el azul pavo real.

4

NUEZ DE MAR

Mertensia ovum

¿A quién demonios se le ocurriría regalarle pulseras de cristal a una niña de cuatro años? Cuando abrí la caja de pulseritas que me envió mi abuela india, me quedé ojiplática. Ella pensó que había llegado el momento. Me encantaron nada más verlas: la explosión de color cuando levanté mis finas muñecas y las puse a contraluz delante de la ventana, el tintineo y el repiqueteo cuando corría, los rojos, azules y violetas intensos: no había nada que tintineara tan osado o brillante en el invierno de Chicago. En las calles la nieve amontonada superaba en altura a un niño pequeño con botas de agua. Mi padre quitaba a paladas la nieve que se acumulaba en nuestro tejado por miedo de que se derrumbara. Pero yo tenía mis pulseras. Corrí de habitación en habitación solo para hacerlas sonar. «Ten cuidado, ten cuidado —advertía mi madre—. Si se rompen, te cortarás.»

Y cuando por fin me cansé, me tumbé en el suelo del salón y me puse a escuchar los extraños sonidos del invierno: el chillido de los carámbanos al resbalar por el borde de los canalones, la vermiculita en la tierra fría de una planta de interior que pedía agua a gritos. Levanté las pulseras hacia la luz del techo para crear un arcoíris en la habitación —cuánto poder en una pulserita de cristal—, era la primera vez que semejante fulgor emanaba de la mano de aquella niña.

Ya de adulta, todavía me cautivan los despliegues de color saturados de luz. Algunos de los espectáculos

luminosos más vibrantes del planeta no surgen de la tierra ni del aire, sino del océano. Con el pulso y la ondulación de la nuez de mar, cientos de miles de cilios crean arcoíris en miniatura incluso en las zonas oceánicas tropicales y polares más oscuras. Esta explosión de color lleva a personas de toda la costa este de las dos Américas a sostener en las manos estas criaturas del tamaño de una nuez. Pero ¡no deberíais hacerlo! La mayoría son tan delicadas (más finas que la más fina de las lentes de contacto) que se desintegrarán en vuestra palma. Si queréis ver una de cerca, introducidla en un tarro de cristal y observadla allí. Y después, claro está, devolvedla con cuidado al mar.

La nuez de mar es una criatura exquisita. No pica y en realidad no es una medusa. Pertenece a otro filo, el de los ctenóforos. Puede ser tan pequeña como un grano de arroz o puede superar el metro veinte de ancho, lo bastante grande (en teoría) para engullir entero a un niño gordito de unos siete años. Pero no lo hará, porque está demasiado ocupada haciendo ondear esos cilios que parecen cabellos, demasiado ocupada comiendo huevas de diversos peces y demasiado ocupada comiéndose otras nueces de mar.

Cuando las veo en los acuarios, me viene a la memoria la primera vez que sostuve mis pulseras de cristal a contraluz. Siempre me ha atraído el color —ese estallido de dicha—, y creo que podría deberse a que alguien al otro lado del planeta me confió esas pulseritas, esa fragilidad, cuando yo era tan pequeña. Qué mundo submarino crean las nueces de mar, suspendiendo sus millones de arcoíris no en el cielo, sino en el océano, a veces adentrándose de tal modo en simas cegadoras que solo criaturas blanquecinas como rapes abisales y peces pelícano se percatan de esos estallidos de luz, y quizá imaginan, durante un instante, el delicioso lujo que supone recibir el calor del sol tras la lluvia.

5

NOMETOQUES

Mimosa pudica

Del millón y medio de plantas que aproximadamente alberga el Jardín Botánico de Chicago, la que más me asustaba y me deleitaba cuando era pequeña era la *Mimosa pudica*: la nometoques. (O, según prefiráis: mimosa sensitiva, planta de la vergüenza, vergonzosa, moriviví y, mi favorita, dormilona.) En malabar, la lengua de mi padre, se llama *thottavadi*, que —si eres una niña traviesa en segundo de primaria— es un nombre especialmente gracioso para ponérselo a un pececillo de colores tímido o un conejito huérfano que te encuentras un día al salir del colegio, o simplemente para decirlo a gritos mientras vas en bicicleta por un barrio residencial. ¿A qué viene tanto alboroto y tanta euforia por una planta? Bien, yo sigo embobada con las preciosas hojas pinnadas, compuestas, que se abren hacia fuera y después hacia dentro como una pluma, y sus flores esféricas de color lila, que florecen solo en verano y parecen un cruce de una muñeca de My Little Pony con un cohete de fuegos artificiales minúsculo. Sin embargo su mejor característica, y la más destacable, es que cuando deslizas los dedos por las hojas de esta planta, sus hojas se estremecen, tiemblan y se repliegan rápidamente, como alguien que no quiere desvelar un secreto.

Los científicos han averiguado que al tocar las hojas de la planta se liberan iones de potasio, lo que ocasiona una pérdida significativa de la presión celular y hace que las hojas se desplomen como si la planta diera una cabezadita. Este elegante movimiento, denominado «tigmonastia», es el

que derriba a gusanos carpinteros y arañas rojas justo cuando piensan que van a hincarles el diente.

La nometoques es oriunda de América Central y del Sur, pero se puede encontrar bordeando carreteras en Florida y tan al norte como Maryland. He visto caros kits para plantarlas en tiendas de artículos recreativos y manualidades, algo que a mis padres les hace gracia: en la India y el norte de Filipinas esta planta a menudo se considera una mala hierba. Pobre del que decida plantarla en su jardín. Es mejor pensar en la nometoques como en una planta de interior caprichosa y nada más, a menos que haya cobras cerca, ya que se puede utilizar como neutralizadora del veneno. Sin embargo, es mejor no tenérselas que ver con lo deprisa que se extiende y echa raíces. Docenas de tablones de anuncios de jardinería y paisajismo están repletos de súplicas urgentes de ayuda para eliminar la planta antes de que cubra mascotas y mobiliario de exterior como una mala imitación del jardín de la señorita Havisham en la novela *Grandes esperanzas*.

Cómo me gustaría replegarme y cerrarme y librarme de depredadores al menor roce. Menuda habilidad, qué emocionante sería: no me toques en la pista de baile, ¿es que no ves la alianza que llevo en el dedo? No me toques en el metro; no me toques en el tren, en un avión, en un taxi o en una limusina. No me toques en un funicular que sube por la ladera de una montaña, no me toques en la cubierta de un crucero, no me toques entre bambalinas justo antes de que salga a escena, no me toques en la barra mientras espero lo que he pedido para llevar, no me toques en una fiesta universitaria, no me toques si eres un escritor invitado, no me toques en la oficina de correos mientras estoy esperando para enviarle una carta a mi abuela, deja que seamos mis hijos y yo y los hijos de todo el mundo los que decidamos quién los toca y quién no los toca, no los toquéis, no los toquéis.

6

CUCARACHERO DESÉRTICO

Campylorhynchus brunneicapillus

En 1986 un fuerte viento desértico en Cave Creek, Arizona, tumbó el saguaro más alto del que se tiene constancia: más de veinte metros. Ese mismo año, a unos cincuenta kilómetros de distancia, el jardín delantero de todos mis amigos tenía grava de granito, suaves cantos rodados y sinuosos caminos de piedra natural. En lugar de cortar el césped, nuestra tarea consistía en «rastrillar las piedras» y barrerlas cuidosamente, borrando todas las pisadas que dejaban los niños después de correr como locos jugando a «fantasma en el cementerio». Cuando nuestra casa estaba recién construida y en el descuidado jardín trasero todavía había trocitos de mampostería, mis padres escogieron lustrosos árboles botella de Queensland, tronadoras y rosas Super Star. No plantaron nunca ningún cactus ni quisieron plantarlo, que yo sepa: ni ocotillo, ni cactus de barril, ni mi preferido, el saguaro. Por eso, si yo quería ver un ave del desierto especialmente notable —el cucarachero desértico— tenía que esperar al fin de semana, cuando mi padre nos llevaba a hacer senderismo a las montañas malva y rosadas que rodean Phoenix. Siempre íbamos los tres: mi padre, mi hermana y yo; acabábamos de volver a Arizona y mi madre todavía estaba terminando el contrato que tenía en Kansas.

Lo que recuerdo de los barrios residenciales de Phoenix en los años ochenta: en el aparcamiento del Fry's Food and Drug de Bell Road, un patín blanco abandonado, con el cordón rosa flúor de la bota deshilachado. Imagino a un cucarachero desértico tirando del cordón, arrancándolo y

alejándose a toda velocidad con él en el pico —sobrevolando una piscina metalizada tras otra, relumbrantes como un pez de plata y un reflector— y lo deposita en su nido instalado en un cactus saguaro y engalanado con hongos, plantas rodantes y trocitos de zarza cubierta de musgo.

Jason, el niño que vivía enfrente de nuestra casa y que todavía debía ir a la guardería, tenía en su jardín un saguaro de dos pisos de alto, un firme centinela que permanecía impertérrito bajo el sol y soportaba a varios niños aburridos que le tiraban piedras. Cuánto deseaba yo tener mi propio centinela, para que velara por nosotros si, por ejemplo, alguien nos seguía hasta casa en una furgoneta sin ventanas. Ese era el gran temor que nos insuflaron a mediados de los años ochenta: el eslogan «Dale un mordisco a la delincuencia» del omnipresente McGruff, el perro del delito, ya interrumpía nuestros dibujos animados en los canales de televisión más vistos y se podía ver en vallas publicitarias a lo largo de la interestatal. Nos lo insuflaron a nosotros, los niños que vivíamos en aquella calle sin salida, amigos del barrio que tenían llave de casa porque sus dos padres trabajaban. Cuando nuestros padres estaban en casa, rara vez nos quedábamos dentro durante el día.

Llevábamos la llave colgada al cuello de un cordón o prendida en el bolsillo con un imperdible enorme, como nos enseñaba nuestra madre. Esos eran los días en que nuestros profesores nos hablaban de niños que habían salido del colegio pero no habían vuelto a casa. Los días de *Un puente hacia Terabithia*, el libro cuya niña protagonista salía a explorar por su cuenta, se golpeaba la cabeza y se ahogaba. Pero a nosotros no nos ocurrirá eso, insistíamos, a nosotros no. Nosotros seríamos demasiado listos para que nos engañaran con caramelos o con la promesa de ver una caja llena de cachorritos suaves y peludos. Ahora recuerdo con cariño nuestro autobús escolar, que se detenía gemebundo nada menos que a cinco extensas manzanas —más lejos de lo que yo jamás dejaría que mis hijos caminaran solos— y a todos los niños con la llave al cuello que salían de ese

autobús y echaban a andar por la familiar acera sinuosa de vuelta a una casa en la que no había nadie. Y bolsas de patatas fritas y *Los superamigos* y *Scooby-Doo* en televisión.

Los saguaros montaban guardia mientras nosotros pasábamos por delante con nuestra pesada mochila con forma de caparazón de tortuga. Como la mayor de este grupo de niños que era yo con mis doce años, tomé nota de las casas que exhibían en la ventana la pequeña señal triangular que proclamaba que esa casa era «segura» si alguna vez alguien nos seguía o intentaba convencernos de que nos subiéramos a su coche. Allí estaríamos seguros. Veíamos los anuncios de advertencia cada día. Quedábamos para vernos cuando nuestros padres volvieran a casa, porque entonces seríamos libres para recorrer el barrio subidos a nuestra bicicleta. En mi jardín no había cactus, pero los rosales y las tronadoras salpicaban el paisaje, sus cápsulas picudas no lo bastante fuertes para pinchar a alguien. Demasiado frágiles y quebradizas. La mayoría de las casas con la señal amarilla eran de jubilados. ¿De verdad podrían correr calle abajo detrás de una furgoneta sin matrícula? Confiábamos en ese amarillo. Confiábamos en el sol y las agujas de los cactus.

Y confiábamos en el cucarachero desértico, en una criatura que sabía hacerse un hueco en el más inhóspito de los lugares. Cuando mi padre nos llevaba a hacer senderismo por la montaña de Camelback, mi hermana y yo éramos capaces de encontrar a estos pájaros por los sonidos que emitían, un motorcito revolucionando la quietud de la mañana. En comparación con otras aves, estas no tienen nada especialmente llamativo, si acaso la «ceja» blanca, como de dibujo animado, sobre el ojo granate. Si no hacíamos mucho ruido, podíamos observarlas posadas en un cactus o una yuca, mirando hacia abajo en busca de un saltamontes o higos chumbos que hubiesen caído al suelo. El cucarachero desértico, el de mayor tamaño en Norteamérica con sus nada despreciables casi veinte centímetros de longitud, es una de las pocas aves que no necesita agua estancada para beber: consigue toda el agua

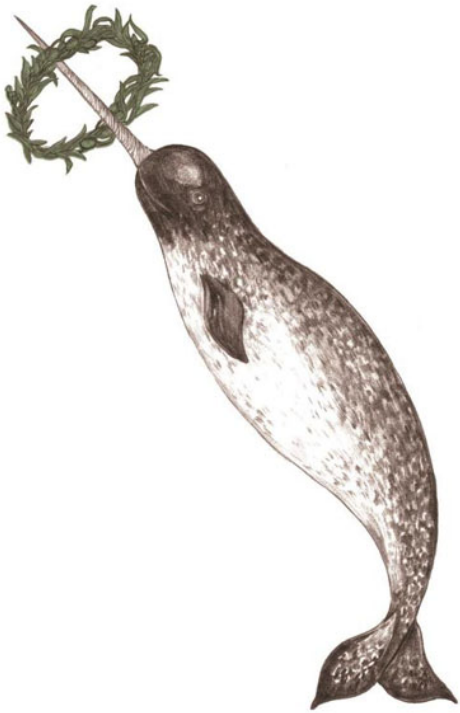
que necesita de jugosos insectos y fruta.

Pero quizá lo que más me gusta de estas peleonas aves sea lo feroces y manitas que son a la hora de proteger sus nidos. Los nidos del cucarachero desértico son formidables, para estar en el desierto; a primera vista es como si a alguien se le hubiese pinchado el balón de fútbol en la aguja de un cactus y se hubiera quedado encajado en la axila de un saguaro. Al observarlo más atentamente, en un extremo veréis un orificio oscuro que conduce hasta un confortable espacio interior. Si encontráis uno de estos nidos, escudriñad las ramas cercanas, porque seguro que daréis con otro: uno de los dos es un nido de pega, en el que el macho espera para dar picotazos y gritos a posibles depredadores mientras la hembra incuba los huevos a salvo en el otro. Pobre de la ardilla o la chirrionera rosa que piense que esa noche cenará huevos de cucarachero desértico.

Mi padre trabajaba muchas horas de terapeuta en la UCIN del Good Samaritan Hospital, en el centro de Phoenix. Sé que aquel año debía de estar completamente exhausto de la delicada labor que desempeñaba durante la semana y de criar él solo a dos risueñas hijas que cursaban primaria, y sin embargo casi todos los fines de semana íbamos a hacer senderismo a la montaña de Camelback. Allí nunca vi a otros asiáticos-americanos. No sé si mi padre se percató de ello; quizá estuviera demasiado ocupado señalando rocas con mica o flores de ocotillo o algún que otro chucahuala que se escabullía tras una piedra. O quizá estuviera demasiado ocupado asegurándose de que sus hijas sabían decir la hora que era por el sol o evitar pisar piedras sueltas o ir por el buen camino. Era otra de las cosas que nos diferenciaba de otras familias de nuestro barrio residencial: no conocía a ningún otro padre que dedicase tiempo a hacer esto con sus hijos.

Mientras íbamos y veníamos de la parada de autobús —o a veces a casa de nuestros amigos, a unas manzanas de distancia, sin que nuestros padres supiesen de verdad dónde estábamos—, los saguaros seguían montando guardia. Esos

imponentes saguaros me proporcionaban una seguridad que ya no tengo de adulta, la seguridad de que podía colocarme detrás del cactus y no me verían, que mis piernecillas oscuras podían llevarme tras el tronco más deprisa de lo que cualquier hombre podría acercársenos para ofrecernos caramelos. Que podían llevarme a cualquier jardín con gravilla y dejar pequeñas huellas en las piedras para que nuestros padres las barriesen y rastrillaran los fines de semana. Tal vez quisiera ser como los habitantes de los cactus, esos astutos pájaros tocados con una extravagante gorra de plumas en la cabeza que parece un corte a cepillo mal hecho, que no parecían tenerle miedo a nada en el duro e implacable desierto, por pequeños que fueran. En los años ochenta, nosotros, los niños de Landis Lane, de la escuela primaria Sunburst Elementary, sabíamos correr por las piedras del desierto —saltar de pedrusco decorativo en pedrusco decorativo y a un lecho sinuoso lleno de suaves cantos rodados— de un modo que haría caer a un secuestrador. Éramos duros. Cada uno de nosotros delgado y de huesos pequeños, con una columna fuerte y lista para plantar cara si alguna vez necesitábamos hacer frente a una sombra que nos acechase.



7

NARVAL

Monodon monoceros

Mi hermana y yo nos mudamos de Phoenix a Kansas a finales de quinto, esta vez dejando atrás a mi padre, además de un año de cangrejeras, New Coke y de intentar ver a Madonna en el concierto Live Aid. Mis amigas de Arizona y yo llevábamos relojes Swatch y montones de pulseras de goma en nuestras delgadas muñecas de piel marrón. Todos los chicos por los que me colé sabían bailar *break dance*. Mis conocimientos de Kansas se reducían a Dorothy y el Mago y a los tornados que señalaban con sus espeluznantes dedos el estado entero. Mi madre nos prometió un jardín enorme con espacio de sobra para jugar al fútbol o lanzar un balón de fútbol americano, pero hasta que nos mudamos no entendí bien a qué se refería con lo cerca que estaba su lugar de trabajo cuando hablaba del hospital y nuestra casa. Vivíamos en el recinto del hospital psiquiátrico, algo que no había hecho ningún niño durante décadas, y el distrito escolar tuvo que crear una parada de autobús solo para nosotras. Cuando subía al autobús, imaginaba que era un narval y tenía un diente irregular gigante —un sable— con el que ensartar a cualquiera que preguntase si mi hermana y yo éramos pacientes del psiquiátrico.

¿Qué mejor animal que el narval para mimetizarse con todo el hielo, todo el blanco, toda la nieve de Kansas? Y ¿qué mejor animal para quedarse allí? Como más feliz está el narval es nadando en bloques de hielo, más que en mar abierto, y puede dejar atrás a la mayoría de las orcas. Son cazadores formidables, pese a su aspecto como de dibujo

animado y el absurdo apodo —«unicornio marino»— que les dio Julio Verne en *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

El «cuerno» del narval en realidad es un diente con alrededor de diez millones de terminaciones nerviosas: un colmillo helicoidal laaaargo que sale del «labio» superior izquierdo hacia el helado océano Ártico. Es uno de los dos únicos dientes que tendrán a lo largo de toda su vida. Todos los machos tienen este colmillo retorcido, pero alrededor del 15 por ciento de las hembras también cuenta con uno y algunos narvales ¡incluso poseen dos! Esto es algo que no puede arreglar ninguna ortodoncia. Durante mucho tiempo los científicos pensaron que este diente no era sino una herramienta de caza, ya que se observó que los narvales golpeaban con él a peces más pequeños para aturdirlos antes de engullirlos, pero está ampliamente aceptado que este colmillo también ayuda a los narvales a «ver» bajo el agua, al disponer de uno de los sistemas de ecolocalización más direccionales del reino animal. Los científicos creen que un narval puede emitir hasta mil «clics» por segundo que se pueden transmitir en forma de rayos estrechos o anchos para buscar comida o evitar el hielo. El colmillo también es un órgano sensorial: es sensible a los niveles de sal del océano y también a los cambios de temperatura. El diente está rodeado de una lámina externa blanda y porosa que encierra un núcleo interior denso repleto de delicadas terminaciones nerviosas conectadas al cerebro. Imaginad cómo sentiríais los dientes después de mordisquear dos o tres polos seguidos y después un cuenco de helado tras otro: imaginad un estado permanente de «congelación cerebral» en la boca.

Los narvales se encuentran principalmente en el océano Ártico, pero de vez en cuando un grupito llega a un fiordo canadiense. La palabra narval deriva del nórdico antiguo *nar*, que significa «cadáver», debido a su característica piel moteada, que se asemeja a la piel con machas de los marineros ahogados. Los narvales no tienen aleta dorsal y sí vértebras cervicales que les permiten girar la cabeza como una ballena: las únicas ballenas que comparten estos

singulares atributos son las beluga. Comen sepia, bacalao y pez volador. Nada demasiado perturbador, ¿no? Sin embargo, su forma de comer sí puede resultar inquietante: un narval se acercará a su comida nadando con gran sigilo, de forma lenta pero constante —abriendo la boca e inhalando como la aspiradora más terrorífica del mundo—, para después, de un bocado enorme y poderoso, tragarse entero al incauto animal. ¿He mencionado que a los narvales les gusta nadar boca arriba? ¿Os imagináis a un narval de mil trescientos kilos que se acerca furtivamente a vosotros boca arriba mientras va abriendo la boca muy despacio?

¿Quiénes son los depredadores de estas criaturas colmilludas? Las orcas y algún que otro oso polar a veces cazan crías de narval. Cuando las orcas van a por un grupo entero, los narvales bajan más y más y más a las profundidades: pueden sobrevivir a casi mil quinientos metros bajo el mar. Y sin embargo se considera que los narvales son una especie «casi amenazada», ya que los seres humanos los cazan por los colmillos y su valioso aporte de grasa.

Una tarde en Kansas mi hermana y yo volvíamos a la casa de la doctora en el autobús del colegio. Cuando casi habíamos llegado, vi a mi madre en la entrada, sacando la compra del coche. Un niño rubio y rechoncho del autobús preguntó si mi madre era china. Cuando dije que no, que era filipina, se estiró de los párpados hacia arriba. Yo sentí vergüenza y lancé un ay. Todavía recuerdo lo que quiera que fuese la mugre negra que tenía bajo las uñas. Todavía recuerdo la barriga colgándole sobre el pantalón vaquero Wrangler mientras él se reía satisfecho de su propia gracia. Y después, por si no le bastara con levantarse los párpados, se tiró de la comisura de los ojos hacia las orejas. «Apuesto a que es china. Ni siquiera tiene los ojos como los tuyos.»

Hielo. Nieve. El plástico blanco de las garrafas de leche que llevaba en ambas manos mientras le sonreía al autobús, buscando a sus hijas entre los rostros de los niños que la miraban. Deseé bajar más y más en el más oscuro de los

mares para que ninguna orca pudiera dar conmigo. Yo no tenía espada y, peor aún, tampoco una lengua afilada con la que soltarle una fresca al niño, de manera que me limité a mirar al frente, cogí mis libros y me fui sin despedirme del pobre señor Johnson, el amable conductor. El narval me enseñó a ver a través del sonido cómo era de verdad ese niño, alguien a quien habría llamado amigo hasta ese día.

No podía saber que, a tan solo una hora al sur del Hospital Estatal de Larned, la persona con la que me acabaría casando, el padre de mis hijos, probablemente estuviese practicando para hacer canastas enfrente de su casa o golpeando pelotas de béisbol en un campo, no muy lejos de una pradera donde pastaban los búfalos. ¡A tan solo una hora del amor de mi vida! ¡Una hora! Un niño blanco que un día me cogería la mano de piel marrón y se la llevaría al corazón cuando hiciera una promesa para que yo pudiera sentir los latidos de su corazón y la calidez que reside en él. Ojalá el narval me hubiese enseñado a escuchar esos clics de conexión, ese eco que me devolvían.

Pero por aquel entonces, en sexto curso, lo único que yo veía era la nieve sucia que el personal de seguridad del hospital levantaba con los pies en la calle cuando hacía sus rondas en busca de fugitivos. Sé que esa noche estuve callada y que no podía averiguar por qué, no tenía las palabras. No era vergüenza exactamente, tampoco rabia exactamente, sino algo similar al aguijonazo de una avispa en la parte carnosa que hay justo debajo del pulgar. El dolor persistía. Esa misma primavera, más adelante, otro niño —el más listo y el corredor más rápido de mi clase— me regaló un anillo con una circonita rosa de bisutería al día siguiente de enterarse de que nos marchábamos. «Para que te acuerdes de mí», dijo en voz baja en el recreo. La piedra brillaba, pero incluso entonces yo palidecí: no me gustaban mucho los chicos, y recuerdo que pensé que era demasiado llamativa, demasiado brillante, demasiado seria.

Yo lo único que quería era que me siguiera escogiendo la primera en los equipos de *kickball*, que saliera en mi defensa si alguien más me volvía a soltar alguna gracia

racista, quizá que se sentara conmigo en el comedor de vez en cuando; pero era demasiado tarde. Nos volvíamos a Arizona. Así y todo, había aprendido que ese estado llano era más que un remolino de viento y caminos de baldosas amarillas. Allí había niños buenos. Niños que, sin importar lo que habían aprendido de la televisión o de sus propios padres, me seguían tendiendo su mano, me seguían ofreciendo un abrazo, niños que me echarían de menos en el recreo, echarían en falta mi forma de colgarme boca abajo, por las rodillas, de los travesaños de los trepadores y de aullar a las nubes que tenía a los pies. Aprendí que todos los girasoles terminan volviéndose hacia el sol. Unos girasoles tan repletos de semillas que mi madre solía parar su pequeño Chevy Chevette en el arcén para sacarnos fotografías a mi hermana y a mí delante de un campo entero y enviárselas después a mi padre. «Te echamos de menos. En Kansas nos va bien, pero te echamos de menos y te veremos pronto.» Esta era nuestra señal, que enviábamos a través del campo de flores a mi padre, a cinco estados de distancia: «Estamos bien». Nuestra tribu seguía unida. Habíamos logrado sobrevivir al hielo y la nieve y nos adentrábamos en la primavera. Nuestra tribu estaba a salvo.

8

AJOLOTE

Ambystoma mexicanum

Si una niña blanca os dice qué maquillaje le va y cuál no le va a vuestra piel oscura, recordad la sonrisa de un ajolote. Lo mejor que se puede hacer en ese momento es sonreír y sonreír, aunque vuestra sonrisa sea escasa. Cuanto más apretéis la sonrisa, tanto más fuertes seréis vosotros.

Dedicadles una sonrisa de salamandra. El ajolote también se conoce como pez caminante mexicano, pero en realidad no es un pez, sino un anfibio. Los ajolotes son de los únicos anfibios que se pasan la vida entera bajo el agua. También son los únicos anfibios neoténicos, es decir, que no atraviesan un proceso de metamorfosis. Los ajolotes son de distintos colores, dependiendo de cuál de los tres cromatóforos que se conocen heredan: iridíforo (que hace que la piel del ajolote sea iridiscente), melanóforo (que los dota de un tono marrón pantanoso) y xantóforo (que les proporciona una bonita tonalidad de un rosa dorado).

La mayoría de los ajolotes conocidos como *wild-type* poseen un aro brillante alrededor de los ojos sin párpado, como si alguien cogiera un rotulador fosforito y lo utilizara como un *eyeliner* para ajolotes. Se sabe que los ajolotes *wild-type* a veces eclosionan de sus huevos con la tonalidad dorada más bella e increíble y los ojos rosas, y su piel y sus ojos solo se oscurecen cuando crecen, para que se mimeticen con el turbio entorno en que viven. Pero, en mi opinión, los ajolotes más llamativos son los leucísticos: de un rosa suave con ojos negros. Esta es la variedad de ajolote que suele haber de mascota en cientos de aulas de

educación primaria en Estados Unidos, por lo general ajolotes leucísticos, de color rosa palo y con la inolvidable curva ascendente de su formidable boca, los que aparecen en pegatinas y camisetas, e incluso como achuchables peluches.

Recuerdas estar probándote distintos tonos de barras de labios de la marca Wet n Wild, incluido uno rojo del color de las manzanas caramelizadas, en el vestuario de secundaria, después de la clase de gimnasia. Tu madre no te dejaba pintarte los labios y los chicos aún no habían empezado a fijarse en ti. Tú solo querías experimentar, sostener una barrita de color junto a la mejilla como sostendrías un vestido de lentejuelas contra tu cuerpo delante de un espejo. Sin embargo, te encantaba oír los pintalabios en los bolsos de tus amigas, tintineando como si fueran dados, de manera que decidiste probar el rojo más atrevido. «No creo que alguien con tu tono de piel… deba ponerse el rojo. Deberías probar este otro», sugirió la chica que no tenía ninguna amiga de piel oscura aparte de ti. Las únicas personas con la piel de ese color que conocía eran las que aparecían en *La hora de Bill Cosby*. Pero tú la adorabas y eras la nueva una vez más. No querías que dejara de esperarte a la hora de comer, así que sonreíste, te encogiste de hombros y farfullaste: «Probablemente tengas razón».

Solo hizo falta esa breve probatura para que te enamoraras de ese trazo rojo que también te daba un poco de miedo, un cardenal visto con el rabillo del ojo que definía el contorno de tu boca. Una boca que se utilizaba para hablar solo cuando te preguntaban. Una boca que permanecía cerrada cuando tú sabías la respuesta porque no querías que nadie pusiera los ojos en blanco o musitase «la enchufada», como habían hecho los años anteriores. Sin embargo, te limpiaste el lápiz de labios rojo con un poco de papel higiénico y te obligaste a sonreír mientras salías del vestuario con un pintalabios claro, de color algodón de azúcar, que te hacía parecer pálida y reseca.

Cuando eres adulto un ajolote te puede ayudar a

sonreír, aunque alguien de tu departamento una las manos como si estuviese rezando cada vez que os encontráis fuera del campus y haga una rápida y leve inclinación de cabeza mientras dice «namasté», a pesar de que ya le has dicho varias veces que en realidad tu lugar de culto es una iglesia metodista. Pero es como si no te oyera, o como si te oyese pero le diera lo mismo, y riese para sus adentros al cruzar el aparcamiento helado, con las manos metidas en los bolsillos. Ancha y apretada, la sonrisa del ajolote va de un extremo del rostro del anfibio al otro, curvándose ligerísimamente hacia arriba en ambos extremos.

Quizá la segunda peculiaridad del ajolote, por detrás de la sonrisa, sean las branquias externas en los apéndices que se despliegan en abanico en la parte posterior de la cabeza, tres a cada lado, como una extravagante corona de plumas de color fucsia que se extiende desde el cuello. El ajolote suele crecer hasta que mide poco más de treinta centímetros y se alimenta de toda clase de gusanos: de sangre, de la cera, lombrices de tierra. También le gustan las larvas de insectos, los crustáceos e incluso los peces pequeños, si los puede encontrar.

A los científicos les ha dado por estudiar a los ajolotes por las propiedades regenerativas de sus extremidades, únicas en el mundo animal, ya que al parecer estos animales nunca forman cicatrices para cerrar una herida. Los ajolotes pueden reconstruir incluso una mandíbula rota. En experimentos recientes los científicos les han aplastado la médula espinal y hasta eso se regenera. Según la revista de divulgación científica *Scientific American*, a un ajolote se le puede cortar una extremidad por cualquier punto —muñeca, codo, parte superior del brazo— y simplemente le crecerá otra. Se le pueden cortar distintas partes de brazos y piernas un centenar de veces, y su sonrisa y un brazo nuevo siempre volverán a florecer, como una nueva planta perenne. Justo cuando uno cree que nada crecerá ya después de un invierno así, los menudos, blanquecinos brotes del croco se abren paso entre la descuidada tierra, cubierta por una fina capa de mantillo, tras superar una

difícil y densa nieve primaveral. Una herida imposible lucha por llevarle la contraria al cuerpo y dice: «Tengo otro. Y otro». Los experimentos consisten en la amputación reiterada de extremidades, hasta un centenar de veces. ¿Qué dice el técnico de laboratorio cuando ya lleva quizá noventa y cinco días haciendo esto? «Cinco más y cerramos el informe.» ¿Cómo puede ser que esa persona llegue a su casa y olvide esos cientos de brazos y piernas amputados? Cuesta recordar lo amenazados que se encuentran los ajolotes al ver lo deprisa que su cuerpo regenera las distintas partes, cuando te sonríen en los acuarios, moviendo las branquias rosadas mientras te estudian y escudriñan tu boca inmóvil.

Es especialmente devastador que los fundadores de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza hayan determinado que ya no quedan ajolotes en estado salvaje. ¡Ninguno! Los ajolotes salvajes solían nadar en abundancia en dos lagos de México, pero no se tiene constancia de que se haya encontrado ningún ajolote salvaje desde 2013. Uno de los lagos se desecó como resultado del crecimiento de la población humana —el crecimiento en Ciudad de México— y el otro se ha visto infestado de carpas recientemente, unos peces que engullen huevas de ajolote como si fuesen M&M. Ahora los ajolotes se encuentran en acuarios y tiendas de productos para animales, donde se venden como mascotas.

A pesar del semblante aparentemente sereno del ajolote, que a menudo engaña a la gente para que crean que es mono y que quizá se sienta un tanto cohibido, los ajolotes son bastante entusiastas —a veces incluso caníbales — en lo tocante a sus hábitos alimentarios. Pero la naturaleza tiene su forma de ponernos sobre aviso para que nos mantengamos alejados y los admiremos desde una distancia prudencial o detrás de un cristal: las patas delanteras del ajolote no terminan sin más con dulces estrellas rosas propias de *millennials*, sino que son garras diseñadas para ayudar al ajolote a comer carne. Y cuando coma y lo ponga todo perdido, cuando coja un ovillo de

gusanos de sangre y se los meta en la boca, comprenderéis cómo aprende una galaxia a girar en la oscuridad y cómo empieza a crecer y crecer.

9

RANA DANZARINA

Micrixalus adonis

Debe de ser verano, la estación de las fiestas y las barbacoas al aire libre, porque no me canso del baile; más concretamente, de ver animales que bailan. Y no soy la única. No hace mucho el mundo de los reptiles y los anfibios se tambaleó con el descubrimiento de catorce nuevas especies de rana, todo un récord. Los herpetólogos dieron a conocer la noticia en primicia en Kerala, el estado del sur de la India del que es oriunda la familia de mi padre. Esta región es un foco de biodiversidad, lo que significa que mucha de su flora y su fauna no se encuentra en ningún otro lugar del planeta. Las catorce ranas nuevas pertenecen al género *Micrixalus*, y los herpetólogos las han llamado «ranas danzarinas».

Cuando digo esto quizá os venga al pensamiento la rana Michigan J. Frog —qué maravilla de nombre—, de los clásicos dibujos animados Looney Tunes. Michigan J. llevaba chistera y bastón, cantaba *Hello! Ma Baby* y bailaba solo cuando la gente no miraba. Y ¡cómo bailaba!: extendiendo esa pata con más energía y vitalidad que cualquier bailarina de cancán. Solo las ranas danzarinas macho, como Michigan J., presentan este inusual comportamiento. Cuanto mayor es el tamaño de la rana, tanto más danzan. Es una forma de cortejo y también una señal defensiva a lo «apártate, esta señorita está comprometida», muy necesaria en la pista de baile de la jungla, donde los machos a menudo superan en número a las hembras en una proporción de cien a una. Una rana

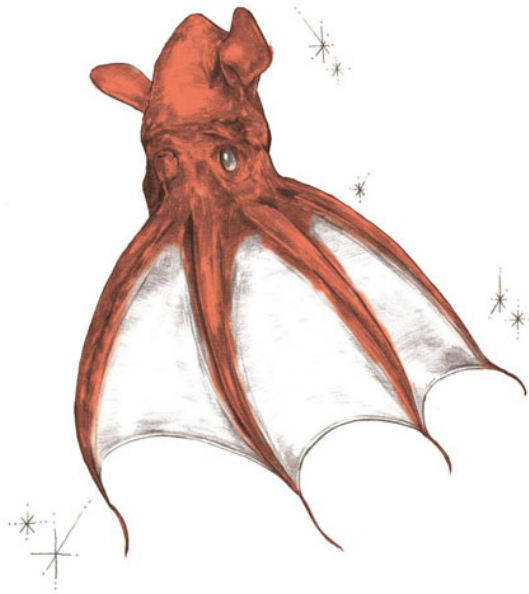
empieza subiéndose a una piedra mojada próxima a un arroyo fresco y estirando hacia atrás una pata y luego la otra. Cuando la pata está completamente extendida, la rana abre los dedos todo lo posible, como si abriese un paraguas, con la membrana entre cada par de dedos tensada al máximo. Es un semáforo que les dice a las demás ranas macho «¡Largo de aquí!» al mismo tiempo que avisa a las hembras: «¡Eh, venid a uniros a la fiesta!».

Una rana danzarina tiene aproximadamente el tamaño de una bola de golf y es supersensible a los patrones de lluvia y a los niveles de agua de los arroyos, ya que para su reproducción han de darse unos requisitos concretos. Cuando el macho y la hembra se conocen, ella comienza a bailar a su manera: remueve con las patas traseras piedrecitas y tierra para formar un hueco para los huevos. La mayoría de las veces encontrará un lugar en un arroyo donde el agua apenas cubra el lecho pedregoso. Si hay demasiada agua, las ranas danzarinas podrían ser arrastradas por la corriente cuando intenten poner los huevos. Si hay demasiado poca, los huevos ni siquiera tocarán el lecho, lo que implica una muerte casi segura para los huevos si se secan por completo. Cuando finaliza la puesta de huevos, la hembra se sacude al macho que ha estado llevando a cuestas. A continuación, este es libre de encontrar otra piedra mojada en la que pasar la tarde moviendo la cadera, acompañado de un murmullo de agua dulce: un xilófono que pone música a su actuación.

Por desgracia, sin embargo, los herpetólogos no pudieron celebrar su descubrimiento durante mucho tiempo. Las ranas danzarinas ya están clasificadas como especies en peligro de extinción, debido a los erráticos patrones del monzón en los bosques *shola* de esta parte por lo general frondosa y verde de la India. Temperaturas récord han estado secando su hábitat, de manera que los científicos pidieron al Gobierno que protegiese esta área relativamente pequeña de la deforestación y la cada vez mayor contaminación. Muchos herpetólogos temen las «extinciones anónimas», lo que significa que más tipos de

ranas danzarinas se podrían extinguir antes incluso de que hayan podido ser descubiertas. Y perderlas sería un auténtico desastre: perderíamos unos vínculos únicos con ochenta y cinco millones de años de historia evolutiva.

Sé que es algo que da que pensar, pero no hemos de olvidar que, en estos tiempos de tantas extinciones, hallar catorce (¡catorce!) especies nuevas de rana es un pequeño rayo de esperanza. Las ranas son los grandes bioindicadores de este planeta, lo que significa que la salud de las ranas danzarinas es un indicativo de la salud de la biosfera en sí. Se trata de una noticia alentadora procedente de uno de los lugares más bellos del planeta, donde los riachuelos de agua fresca fluyen a lo largo de la base de las montañas Ghats del suroeste de la India. Y por el momento me alegra profundamente saber de la existencia de estas pequeñas que extienden las patas en una piedra a la sombra y que, unidas por el baile, desafían a las piedrecillas, el agua y el viento.



10

CALAMAR VAMPIRO

Vampyroteuthis infernalis

En aguas profundas, sumido en la perpetua noche eléctrica de la columna de agua —un lugar donde la luz del sol no marca el tiempo ni ilumina filamentos plateados—, el calamar vampiro se desliza en busca de comida a base de nieve marina. Estos trocitos muertos de caspa del océano son en realidad las partículas en descomposición de animales que murieron cientos de metros por encima de la zona batial. El calamar vampiro atrapa esta nieve con dos largas cintas de piel que se encuentran separadas de sus ocho tentáculos. Si tiene hambre de verdad enfoca con sus enormes ojos una luz, la tentación de algo de mayor tamaño: un pez pelícano, quizá, o un rape abisal que atraviesa las negras aguas. Los ojos del calamar son del tamaño de una canica grande. Aun así, con relación a su cuerpo, son los más grandes de todos los animales del planeta.

Si el calamar se siente amenazado o quiere desaparecer, tal vez ninguna otra criatura del océano sea capaz de expresarlo con un espectáculo más deslumbrante y efectivo al mismo tiempo. Cuando el calamar vampiro se propulsa para alejarse, cada una de las puntas de sus brazos irradia luz y se mueve en distintas direcciones, confundiendo a cualquier depredador. Para efectuar una huida más rápida incluso, el calamar se sirve de la propulsión a chorro batiendo sus aletas hacia abajo, hacia su manto; simultáneamente lanza un chorro de agua por el sifón, mientras mantiene todos los brazos en una dirección.

En el siguiente braceo, el calamar levanta los brazos por encima de la cabeza en lo que se llama «posición de piña». La cara interna de sus brazos está revestida de minúsculas estructuras parecidas a dientes y llamadas «cirros», que parecen colmillos listos para merendarse a cualquier cosa que lo quiera perseguir.

Como si eso no bastase para ahuyentar a un depredador, el calamar vampiro expulsa una nube pegajosa de moco luminiscente en lugar de tinta. El arabesco de luz solidificado desconcierta temporalmente al depredador, que al final no sabe dónde o qué morder, y mientras tanto el calamar vampiro se aleja zumbando, poniendo metros de por medio. Es como si estuvieseis persiguiendo a alguien y ese alguien se detuviera, se diera la vuelta y os lanzase a la cara un cubo de grandes lentejuelas verdes viscosas.

El momento en el que más deseé ser un calamar vampiro fue cuando era la chica nueva en el instituto. Nos habíamos mudado muchas veces durante mi infancia, pero el traslado que se me hizo más difícil fue entre segundo y tercero de secundaria. Pasé de un curso con alrededor de cien alumnos en el oeste del estado de Nueva York a otro con bastantes más de quinientos en Beavercreek, un barrio residencial de Dayton, Ohio. De presidenta de mi clase en segundo pasé a ser nadie, una chica que se presentó a la prueba para entrar en el equipo de tenis no porque me interesara ese deporte, sino porque durante los entrenamientos al menos no tendría que estar sola. Almorzaba en la biblioteca. Almorzaba en una escalera que no utilizaba casi nadie. Almorzaba en la oscuridad del único ascensor, oculto a la vista de todo el mundo, salvo algún que otro estudiante con muletas o en silla de ruedas. En una ocasión almorcé —mi triste sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada— de pie en el cubículo arañado y pintarrajeado de un cuarto de baño. Para pasar la hora, me puse a leer las a menudo vulgares y en ocasiones divertidas pintadas que habían garabateado en la puerta, solo para que nadie pudiese ver que no tenía nadie con quien hablar.

Ese fue mi año cefalópodo, cuando más llegué a desear desaparecer o descender a las profundidades marinas. Nunca había temido el primer día de clase o conocer a gente nueva. Después de tenis, cuando todos los demás quedaban para ir a la pizzería del barrio, yo me esfumaba. No sé si mis compañeros de equipo se dieron cuenta alguna vez o se preguntaron adónde iba.

Ah, no terminé el instituto así, nadando en la oscuridad. Acabé haciendo amigos, riendo con ellos en la parte de atrás del autobús del instituto. Me sumé a un puñado de cerebritos estupendos en el grupo de oratoria y debate y al final entré en el equipo de tenis universitario, donde llegué a jugar partidos de dobles entre distritos con mi hermana. Ya no había escondrijo que valiera. Cuando tenía que irme pronto de las fiestas para llegar a casa a mi hora, la gente se daba cuenta. No querían que me fuese. Y tuve una profesora —la señorita Harding— que quiso que yo brillara. Sé que suena de lo más ñoño, pero esos amigos me hicieron creer en el mantra «Si a uno de nosotros le va bien, a todos nos va bien». Me apoyaban generosamente. Parecer impasible era aburrido. Eran mi pandilla, mi gente, y con muchos de ellos sigo manteniendo la amistad a día de hoy, aunque nos hemos desperdigado por el país. Nos fuimos cada uno por su lado lo más deprisa que pudimos en cuanto nos graduamos y lanzamos el birrete al aire.

Sin embargo, no hubo un punto de inflexión concreto en el que dejara de intentar desaparecer. No sé cómo logré librarme de esa soledad, cómo conseguí superar el año más oscuro y solitario de mi juventud. Adiós a esos almuerzos que comía a medias y tiraba deprisa a la basura. Adiós a fingir que me estaba documentando para que la bibliotecaria me dejara leer en paz. En lugar de eso empecé a garabatear cuaderno tras cuaderno, intentando llegar a ser yo a través de la escritura, puesto que nunca veía a nadie que se pareciera a mí en libros, películas o vídeos. Nada de lo que escribía se podía clasificar como poesía ni de lejos, pero sé que tenía un registro lírico. Estaba aprendiendo por mi cuenta (y copiando mal) la metáfora.

Estaba descubriendo el placer y la emoción de la música y la electricidad que sentía en la lengua cuando leía en voz alta. Volvía a estar en la superficie. Volvía a ser la chica que había suplicado a mis padres y al director que me dejaran empezar el colegio un año entero antes. Y estaba sedienta.

Emergí de mi año de cefalópodo, salí de mi zona batial. Pero agradezco el tiempo que pasé allí. De no ser por ese año de sombras, ¿cómo sabría escudriñar el rostro de mis propios alumnos? ¿O dejarlo todo para comunicarme, comunicarme de verdad, con cada uno de mis hijos cuando vuelven a casa del colegio, para asegurarme de que lo están pasando bien y se sienten seguros? De no ser por ese año en el que nadie me habló en el autobús del instituto, en el que no tuve a nadie en San Valentín, ninguna cita, no sabría qué decirle a mi alumna de la mochila con manchas de grasa, que se sienta sola en un rincón y no mira a nadie a los ojos. Que no habla nunca en las demás clases y no habló nunca en la mía a menos que le preguntara. No sabría distinguir si su soledad es voluntaria o si esconde una sed de ser vista, de brillar con una amistad como la que tenía yo año sí y año no. Aunque no lo digo, me encanta la audacia del pelo alborotado, recogido en un enorme moño despeinado en la parte alta de la cabeza, de esta alumna que siempre llega tarde y es la última en marcharse, pero siempre, siempre va por delante del plan de estudios en sus lecturas. La que me dice cuando vuelvo tras haber estado de baja con gripe una semana entera: «La he echado de menos. No sabe lo que me alegro de que haya venido hoy».

«Yo también», contesto. Y lo digo porque lo siento. No conocería la sonrisa ancha y radiante que podría arrancarme una alumna así.

11

MONZÓN

En Kerala la gente sigue conduciendo sus coloridas *scooters*, y algunos hasta llevan detrás a un amigo o amante, aunque llueva. Si la que va tras el conductor es una mujer, irá sentada de lado, envuelta en su sari o con su *churidar*. Con una mano se agarra al borde tapizado del asiento para sujetarse y con la otra sostiene un paraguas negro para ella y el conductor. El plic-plic-plic de las gotas de lluvia del tamaño de una moneda de un cuarto de dólar y el motor de la *scooter* son los únicos sonidos en los que vale la pena fijarse durante el recorrido pasado por agua por las calles del pueblo.

Sin embargo, esta lluvia nunca asusta, ni siquiera durante el monzón. Se puede saber que se acerca el monzón cuando se escucha un sonido a lo lejos como de alguien que sacudiera una bolsa de pipas, una pausa y después el rugido. Se sabe que se avecina cuando las mariposas —saltarinas amarillas y triángulos azules— revolotean en grandes cantidades sobre los canelos y de pronto desaparecen. Toda una familia de pavos reales se reunirá en un baniano, muy quieta, como si posara para un retrato. Después se escucha la sacudida.

Si pudierais oler el aire levantado por las alas de un pequeño murciélago eufórico; si pudierais oler las hojas de plátano que se inclinan con modestia hacia la tierra rojiza; si pudierais inhalar las nubes en su veloz deslizar por el cielo: así es como huele la lluvia del monzón.

Dos veces al año, los monzones transforman la costa suroccidental de la India en una llamarada de verdor vivo. De los dos monzones, el suroccidental, entre mayo y agosto,

es el más copioso, mientras que el nororiental, en octubre, es más neblinoso y ligero, rocía levemente el rostro de las personas del alba al ocaso, igual que las máquinas de niebla de la sección de fruta y verduras de la tienda de mi barrio, que se activan indefectiblemente cuando estoy inspeccionando unos espárragos o una bandeja de jugosas frambuesas. El monzón suroccidental dota de mayor profundidad y anchura si cabe a ríos metálicos como el Periyar y el Bharathapuzha en su fluir hacia el oeste desde las escarpadas Ghats occidentales, perdiéndose en lechosa conversación en los canales profundos para finalmente poner rumbo al mar Arábigo. En la ribera los cocoteros se inclinan y enmarañan. Desde un puente lejano el horizonte no es sino estrellas verdes.

Matad una cobra negra y colgadla de un árbol para que llueva.

Los anillos alrededor de la luna presagian lluvia.

Los cuervos saben cuándo se avecinan lluvias.

Las vacas tumbadas predicen lluvia.

Si dos palomas se posan en un franchipán, mirando hacia el mismo sitio, lloverá.

Si queréis que llueva, tragad cuatro semillas de guayaba peruana.

Si pisáis una hormiga, lloverá.

Una luna naranja es señal de lluvia.

Un perro comiendo hierba anuncia lluvia.

La lluvia es la fiel compañera de mi abuela en Kerala, esa «tierra de cocos». Kerala, tierra de la lluvia. Estoy en primero de posgrado, y aunque ya he visitado la India antes, mi hermana y yo nunca habíamos ido sin mis padres. Escucho el murmullo de la lluvia mientras deambulo por los mercados de Kottayam, la ciudad en la que vive mi abuela. El agua me corre por el cuello, formando abalorios en mi piel cerosa, en la que acabo de aplicar repelente de mosquitos. En el espacio que se abre entre mis cejas tengo

un borrón negro: el *bindi* líquido que tanto me ha costado pintar me chorrea por el puente de la nariz.

Gruesas gotas de lluvia caliente me empapan el rostro incluso mientras estoy en el porche trasero de casa, que está techado. Observo a tres ancianas con sendos saris —gráciles como aves coloridas que se dispersan cuando ven una mangosta— que saltan el muro de cemento coronado con cristales de botella verdes para robar cocos del huerto de mi abuela. Llamo a gritos a mi abuela, a su chófer, y después exclamo: «¡Eh! ¡Que os estoy viendo!». Pero es demasiado tarde. Para cuando mi abuela quiere salir, arrastrando los pies con su sari de raso color melocotón, ellas ya han desaparecido entre la verdura.

Anjana, mi prima de once años, y yo a veces vemos la MTV India sentadas en el sofá de terciopelo marrón de nuestra abuela. Un día el televisor chisporrotea y se apaga, gracias a uno de los muchos apagones aleatorios que se producen en el pueblo. Mi abuela los llama «El corte». Por ejemplo: «Tenemos que lavar la ropa por la mañana antes de El corte». O: «Termínate el helado o se echará perder con El corte». O: «En este pueblo hay demasiados niños por culpa de El corte». Nos quedamos mirando la pantalla, dos primas que solo se habían visto en fotos hasta hace una semana. Anjana es la primera que rompe el silencio.

—A veces las ancianas atan una rana a un ventilador de techo. Una ranita, ¿sí? Y después se ponen a cantar a pleno pulmón que la rana tiene sed y necesita agua. Toda la familia lo observa, hasta la criada mira. La rana da vueltas, da vueltas en el techo, ¿sí? Puaj, ¿sí? Luego, luego… al día siguiente, ¡llueve!

—¿Qué le pasa a la rana? —pregunto.

—Nada. Creo que la criada la baja.

Cualquier aprensión o duda que pudiera tener sobre los bichos desapareció a las setenta y dos horas de poner el pie en Kerala. He aprendido que el pequeño revuelo de insectos contra la mosquitera que rodea mi cama es más ruidoso cuando las luces están encendidas, así que me aseguro de escribir aerogramas a mis amigos solo de día. Cada noche

meto y remeto la mosquitera hasta dejarla bien tirante alrededor del fresco colchón. Me cepillo los dientes con la mano derecha mientras con la izquierda atrapo el aire que me rodea para que no me piquen los mosquitos, molestos y palpables ya en el aire al presentir la sangre de otro. Cuando abro la mano, la palma está llena de asteriscos negros.

La mañana siguiente mi hermana y yo le pedimos a mi abuela que permita que el chófer de la familia nos lleve a la playa del lago Vembanad, lejos de la casa, donde reinan la humedad y el silencio debido al apagón del día. Durante la media hora de trayecto, dejamos atrás a niños pequeños descalzos que sostienen libélulas en las manos ahuecadas, el rostro iluminado de alegría al ver el batir de alas azules contra el cielo gris del monzón. Las familias unen sacos de arroz vacíos para dotar de un tejado a sus cabañas. Por la mañana temprano y a primera hora de la tarde, cuando la lluvia cae fuerte y segura con el perfume a ala de murciélago, me pregunto cómo se mantienen secos.

Cuando deja de llover, afloran olores fantásticos —de los que harían morir de envidia a quienes asisten a un festival gastronómico—: huevos al curry, gruesos filetes de pescado a la parrilla en leche de coco, chili de pollo, *payasam* —una suerte de arroz con leche pero con *noodles*— y dulces cuadraditos de miel *hulva* enfriándose en mesas de madera. Aquí la mayoría de la gente cocina fuera de casa y los vecinos se las arreglan para compartir lo que tienen con los menos afortunados. Hogares enteros —tíos lejanos, criadas, chóferes, perros, pavos reales, la vaca de la familia — se tumban para echarse una agradable siestecita después de comer mientras esperan a que la lluvia amaine para poder preparar la cena. Aunque la familia aún sienta un poco de humedad, están saciados y satisfechos, con las barrigas llenas.

Cómo aumentó su familia el pavo real: cuando un niño travieso confundió un poco de aceite con un charco de

lluvia, sus pisadas se tornaron pequeñas lunas grasientas. Y cuando esas lunas se arracimaron y giraron formando una órbita de azúcar, se desplegaron en un pecho azul, y el pecho dio leche, y la leche dio un grito: el famoso chillido del ave, como si alguien hiciera gárgaras con nata caliente con canela.

Llegamos a un complejo turístico donde la gente puede alquilar casas flotantes para pasar un día o una semana. Es el lugar más cercano que sirve helado y está reforzado con generadores. Un par de pavos reales macho se pavonean cerca de nuestro coche y se detienen delante de nosotros, demasiado cerca: estoy acostumbrada a que las aves se dispersen al primer indicio de lluvia o personas, pero estas nos miran fijamente y no se mueven hasta que mi abuela las amenaza con el bolso de mano. Las famosas casas flotantes de fibra de coco de Kerala esperan a que el siguiente grupo de turistas suba a bordo antes de que caiga un nuevo chaparrón. Voy corriendo hacia la playa embarrada, donde el océano Índico se empieza a incorporar con suavidad al mar Arábigo, mientras mi abuela, que mide menos de un metro cincuenta, camina pesadamente por la arena, intentando darme alcance. «Aimee, Aimee, quédate aquí. ¡Oye! Vas a acabar con más picaduras en la cara. ¿Qué le diré a tu padre cuando te mande a casa así? ¡Vamos dentro a tomar el helado!»

CARTA DE LA HELADERÍA CORNETTO PARLOUR

Sundaes especiales de Vemby: 49 rupias

BARCO: tres bolas de helado, concentrado de fresa, rodajas de plátano, frutas.

SÁNDWICH DE HELADO: helado tres gustos, bizcocho marmolado, nueces caramelizadas, sirope y gelatina.

ALBARICOQUE: vainilla, helado de caramelo, sirope de albaricoque, albaricoque, almendra.

HOJALDRADO: helado de vainilla y chocolate, hojaldre, sirope, nueces caramelizadas, virutas de chocolate con leche.

Cócteles de Vemby: 39 rupias

BELLEZA DE VEMBANAD: helado tres gustos, lichis, bizcocho marmolado y sirope de grosella negra.

SEÑORITA GHULBI: *gulab jamun*, helado de vainilla, nueces caramelizadas y sirope.

CANAL DE NATA: mezcla de helados de caramelo salado y vainilla, gelatina, nueces crujientes, salsa de caramelo salado y fruta deshidratada.

VERBENA DE NATA: helado de vainilla, gelatina, frutas frescas, fideos finos de arroz, níspero y nueces.

FALOODA DE PISTACHO: sirope de pistacho, frutas frescas, fideos, gelatina, almendras y una bola de helado de vainilla.

JOKER 2000: es un hombrecillo divertido para los niños, con orejas, nariz y una gorra.

Elegí el Joker porque no tenía muchas ganas de sonreír, llena de picaduras de mosquito salpicándome la cara, los brazos y las piernas. El último recuento con un bastoncillo y loción de calamina: setenta y cinco bultos calientes. Mi abuela me mira perpleja, como si de repente le oliera a leche cortada, pero yo desvío la mirada hacia los cocoteros que se inclinan. Intento mantener la dignidad y comportarme como una adulta al elegir mi helado. Aquí los troncos se ladean como una cursiva enloquecida, todas las palmeras repletas y exuberantes como manos verdes muy abiertas.

Mi abuela hace bien en dudar de mí: después de servirnos los Señorita Ghulbi y *Falooda* de pistacho, el camarero vuelve como una flecha a nuestra mesa con mi Joker 2000 en un platito azul tan pequeño que casi podría ser un posavasos. Mi hermana me mira entre compasiva y abochornada: ¿para esto solicité los servicios del chófer de la familia? De todas las cosas que figuran en la pegajosa carta plastificada, es lo único que viene ya así de una fábrica de Madrás. La superdulce creación tiene, fiel a su descripción, la penosa forma del rostro de un hombre con gafas y una gorra de béisbol. Como la cabeza de Mr. Potato.

En este pueblo donde las bebidas frías son una novedad (las neveras se utilizan principalmente para las carnes y ni siquiera son de fiar debido a los frecuentes apagones que se

producen durante el monzón), el helado es todo un lujo. Saboreo hasta el último frío bocado, pero termino antes de que mi hermana haya comido dos cucharadas de su Señorita Ghulbi. Intento no desear su tentador bol de helado con nueces garrapiñadas, que desprende humo por la humedad. Por lo menos me olvido de las picaduras de mosquito, que me forman ronchas en el cuerpo, para centrarme en los chillidos lejanos de los pavos reales y el tintineo de la cuchara de mi abuela, que rebaña los últimos trocitos de piña.

Por suerte mi abuela se ofrece a comprarme otra cosa, y de pronto vuelvo a tener ocho años: callada y risueña, todas las señales de impaciencia que me provocan el calor, los mosquitos y las miradas de los lugareños desaparecen. Me siento profundamente agradecida. Dejo que mi abuela pida por mí en malabar —el idioma que mi padre utiliza solo cuando está enfadado conmigo— y ni siquiera frunzo el ceño cuando comparte con el camarero una broma cuyo blanco a todas luces yo soy. Mi hermana cree que me han servido un Belleza de Vembanad, puesto que hay capas de jugoso bizcocho de vainilla y chocolate entre el helado, pero por otra parte no hay lichis. En vez de eso descubro un sirope oscuro, afrutado, como una mermelada aguada, que se mezcla dulcemente en mi lengua con el helado de vainilla pura.

Los pavos reales siguen trinando a lo lejos. La lluvia empieza a caer. Barqueros delgados y bronceados impulsan casas flotantes de dos plantas por los canales con pértigas de bambú. Un ruidito de la pértiga y después silencio. Ruidito y silencio. Ruidito y silencio. Mientras una casa flotante se desliza con solemnidad por delante de nuestra mesa, por delante de nuestra porción de heladería frente a la playa, vislumbro un destello blanco de dientes de la más deslumbrante de las sonrisas. Me sorprendo devolviendo la sonrisa y mi abuela vigila toda la escena mientras rebaña lo que le queda de helado en el brillante bol de aluminio.

12

FLOR CADÁVER

Amorphophallus titanum

Cuando estaba soltera, la flor cadáver me ayudaba a eliminar lo sórdido, lo desagradable, lo fastidioso —las malas hierbas— del mundo de las citas. Durante una cena con una cita, cuando el chico que tenía enfrente me preguntaba algo como: «Dime, ¿a ti qué cosas te gustan?», yo le hablaba de esas flores enormes que desprenden un olor francamente fétido y le contaba que las seguía por todo el país cuando estaban a punto de florecer. Basándome en su reacción, sabía en el acto si habría una segunda cita o si no tardaría en hacerle *ghosting*.

La flor cadáver posee la inflorescencia de mayor tamaño del mundo, con un promedio de altura total de dos metros y medio a tres. Solo crece de forma silvestre en las selvas de Indonesia, pero varios jardines botánicos de Estados Unidos han cosechado un gran éxito cultivándolas en el interior. En 1937 el Jardín Botánico de Nueva York fue el primero del país en exponer con éxito una en todo su esplendor.

Mi primer encuentro con una flor cadáver fue en el bonito invernadero del campus de la Universidad de Wisconsin en 2001. Recuerdo que me satisfizo ver que la cola de personas que esperaban para ver la flor era más larga que la que se formó en el centro para comprar entradas para la Dave Matthews Band. Eran los embriagadores días de finales de junio y la temperatura del invernadero ya rozaba los treinta grados, pero ello no disuadió a los centenares que esperaron más de una hora

para percibir tan memorable olor.

Este olor es básicamente lo que me imagino que emana del fondo de un cubo de pañales sucios que se deja al sol a finales de agosto después de que alguien además le eche encima una lata de sardinas y un bote de salsa de queso azul y se quede allí un día o tres. Sin embargo, ese olor —y el rojo subido, como de carne, de la espata— es lo que atrae a los insectos para que polinicen la flor antes de que permanezca inactiva durante varios años, replegándose en sí misma.

Hace unos años mi marido y yo llevamos a nuestros hijos al Jardín Botánico de Buffalo para intentar ver a *Morty*, la flor cadáver que iba a florecer en cualquier momento. Como cualquier otra excursión con dos niños de menos de seis años, al final la visita nos llevó horas. Tras las plantas nometoques, las venus atrapamoscas, los enormes pendientes de la reina y los dinosaurios del jardín de arte topiario, los niños encontraron la sala de los cactus, con todos sus agrestes y deliciosamente peligrosos ejemplares (la mayoría, cómo no, a la altura de los ojos de los niños). Antes de que nos diéramos cuenta, la cola que se formó para ver a *Morty* ya daba dos vueltas al vestíbulo. Su aparición, después de todo, fue la que más visitantes atrajo en los 115 años de historia del jardín botánico. Sin embargo, hacer la larga cola valía la pena, como atestiguó el pasmo —y los gritos de repugnancia— de mis hijos.

La espata, o la falda de la flor cadáver, es del rojo y el granate más encendidos. Desde lejos los volantes parecen un lujoso terciopelo, un extravagante vestido festivo de baile de invierno del revés. Pero este «vestido» no tiene nada que ver con el terciopelo; más bien resulta ceroso al tacto. En medio de la flor, el espádice amarillo verdoso se eleva hacia el cielo a alturas documentadas de más de tres metros y medio. Cuando los dos aros de flores de color cítrico florecen por completo y la gigantesca falda de carne de la inflorescencia se abre, la temperatura del espádice se acerca a la de un cuerpo humano sano, una de las pocas ocasiones en que sucede algo así en el reino vegetal. Y el

famoso olor —ay, ese olor— se convierte en una aromática invitación para insectos nocturnos como los escarabajos enterradores.

Algunos de los nombres de flores cadáver cultivadas en cautividad a lo largo de los últimos años, además de *Morty*, de Buffalo: *Putricia*, *Wee Stinky*, *Audrey*, *Octavia*, *Rosie*, *Little Dougie*, *Terra*, *Cronus*, *Metis*, *Archie*, *Betty*, *Clive*, *Titania*, *Jesse*, *007*, *Maudine*, *Velvet Queen*, *Maximus*, *Chanel*, *Perry*, *Little John*, *New Reekie*, *Aaron*, *Odie*, *Ganteng*, *Sprout*, *Wally*, *Morticia* y *Amazing Stinko*.

No consigo olvidar la temperatura de la planta. Cuando se toca el espádice de una flor cadáver, casi parece humana, llena de sangre, y es posible que esperes notar tu pulso en sus latidos. La semana pasada, sin ir más lejos, leí que los árboles «hablan» entre sí por debajo de la tierra, se lanzan advertencias sobre toxinas o deforestación. También se sabe que los árboles forjan alianzas y amistades a través de redes de hongos. Todos estos descubrimientos todavía son nuevos, pero estoy enamorada de la idea de que las plantas tengan una temperatura, que puedan sentir calor y frío cuando lo necesitan, que sean capaces de enviar señales a especies que les brindarán su ayuda y no les causarán daño. Y qué magnífico telegrama les podríamos devolver las personas a los árboles, sobre todo aquellas a las que alguna vez otros seres humanos han hecho sentir solas en este planeta.

Tras esa primera visita a Wisconsin, pasé tres años siguiendo la pista de las flores cadáver en flor por todo el mundo, y durante ese tiempo solo un hombre entre docenas —uno— no palideció al oír mi descripción de esta increíble planta ni criticó mi entusiasmo. Solo un hombre no hizo una mueca cuando pronuncié la palabra «inflorescencia». De hecho, ese hombre quiso saber más. Quiso ver una flor cadáver con sus propios ojos. No pareció molesto cuando le recordé lo mal que olía. No pude creer la suerte que había tenido cuando, unos meses después, durante lo que para entonces ya era nuestra cena casi semanal, este atractivo hombre de ojos verdes dejó el tenedor en el plato y dijo que

quería hacer un viaje por carretera conmigo la próxima vez que floreciera una flor cadáver. Que no le importaba dónde fuese. Supe que no bromeaba cuando aseguró que iría a cualquier parte conmigo, que lo decía en serio. Acababa de conocer al hombre de mi vida.

«Ojos risueños», observó en una ocasión mi madre cuando lo conoció para describir cómo le brillan los ojos con todo, el don que tiene este hombre para hacer que todo el mundo a su alrededor se sienta absolutamente maravilloso. «Está muy bien que un hombre tenga los ojos risueños, ¿sabes?» Sin embargo, en aquel momento, desde el otro lado de la mesa del restaurante, sus ojos no reían. La gravedad de su rostro me dijo —con todas las tonalidades verdes electrizantes y aromáticas, con el rocío y el brillo de las explosiones frutales, con los caóticos días rojo sangre y también con el hedor y la fetidez— que por fin tenía delante a un hombre que nunca retrocedería, que no me dejaría cuando las cosas se complicaran o si se topaba con algo nuevo. Aquel hombre sería feliz cuando yo floreciese.

Siete meses después, en plena temporada de la fresa, nuestros amigos nos lanzaron pétalos de rosa de color coral cuando salimos de la iglesia, convertidos en marido y mujer.

13

MACACO CORONADO

Macaca radiata

La lluvia en el sur de la India granulaba el lago por la mañana y nos saludaba por la tarde, con olor a plumas de cuervo y comino. Nuestros barqueros atracaron la casa flotante que habíamos alquilado para pasar la noche en los canales de Kerala, y yo le enseñé a mi flamante marido los tobillos —la única piel que quedaba expuesta bajo mi falda de vuelo larga—, llenos de picaduras de mosquito. Un año antes, vestida de blanco, había recorrido el camino que llevaba al altar, hacia ese hombre, y la mirada que me regaló entonces es la misma que me dedicaba cuando le pedía la pomada para picaduras o le decía que necesitaba una aspirina: una mirada de ternura.

Poco después de atracar, un ternero de color miel salió corriendo de la jungla y fue directo a nuestro barco. Nos miró, lanzó un grito y se alejó dando traspiés. No hace falta que os diga lo aterrador que fue ver a la madre del ternero corriendo a toda velocidad hacia nosotros minutos después, aún arrastrando consigo un pedazo de cerca alrededor del cuello, exigiendo saber qué le habíamos hecho a su bebé. Creí que saltaría a la cubierta de nuestro barco y me daría un mordisco en el delgado brazo marrón. Pero al ver nuestra mirada inexpresiva, resopló y se dirigió hacia los árboles.

Las sorpresas no acabaron ahí. Al caer la tarde estábamos sentados en la terraza que había en la cubierta de la casa flotante cuando oímos que algo saltaba desde los cocoteros que festoneaban la orilla hacia el tejado de fibra

de coco de nuestro barco. Al primer golpe le siguieron más golpes sordos, cada uno de ellos acompañado de un pequeño aullido, como si alguien vaciara un saco lleno de cachorritos en nuestro tejado. Me quedé helada, me cogí del brazo de mi marido y escudriñé la orilla en busca de siluetas de hombres entre los árboles. «Y ahora ¿qué?», nos preguntamos. No se nos ocurrió llamar a los barqueros, que estaban preparando nuestra cena a base de curry a quince metros escasos, en la cocina. Los pelillos de los oídos se me erizaron mientras intentaba determinar la procedencia de aquellos extraños sonidos. Mi marido me susurró que no pasaba nada, que no pasaría nada, pero vi que sus ojos verdes estaban muy abiertos e inquietos.

El sol casi había desaparecido, pero de repente vimos que del tejado caían al agua trocitos de papaya y pieles de un vivo amarillo verdoso. Alguien o algo estaba comiendo y lo estaba poniendo todo perdido. El ploc-ploc de los trozos de fruta y las semillas hacía que el agua bullera de foxinos y tortuguitas. Las tortugas quizá incluso tuvieran la suerte de encontrar una libélula o una avispa derrotadas.

Al otro lado de la bahía pequeños fuegos de aldeas lejanas nos decían dónde empezaba la orilla. Cuando el sol se desvaneció por completo, las lluvias de fruta y el golpeteo cesaron. El parloteo se volvió más agudo, más distante. Tras unos momentos de silencio, algo enorme aterrizó en el tejado y la cubierta de coco empezó a combarse con un pesado secreto. Después el movimiento cesó. Al final, armándose de valor, mi marido asomó la cabeza y vio toda la escena a la luz de las lamparitas que habían encendido los barqueros, que ya estaban acuclillados en tierra junto a su propio fuego, cenando.

¡Cómo no! Los macacos coronados se estaban riendo de nosotros desde los árboles que rodeaban la orilla. Los monos son comunes en el sur de la India y se pueden encontrar tomando el sol en las azoteas de hoteles y edificios altos. Han aprendido a reunirse en los parques y cerca de los colegios, donde los niños les tiran trozos de plátano o uvas. Los macacos coronados tienen el pelo entre

gris y beis —un «greige» en toda regla—, miden unos cincuenta centímetros de alto y pesan alrededor de dos kilos, poco menos que un saco de azúcar. El golpe sordo que oímos era un gato salvaje tirando a obeso que los había ahuyentado y que ahora vigilaba nuestro barco desde el tejado, decidido a permanecer allí. Parecía estar reclinado de lado, como el césar en una *chaise-longue*, a la espera de que le llevaran unas uvas para picotear. El corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho. No teníamos teléfono y no sabíamos cómo se decía «socorro».

Otros barqueros salieron de sus respectivos sitios y se acercaron para ver a qué venía tanto alboroto. Amigos, no sabréis lo que es la verdadera humildad hasta que hayáis intentado explicar a unos barqueros curtidos que tenéis miedo de comer porque pensáis que los macacos coronados os atacarán. Cuando por fin comprendieron el motivo de nuestra preocupación, los hombres primero se miraron entre sí, después miraron a los macacos y por último prorrumpieron en carcajadas. Dustin y yo no tardamos en unirnos a ellos y, para remate, los macacos empezaron a reírse más ruidosamente aún que todos nosotros juntos. Cuando los barqueros lograron recuperar la seriedad, nos aseguraron que el tranquilo gato gordo que seguía acomodado en el tejado no nos haría ningún daño, pero nos aconsejaron que nos termináse mos deprisa nuestro curry de gambas, por si las moscas. Se sabe que esos gatos se atreven a dejar limpios los platos desatendidos.

Terminamos la deliciosa cena deprisa y corriendo y nos retiramos a nuestra habitación, en el otro extremo de la casa flotante. Nunca habíamos echado la llave, pero esa noche lo hicimos; como si los macacos supieran girar un pomo y descorrer un pestillo. Desde la ventana vi que los pequeños fuegos del otro lado de la bahía se iban apagando poco a poco, uno por uno. El denso perfume de los plátanos flotaba en la estrellada bahía.

Los macacos coronados me recordaron lo bien que sentaba reírse, seguir riendo cuando se está enamorado. Hacer reír a mi amor. Permitir que mi risa nazca desde el

amor. Lo último que recuerdo haber escuchado esa noche fue un maullido lejano y una risa parecida a un parloteo, y juro que, en alguna parte de los canales de Kerala, esos macacos coronados todavía se están riendo a boca llena a costa de nosotros, una pareja que intentaba desenvolverse en esa jungla salvaje, en esos inicios más salvajes aún de esa cosa llamada «matrimonio».

14

CALENDARS POETICA

Ars poetica significa literalmente «el arte de la poesía», y por lo general resulta que un *ars poetica* se considera escribir sobre escribir: una forma de saber, de ver la retórica de un poeta. Pues bien, así es como abordé la escritura durante el primer año que fui madre, en el oeste del estado de Nueva York:

JUNIO

Las flores de mi clemátide, una explosión de color blanco, se emparran alrededor de mi buzón, y cada tarjeta y carta que recibo hay que sacarla por una boca cubierta de estrellas. Acabo de dar a luz a mi primer hijo durante el fin de semana que se celebra el Día de los Caídos, de manera que este mes escribo un poema contado, pero contesto todas y cada una de las tarjetas o cartas. El instrumento con el que escribo es una pluma estilográfica Sheaffer con un plumín del 304. Todo lo demás en mi vida es caos: no hace falta decir que estoy falta de sueño, muy falta de sueño, ni que los límites de mi jardín empiezan a desdibujarse y a titilar como si estuviesen cerca de una llama de gas. Pero cuando me pongo a escribir todo recobra el orden. Estoy sentada a la mesa de la cocina. Lejos de la tenue luz azulada que irradia el ordenador. Anhelo la estructura y la formalidad de escribir a mano una carta. Selecciono gruesos pliegos de mi papel preferido —azul pavo real—, toco sobres forrados con fino papel estampado japonés, sello cada carta con una etiqueta autoadhesiva redonda en cuyo

centro hay un perro salchicha y caligrafío cada dirección. Mi querido esposo echa la pila de cartas al bocudo buzón. Cada tarde observo al cartero cuando las recoge, sacude la cabeza al ver los estridentes colores de los sobres y las mete en el saco de lona.

JULIO

Un arrendajo azul chismorrea en mi ventana. Asiento: «Sí, sí. ¿En serio?».

AGOSTO

Pulgones verdes del manzano atacan mi cerezo, pero recupero un amago de horario de escritura. Mi marido y yo nos turnamos. Él trabaja por la mañana y yo por la tarde. Cojo arándanos con el niño afianzado al pecho y los versos me asaltan. A veces, si tengo suerte, los recuerdo cuando me siento a escribir ese día, más tarde. La mayor parte de las veces quedan prendidos y enredados en la rama del arándano.

SEPTIEMBRE

Mi primera gira como escritora invitada separada de mi hijo. En vez de visitar los monumentos y las tiendas del lugar, me refugio en la habitación de mi hotel en Tempe. Aunque sí concierto una cita en la Frank Hasbrouck Insect Collection, en la Universidad de Arizona, para ver algunos de sus 650.000 insectos exhibidos en cajones de acero y vitrinas de cristal. Leo y escribo a una velocidad sobrehumana. Nuevos poemas se gestan y toman forma. Cuando vuelvo a casa, da comienzo un nuevo año académico y hago un esfuerzo para ponerme tacones después de un año utilizando zapatos cómodos. ¿Les sorprende a mis alumnos mi barriga en constante cambio?

OCTUBRE

En mi sueño recurrente, un rocho —una gigantesca ave blanca— se ha llevado a Maria, la pequeña elefanta en la que monté el año pasado en el sur de la India, al nido que tiene en las montañas. Los aldeanos salen de sus casas a la carrera para ver el espectáculo. Algunos le tiran fruta al rocho, intentando salvar a la elefanta. Ahora tengo listo el núcleo de mi próximo manuscrito, pero cada vez que el sueño vuelve, despierto ligeramente sudorosa.

NOVIEMBRE

Tras un mes de lecturas en Seattle y Nueva York, vuelvo a estar a tope. Llevo dos o tres cuadernitos en el bolso en todo momento y va siendo hora de pasar los garabatos a estrofas. La última mosca cantárida, que lleva todo el verano fastidiándome, cae de mis dalias y sacude las patas como si pedaleara. Se convierte en un caparazón azul oscuro que se arruga en el mantillo.

DICIEMBRE

Si las frutas y hortalizas de vuestro huerto tienen la piel gruesa, rugosa y con hoyuelos en otoño, significa que se avecina un invierno riguroso. Los cardenales se tornan un trazo rojo en la página. Este mes escribo casi un poema al día, y cada uno de ellos es un pequeño regalo para mí misma. Algo que meter en el calcetín navideño. El muérdago cuelga sobre todas las puertas salvo la de mi despacho. El despacho es un desorden de verde claro y fucsia y está salpicado de imágenes de pavos reales, mi ave preferida, pero me gusta que la puerta sea sobria. Necesito que sea sobria.

ENERO

Escribo de forma lenta pero constante. Mis amigos hablan de criar gallinas cuando termine este largo invierno. Me pica la curiosidad la alectomancia, es decir, la adivinación mediante letras y aves. Se deja una gallina blanca cerca de un tablero dividido en veintiséis segmentos. Se coloca un grano en cada segmento y se anotan las palabras que la gallina deletrea a medida que va comiendo granos. En mis días menos productivos, esa es la sensación que tengo cuando escribo un poema. Solo que yo no soy la gallina. Soy el grano.

FEBRERO

Mi hijo hace su primer ángel en la nieve, un pequeño asterisco en el jardín.

MARZO

Me escondo en Koreatown, el barrio coreano de Nueva York, durante un fin de semana largo en el que me dedico a comer fideos picantes y *bibimbap*. Mi tercer manuscrito de poesía casi está listo y es hora de trabajar en el índice y la estructura que tendrá el libro. Termino de leer tres novelas en tres días. Cuando vuelvo, llevo a mi hijo pegado al pecho por la casa y cuando salgo a hacer recados. Necesito sentir otra vez su corazón latiendo contra el mío. Me abstengo de cortar alguna de las campanillas de invierno que florecieron mientras yo no estaba. Las dejo donde están.

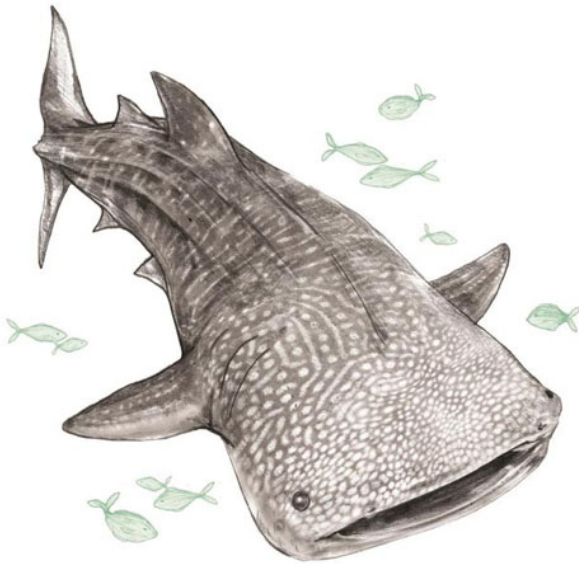
ABRIL

Croco. Mes Nacional de la Poesía: multitud de lecturas y eventos (a los que asisto como invitada y como anfitriona). Este mes no escribo ningún poema, ni uno solo, aunque sí consigo colar uno o dos versos mientras espero en el dentista. Narciso. Narciso. Narciso. Tulipán.

Mayo

Escribo porque las mañanas más luminosas me despiertan con una promesa cubierta de rocío de que hay vida más allá de todo este hielo y nieve. Limpio el despacho para procrastinar en lugar de escribir. Clasifico y archivo trabajos de los días ventosos del semestre. Soy toda capullos y flores. Las fresas se extienden debajo del porche y me llega el olor de los blanquecinos frutos, que crecen a pesar de la oscuridad. Un nido de avispas cuco, del tamaño de una pelota de pimpón, crece entre las lamas de la puerta mosquitera.

Mi hijo da sus primeros pasos…



15

TIBURÓN BALLENA

Rhincodon typus

Cuando el instructor de buceo gritó «¡Tripaaa!», mis piernas se levantaron aterrorizadas y mi cuerpo hizo lo que pudo para adoptar la forma de un crep. Pero, puesto que estaba flotando en la superficie del tanque Ocean Voyager del Acuario de Georgia, de más de veinte mil metros cúbicos de agua, y puesto que tenía los oídos dentro del agua, la orden sonó más como «¡driiibaaaaaaa!». Escasos minutos antes, nos habían advertido una y otra vez a los que habíamos sido invitados para hacer esnórquel: «Si me escucháis gritar "Tripa", significa que tenéis a un tiburón ballena nadando justo debajo de vosotros. Meted tripa para no rozarle el lomo con el vientre». Casi no me podía creer que un animal más largo y ancho que un autobús escolar (¡y que pesa más que uno completamente lleno!) se dirigiese nadando hacia mí. Di por sentado que me tragaría entera con esa bocona abierta.

Era improbable, por supuesto —el tiburón ballena solo come plancton y trocitos de gamba y su esófago es del tamaño de una moneda de un cuarto de dólar—, pero lo vi con claridad meridiana: mi hijo, que por aquel entonces tenía dos años, ni siquiera me recordaría, lo perseguiría durante toda su vida la pérdida de su madre, la primera víctima de la que se tenía conocimiento que había muerto triturada accidentalmente por un apacible tiburón ballena. Un legado de lo más tonto, dejar a mi hijo así. Sin embargo, en el ultimísimo instante, justo antes de que pensara que se iba a estrellar contra mí, el tiburón ballena descendió lo

suficiente para no tocarme, aunque las aletas dorsales casi me rozaron el vientre del traje de neopreno. Si hubiese querido, podría haber bajado la mano para acariciarle el moteado lomo cuando el instructor no miraba, pero estaba demasiado aterrorizada para hacer otra cosa que no fuera flotar, meter barriga y arquear la espalda todo lo posible mientras intentaba no estorbar al tiburón.

Fue como si el animal estuviese jugando conmigo: como si quisiera asustarme solo lo bastante para hacerme saber quién era la reina de ese tanque. El tiburón repitió los cercanos encuentros conmigo varias veces más durante mi sesión de esnórquel, aunque en el tanque había cinco buceadores más y dos instructores. Cada una de esas veces yo veía que sus enormes ojos, curiosos como los de un spaniel, dirigían su mirada hacia mi máscara. «Es muy raro que suceda algo así, y menos con la misma persona», aseguró el instructor de buceo.

Cuando subí la escalerilla metálica y salí del tanque, casi no podía andar por la cubierta de hormigón. Todos los músculos de mis brazos y piernas habían estado en tensión durante la última media hora y de repente hasta el ligero equipo de esnórquel parecía tan pesado como un saco de abono. En el vestuario, me sentí incapaz de volver a ponerme la ropa de calle enseguida. Cuando estuve segura de que los demás buceadores se habían ido para recoger las fotos de recuerdo, me senté en un banco de madera. Aún con el traje de neopreno puesto con la cremallera bajada hasta la mitad, lloré con el rostro entre las manos.

En Filipinas, el país natal de mi madre, los tiburones ballena ocupan un lugar importante en el folclore. Uno de mis cuentos preferidos sobre el tiburón ballena narra el origen de la especie, que según el relato empezó con un adolescente codicioso llamado Kablay. Kablay vivía en un pequeño barangay de la provincia de Donsol y allí todo el mundo sabía dónde guardaba las monedas que tenía. Uno de sus ojos siempre apuntaba a la izquierda, hacia el huerto de carambolos, y el otro siempre estaba clavado en sus monedas, en la lata de galletas que escondía bajo la cama.

Cada noche, después de cenar sabalote con algas marinas, Kablay abría la cavernosa tapa de la lata de galletas. Apilaba las monedas hasta formar una pequeña ciudad plateada que después derribaba solo para oír el ruido. Solo para ver cómo la luz se dispersaba en un centenar de monedas en el suelo de su dormitorio. A veces las lagartijas confundían la danzarina luz con el blandir del ala de una polilla y se lanzaban sobre un montón de monedas, las colas como látigos desperdigando plata por la madera del suelo. Otras asomaban la cabeza tras las cortinas y la sacudían de lado a lado como diciendo: «No-no. No-no». Pronto el sonido de Kablay contando su dinero acabó siendo algo familiar y esperado, una suerte de nana metálica en una provincia por lo demás silenciosa, a excepción de algún que otro ladrido de un perro callejero de pelo azulado.

Cuando azotó el Gran Tifón y se hizo patente que los diques no aguantarían, los aldeanos huyeron a las colinas de Donsol. No hubo tiempo de coger fotos, rambutanes o rosarios. Se fue todo el mundo menos Kablay, que se sentó en el suelo de su casa y se abrazó a la lata de galletas. Las lagartijas no-no se habían dispersado hacía tiempo. Las aguas arrasaron la provincia y lo arrastraron todo hacia el mar: chicozapotes tiernos y jóvenes y puestos de bambú enteros donde antes uno podría haber comprado una bebida dulce con burbujas en una bolsita de plástico provista de una pajita. El mar se llevó incluso a las malaventuradas gallinas y a los boquiabiertos perros callejeros.

Pero Kablay sostuvo con fuerza sus monedas y sus monedas lo sostuvieron a él. Las sostenía con tanta fuerza que se le pegaron al cuerpo y le fueron dejando manchas blancas, una tras otra, hasta que su espalda entera se llenó de motas. Las piernas de Kablay se encogieron hasta tornarse aletas, su boca se volvió una pequeña caverna y las burbujas que salían de ella eran plateadas. A veces, en el mar, todavía se puede ver a Kablay con los ojos bien abiertos en busca de un barco pequeño, una pizca de luz de luna. Y cada abril regresa a Donsol para ver si olvidó alguna moneda allí. El dinero de Kablay siempre está con

él, pegado a su piel oscura, curtida. Y como amaba tanto a sus monedas que no quería separarse de ellas, sus piernas se fueron encogiendo hasta que se convirtieron en aletas y él, en un tiburón ballena. Las manchas de la espalda parecen una ciudad entera de luz, donde todo el mundo está siempre despierto, intentando traer a la memoria el sencillo y bello recuerdo de la tierra.

Aunque me pasé casi todo mi año sabático estudiando a los tiburones ballena, no estaba preparada para su descomunal tamaño. No estaba preparada para tener a un tiburón martillo gigante, una especie famosa por sus ataques repentinos a seres humanos, nadando también conmigo en el tanque, vigilándome con esos ojos como de otro mundo, tan separados en la ancha cabeza. No estaba preparada para tantos otros peligros: tiburones punta negra, alfombra manchados, cebra y toro. «Les dimos de comer a todos justo antes de meternos en el tanque —aseguró nuestro instructor de buceo—, así que no hay de qué preocuparse.» Por supuesto que estaba preocupada.

Al recordar esa vez, la única, que fui a nadar con un tiburón ballena, soy consciente de que sencillamente no estaba preparada para someterme tan por completo a la naturaleza. O, mejor dicho, a la interpretación y conservación de la naturaleza por parte del ser humano, consistente en añadir un millón de kilos de sal marina a un tanque de agua gigante para que todas esas criaturas pudieran vivir y nadar juntas. Por la ciencia. Por la diversión. Por el espectáculo. Quizá un poco por las tres cosas.

Había cumplido el sueño de mi vida, pero durante mucho tiempo no fui capaz de librarme del sentimiento de culpa y del miedo. Mi hijo podría haberse quedado sin madre; mi marido, viudo. Y sin duda me daban pena los tiburones. Logré salir del acuario y subirme al avión que me llevaría de Atlanta a mi familia. Estaba impaciente por verme en tierra, pisar tierra firme de nuevo. Sabía que los tiburones ballena deberían estar en el océano, donde pueden hacer algo más que trazar una curva lenta alrededor

del mismo coral plantado y del mismo arrecife de pega.

Le llevé una marioneta de mano con forma de tiburón ballena a mi hijo. Cuando mi familia me fue a buscar al aeropuerto, me senté con él en el asiento trasero porque necesitaba volver a ver sus preciosas mejillas rosadas. Metí la mano en mi mochila y le di el regalo que le había prometido. Él introdujo de inmediato su manita cerrada en la marioneta, y usó los dedos para abrir y cerrar, abrir y cerrar, abrir y cerrar la boca del tiburón ballena. Reía en su asiento mientras mi marido nos llevaba a casa. Era como si nunca me hubiese ido.

Casi una década después he visitado mares en los que recientemente habían aparecido tiburones ballena en busca de aguas ricas en plancton, pero no he vuelto a ver a ninguno. «Mami, mami —me dice mi hijo mientras coloca la marioneta sobre mi hombro—. Soy un tiburón ballena y necesito una golosina, porfa.» Se me sube al regazo y habla un poco con la marioneta antes de girar la mano hacia mí y hacer que la marioneta pregunte: «¿Dónde están los tiburones de mi familia? ¿Dónde?». El tiburón ballena que se comunica con mi hijo se encoge y se estira —la rosada boca de peluche muy abierta de nuevo— y se queda así. En mi cabeza la boca de esa marioneta sigue abierta, esperando una respuesta. Tal vez esa respuesta nade en aquel tanque gigantesco, donde tantos de los bellos e imponentes tiburones con los que me topé en su día han muerto hace ya tiempo y han sido reemplazados una y otra y otra vez.

16

PÁJARO ESTACA

Nyctibius griseus

En Mississippi verano equivale a mosquitos. También equivale a tomates, a mosquitos, a melocotones, a humedad, a fresas y a mosquitos. Principalmente a mosquitos. Conté cinco mientras estaba sentada en el porche, tomándome un café a las siete y media de la mañana. ¡Lo que daría por tener un pequeño pájaro estaca (o tres) en el jardín trasero para que atrapara a esos bichejos sedientos de sangre!

Pero el pájaro estaca solo vive en América Central y del Sur, donde devora a los susodichos mosquitos y termitas. De adultos, los pájaros estaca miden poco más de treinta centímetros y tienen un cuello grueso y unos ojos amarillos enormes que parece que acaben de ser testigos de un accidente de coche con muchos cristales rotos. Las patas y los tarsos también son de un amarillo vivo, pero lo que la gente recuerda más son los semáforos que tienen por ojos.

Hay quien se refiere a esta ave como poco más de una boca y unos ojos con alas, pero en las húmedas selvas del hemisferio sur los pájaros estaca son auténticos maestros del disfraz. Estas aves son nocturnas y están tan seguras de su destreza en el arte del camuflaje que duermen a plena luz del día. Cierran los enormes ojos, inclinan la cabeza hacia el árbol y colocan sus crípticas plumas para que parezcan una rama rota, de tal modo que hasta a la vista más aguda le cuesta discernir qué es árbol y qué es ave. Solo un erizar de plumas causado por el viento delata esa inmovilidad sobrenatural. Incluso cuando tienen hambre, se

limitan a esperar a que pasen volando cerca insectos para salir disparados y volver a su rama con su presa.

Los pájaros estaca son una de las pocas aves que no construyen nido: machos y hembras calientan por turnos un único huevo blanco con manchas de color púrpura depositado en la oquedad de una rama. Cuando nace el polluelo, sus plumas son de un blanco níveo, y cuando el pequeñín crece demasiado para ocultarse de manera segura bajo uno de sus padres aprende a quedarse inmóvil para parecerse a un racimo de champiñones blancos.

Para ser un ave famosa por su estoica inmovilidad, la llamada del pájaro estaca parecería cómica si no fuese tan escalofriante; si tuvieseis los ojos cerrados, jamás imaginaríais que procede de una criatura con una apariencia tan austera. La llamada es lo que se obtendría de unir el rugido de un tigre con el croar de una rana (si ambos animales sufrieran un problema gastrointestinal grave). Si me encontrase en una selva amazónica brasileña y escuchase ese grito, quizá pensaría que ese sería mi último día en este mundo: así de espeluznante y terrorífico es el canto del pájaro estaca. El libro *Birds of Venezuela*, de Steven Hilty, lo describe como «un buaaaa bastante alto, bronco, que desciende un tanto… como un ser humano con arcadas». En otras palabras, de pesadilla. Quizá el pájaro estaca lleve una vida inmóvil y predominantemente solitaria para equilibrar su audaz llamada. Hay un momento para el silencio, pero ¿quién no ha querido alguna vez gritar de placer por estar en la naturaleza? ¿Anunciarse sin más, diciendo: «Estoy aquí, existo»?

Al igual que el pájaro estaca, yo crecí deseando integrarme —en mi caso, con mis compañeros de clase rubios— y ¿por qué iba a saber otra cosa? En mi infancia cuando más vista me sentía no era al mirar programas de televisión o películas, sino más bien cuando estaba en la naturaleza, en bosques o campos, a orillas de un lago o un océano. Aprendí a permanecer inmóvil observando a las aves. Si quería verlas, tenía que imitar su quietud, moverme despacio en un mundo que desea que nosotras, las niñas de

piel oscura, seamos rápidas. A los seis años aprendí a llamar a los cardenales y mantenía conversaciones enteras con ellos. Uno de los primeros regalos que recuerdo que me hizo mi padre era un silbato de agua con forma de cardenal: si lo llenaba de agua y soplaba por la pajita de plástico que era su exagerada cola, podía imitar tan bien la distintiva llamada como de zanfona del cardenal que lograba atraer cardenales a los límites de nuestro jardín, mientras me preguntaba qué tenía que decirles.

Al final dejé de utilizar el silbato y aprendí a imitar a los pájaros sin ayuda de ningún instrumento. Primero en Ohio, mientras estaba en la facultad y realizaba mis estudios de grado, cuando creía que no habría nadie en el Óvalo, el principal jardín del campus. Después en Wisconsin, donde viví durante el año de posgrado. Daba largos paseos alrededor del lago Mendota cuando intentaba lidiar con algún verso que se me atravesaba para el que sería mi primer libro. Las aves siempre han sido un público fácil para mí. Y confío en que yo haya sido un público fácil, aunque desconcertante, para ellas, con mis irrisorias respuestas.

Estas conversaciones eran un secreto que ni siquiera le había revelado a mi marido, hasta que un día de finales de primavera que volvió a casa del trabajo temprano, me encontró en el jardín trasero manteniendo una larga discusión con un irritado cardenal rojo y su pareja. Ambas aves, posadas justo por encima de donde yo estaba, daban la impresión de estar disfrutando de nuestra charla, pero después sus gorjeos metálicos se tornaron más y más insistentes, y tuve que admitir que contesté un poco sin pensar, y después —puf— levantaron el vuelo del árbol y pusieron fin a nuestra conversación sin más ni más. Cuando volví la cabeza, mi marido estaba boquiabierto. Lectores, llevábamos casados una década y esa era la primera vez que me veía hacer eso.

Estoy segura de que no es que mi boca sea mágica, no es que retuerza la lengua de un modo especial que solo yo he conseguido desentrañar. Sin embargo, creo que es la

tranquilidad con la que uno se sienta en el pliegue del tronco de un árbol, la calma y el bajar de las pulsaciones en un mundo que quiere que seamos rápidos y pasemos a lo siguiente. El secreto para hablar con las aves reside en mantener las extremidades en calma mientras uno se adentra en su territorio, en lo deliberado de cada movimiento e inclinación de rama de árbol y brizna de hierba. Y al igual que el pájaro estaca, cuya inmovilidad se ve recompensada con una comida que prácticamente va directa a su boca, quizá también vosotros podáis probar a encontrar un poco de tranquilidad, un poco de ternura en la quietud. ¿Quién sabe qué regalos plumados os aguardan allí?

17

NARANJA DULCE

Citrus sinensis

«¿Ya están maduras?» Esta es la pregunta que les hacen más a menudo a mis padres desde que se mudaron a Florida Central. Sus vecinos, amigos de la iglesia e hijas siempre la formulan: la hagas cuando la hagas, la conversación está garantizada. Al año de mudarse desde Ohio después de que mi madre se jubilara, mis padres eran los dueños de tres naranjos dulces; para plantarlos tuvieron que recabar el permiso de la comunidad de propietarios. Y cuando construyeron una casa nueva, sacaron y trasplantaron los tres árboles y añadieron otros siete, además de mandarinos y pomelos. Y durante la última visita que les hice encontré un limonero ya henchido de fruta que me llegaba por el mentón.

Las naranjas dulces son de tamaño mediano, con la piel casi moteada y macas por haber estado expuestas a los elementos, y la pulpa de un rosa vivo, más oscuro que un pomelo, y muuuy dulce. Lo que distingue a las naranjas dulces de otras naranjas, lo que hace que me encanten, es su olor a cereza y pétalos de rosa, un olor que casi se puede saborear al darles el primer mordisco jugoso. Y cuando voy a ver a mis padres a Florida Central, durante las vacaciones de invierno y primavera, es cuando la naranja dulce está en su mejor momento. En este periodo liminal en el que el invierno da paso a la primavera, los puntos anaranjados tachonan las ramas a lo largo de casi todas las carreteras. Uno casi puede imaginar que alguien está lanzando confeti de naranja cuando pasa a toda velocidad en el coche.

Durante nuestros largos viajes de doce horas por carretera, busco las encendidas esferas junto al camino en pequeñas localidades de Florida. Ahí están: tantas naranjas dulces que acaban en la cuneta tras caer de los camiones que las llevan a las fábricas para hacer zumo de naranja.

Mi madre me pedía que comiera una naranja después de desayunar. Después de comer. Entre horas. De postre. Y yo al principio decía que sí a todas esas peticiones. Hasta que, durante los últimos vestigios de mis años de adolescente consentida, empecé a rechazar la naranja. A veces decía que no solo por decir no. Quería comerme una naranja cuando yo quisiera. Cuando se me ocurriese a mí. Mi madre se entristecía cuando le pedía otra cosa. «¿Cómo que otra fruta? Con la cantidad de naranjas que tenemos. Tu padre y yo las cogimos esta mañana para ti, solo para ti.»

Cuando me casé, supe que mi madre quería a mi marido, y también supe que adoraba a sus consuegros, porque les regalaba esas naranjas, las ofrendas más preciadas del huerto de mis padres. Cuando mis hijos por fin pudieron tomar alimentos sólidos, uno de los mayores placeres de mi madre era darles gajos de naranjas recién cogidas del árbol, las hebras blancas retiradas cariñosamente para que el bocado fuese dulce. Sus nietos iban torpemente hacia ella, dando palmadas, a veces incluso dedicándole un bailecito en medio de la cocina, antes de pedir chillando y cantando otro gajo de «anja». «¿Lo ves? —me decía mi madre—. Tus hijos estarán más sanos que tú. Mira todos los gajos que quieren. Y tú hoy solo te has comido una, hay que ver.» Y después se volvía hacia sus pequeños proyectos cítricos, les limpiaba feliz y contenta las relucientes caritas manchadas de zumo y se reía de su euforia, sus sonrisas a lo calabaza de Halloween durante una nueva época sin algunos dientes.

Y ahora, en estos días lentos e invernales de Mississippi —cuando echo en falta las risas de mis padres entre semestres—, la pregunta de las naranjas dulces me viene a la memoria al ver naranjas distintas amontonadas y con la

piel restregada y desprovista de las imperfecciones naturales que se encuentran en los naranjales de Florida. «¿Estas están ya maduras? ¿Y estas? ¿Y esta?» Los cítricos del súper son ridículos, como las frutas de plástico de la cestita de plástico que vino con el carrito de hortalizas de juguete de mis hijos. No me apetece nada una fruta tan descolorida y reluciente.

¿Cómo me va a apetecer, después del fragante sabor a rosa y cereza de la naranja dulce? Mis hijos no me creen cuando digo que hubo un tiempo en que no eran capaces de pronunciar la palabra «naranja». Tampoco se creen que hubo un tiempo en que no eran capaces de pronunciar la ele de Florida: «Foda. Foda». Cuando eran pequeños y tenía que recordarles con cara seria que deberían estar en la cama hacía rato o prohibirles que comiesen demasiadas galletas, ellos solían decirme: «No, no: me voy a Foda». Foda —Florida—, el lugar en el que los abuelos les dejaban comer prácticamente todo lo que les cupiese en las barriguillas. Ahora no se pueden creer que un supermercado no venda naranjas dulces. «Vámonos al jardín de Lola —afirma mi hijo menor mientras empuja el carrito hacia las cajas registradoras—. Puedo coger todas las que quiera y ella nunca se enfada.»

«Naturalmente que no —pienso mientras vamos dejando la compra en la cinta—. Tu hermano y tú sois la fruta lozana y dulce que ella siempre habría querido estrujar.» Cuando da la impresión de que el telediario saca a la luz un nuevo motivo de desconsuelo —más niños muertos, la selva amazónica en llamas durante semanas—, pienso en esa naranja, en su dulzor y en las sonrisas que arranca a tantas familias. En cuanto a las tragedias que ocurren a diario, procuro hacer cuanto está en mi mano para ayudar —donar dinero, comprar artículos para cuartos de baño—, pero mi corazón añora un lugar donde reine la ternura. Donde las personas se ofrezcan mutuamente, les ofrezcan a desconocidos, una fruta redonda recién cogida. «Pues claro, cariño —le aseguro mientras dejo un melón en la cinta—. Pronto volveremos a Foda. Ya va siendo hora de

que les hagamos una visita.»

18

PULPO

Octopus vulgaris

Un pulpo muerto se vuelve de color malva, como el cielo sobre el mar Egeo justo antes de que aparezcan las estrellas. La única vez que he sostenido uno en mis manos me encontraba en la isla de Tasos, en el norte de Grecia. Mi familia y yo estábamos a punto de terminar una estancia de un mes durante el que me pasaba las mañanas enseñando poesía a estudiantes de todo el mundo y las tardes haciendo esnórquel con mis pequeños y mi marido en calas de aguas azul turquesa. Un día nuestro anfitrión en el hotel, Tassos (sí, aquel hombre era Tassos de Tasos), anunció que esa mañana iría a coger pulpos. Le pregunté inmediatamente si podía unirme a él. Allí solíamos comer calamares frescos unas dos veces por semana, y me moría de ganas de acompañarlo para ver cómo se capturaba y llegaba del mar a la mesa tan delicioso aperitivo. Estaba especialmente entusiasmada porque Tassos pertenecía a las afamadas fuerzas especiales griegas, parecidas a los Navy Seals, y era famoso en la isla porque podía aguantar la respiración bajo el agua durante mucho tiempo.

Naturalmente todos hemos oído hablar de la inteligencia del pulpo, pero es muy probable que no lleguemos a entender nunca del todo lo listos y sensibles que son. Cada brazo de un pulpo forma un asterisco que bien podríamos aplicar a cualquier afirmación que efectuemos ahora sobre su inteligencia. Su cerebro se encuentra justo detrás de los ojos, en lo que en realidad es el cuerpo, no la cabeza, y cada vez que el pulpo devora un

tentempié a base de cangrejo o berberechos, si es preciso el cerebro se puede dar de sí para hacer sitio al esófago. Los pulpos son de los pocos animales que se se pueden encontrar desplazándose a toda velocidad y deslizándose por todos y cada uno de los océanos del planeta: Pacífico, Atlántico, Índico, Ártico y Antártico. Se sabe que se pasean por todas partes, desde las aguas pelágicas cercanas a un litoral hasta a casi dos mil metros bajo la superficie, junto a las fuentes hidrotermales de las profundidades.

Tassos apareció en la playa a la hora prevista, con su equipo de esnórquel y un fusil de pesca submarina. Me quedé en la playa con los niños mientras mi marido se metía en el agua con los demás profesores y estudiantes. Según cuenta Dustin, todo lo que la gente decía de Tassos —y más— era cierto. Tassos podía bajar a pulmón hasta una profundidad tal que el resto de la partida de la caza lo perdía de vista —a él y a su sombra— incluso en aquellas aguas centelleantes y transparentes.

Yo estuve cogiendo piedrecitas blancas lisas y metiéndomelas en el bolsillo mientras esperaba a que regresaran, ansiosa por ver el botín, e intentaba encontrar trozos pequeños de vidrio marino para animar a mi hijo mayor, cuyo labio aún le temblaba por el dolor de haberse quedado atrás. Intenté consolarlo diciéndole que el agua estaría demasiado fría, sería demasiado profunda, le daría demasiado miedo, pero eso… eso era una gran injusticia, que lo dejaran allí dando paseos por la orilla con su madre y su hermano pequeño, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que le gustaba la presa tras la que iban los cazadores. Se había disfrazado de cefalópodo en Halloween durante los tres años anteriores y, más recientemente, había lucido un disfraz de pulpo de anillos azules que yo le había rellenado y cosido, además de colocarle sendas lucecitas por ojos.

La hendidura horizontal de los ojos de los pulpos es una puerta que nos juzga. Estoy segura de que nosotros, los seres humanos, la estamos liando a base de bien, de que en tan solo unas décadas en los océanos no podrá nadar nadie,

ningún animal. La pupila del pulpo permanece paralela, quieta como una balsa en aguas tranquilas —aunque dé volteretas bailongas—, nunca se pone vertical, como la de un gato. Y la piel que rodea estos asombrosos ojos es maravillosa, ya que el pulpo tiene la capacidad de formar pestañas o bigotes espontáneamente para protegerse si se siente amenazado. Pero, aunque hagáis que a un pulpo le crezcan pestañas, podéis estar seguros de que sus ojos seguirán clavados en vosotros; vosotros, criaturas cuyos brazos carecen de redes neuronales o receptores del sabor, y no tienen ni una sola de las trescientas ventosas que recorren cada uno de los brazos del pulpo en toda su extensión. Estas ventosas contienen alrededor de diez mil neuronas que detectan la textura, la forma y, sobre todo, el sabor. Qué locura sería tener una ventosa, aunque solo fuese una, en la palma de las manos. ¡Solo una! Durante un instante uno se plantea que el pulpo debe de sentir algo parecido a la pena por nosotros debido a esta carencia nuestra.

En una ocasión dos investigadores del Acuario de Seattle llevaron a cabo una prueba para ver si los pulpos podían distinguir a los seres humanos. Todos los días se acercaban cada vez más a menudo a los ocho pulpos residentes que tenían mientras uno de los científicos escondía tras la espalda un palo con púas para pinchar a los pulpos y el otro llevaba comida. Los investigadores lucían el mismo mono azul y tenían más o menos la misma altura, y además se dirigían a distintos lados del tanque, pero en el plazo de menos de una semana los pulpos eran capaces de distinguirlos perfectamente. Uno incluso apuntaba con el sifón al investigador que llevaba el palo y le lanzaba un chorro de agua, y el resto de los pulpos empezaban a moverse hacia el que sostenía la comida como si estuviesen contentos.

Después de casi una hora volví a ver aparecer en el mar a mi marido y al grupo de dispares cazadores de pulpos. Dos de ellos —alumnos míos— echaron a correr hacia mí y supe que solo podía haber un motivo para que

hiciesen tal cosa. Traían un pulpo, se lo llevaban a su profesora, que había estado como loca por ver uno, confiando en ello durante casi todo aquel mes. «Ponga las manos, ¡deprisa!», exclamaron, y me lo dejaron caer en los dedos abiertos. Vi que el pulpo empezaba a adquirir un tono blanquecino y a volverse malva en mis manos, nada que ver con el saludable violeta moteado y entre rojo y beis nuez que me había acostumbrado a ver en los acuarios toda mi vida. Sus tres corazones cada vez latían más despacio, le faltaban pocos minutos para morir, pero no me di cuenta en el acto.

Me centré en sus ojos dorados, clavados en mí. En sus brazos, que se me enroscaban en la muñeca y me subían por el antebrazo mientras me exploraba, me degustaba. Durante esos instantes en los que lo sostuve, cuántas cosas pudo sentir o aprender sobre mi persona. ¿Sentiría el amor y el regocijo que experimenté por ello o mi tremenda desesperación cuando fui consciente de que estaba muriendo en mis manos? Solo sé que nunca otra criatura me había mirado, consumido o cuestionado con tanta atención.

Mi hijo mayor empezó a sentir pánico: «¿Por qué no se mueve, mami? Vamos a llevarlo al mar. Seguro que está muy asustado». Intentamos revivirlo en el agua, pero su cuerpo color malva flotaba en las olas que llegaban a la playa, espectral contra el mármol blanco que festoneaba la orilla. Había sufrido demasiado estrés, lo habían sacado demasiadas manos del agua; todo aquello era sencillamente demasiado para una criatura que prefiere la senectud solitaria, el estado lento y constante de no moverse mucho y limitarse a comprender el mundo y agua que los rodea. Todo el mundo enmudeció. Algunos alumnos se escabulleron para coger su toalla y marcharse.

Mi hijo no volvió a comer pulpo.

19

CACATÚA NINFA

Nymphicus hollandicus

Cuando *Chico*, la querida cacatúa ninfa de mis padres, se escapó, mi padre cogió el coche y estuvo dando vueltas al lago —con las ventanillas bajadas y a más de treinta y dos grados de temperatura— mientras llamaba al pájaro por su nombre con su acento indio marcado, denso como el coco. Mi madre iba por las aceras con la jaula de hierro de tres alturas de *Chico*, que sostenía por encima de la cabeza, las puertas bien abiertas con la esperanza de que *Chico* se lanzara en picado y volviera a casa, a su recipiente de cerámica lleno de gruesas pipas de girasol y su ramillete de mijo.

Después de que mi hermana pequeña y yo consiguiéramos un trabajo estable y ya no pesara la amenaza de que alguna de nosotras necesitara instalarse de nuevo con ellos, mis padres hicieron lo que hacen miles de padres cuando se las tienen que ver con un nido vacío: comprarse otra mascota. La cacatúa ninfa es la más pequeña dentro de la familia de las cacatúas. La mayor parte de su cuerpo es gris, pero también blanco, y la mayoría tiene la cabeza de un amarillo crema. Las cacatúas son famosas por sus «mejillas color *cheddar*», una pequeña rueda anaranjada en cada carrillo, que las convierten en los payasos menudos del mundo de las aves. Miden unas tres manzanas de alto y pesan algo menos que una baraja de cartas. Viven una media de veinte a veinticinco años y son la única cacatúa cuya cola termina en punta y no en abanico. Son muy fáciles de cuidar —necesitan dormir al

menos doce horas al día—, perfectas para los jubilados.

Cada mañana, antes incluso de que mis padres tomaran café, mi madre retiraba con delicadeza la sábana que cubría la jaula de *Chico* y levantaba la portezuela a medias para que *Chico* pudiera subir desde el garaje a pasar tiempo, posarse y debatir con ellos hasta la hora de la cena, cuando el ave dejaba escapar su silbido de creo-que-quiero-irme-a-dormir-ya. Entonces mi madre dejaba el crucigrama que estaba haciendo, encerraba a *Chico*, le daba las buenas noches y oscurecía la jaula con la sábana. Era una rutina buena, serena, reconfortante.

Sin embargo, un fatídico día de primavera, después de dejar abiertas las puertas del garaje y la de casa, mis padres no tardaron en descubrir que ninguno de los dos le había recortado las plumas de vuelo a *Chico* en meses. Una motocicleta especialmente ruidosa bajó a toda velocidad por su calle y allá que se fue la cacatúa, volando con su libertad recién adquirida calle abajo, hacia el lago.

Las cacatúas son los únicos loros más famosos por silbar que por hablar. Algunas saben silbar canciones enteras, pero no es lo más habitual. Se puede enseñar a una cacatúa las siguientes gracias: hacer volteretas, dar la mano, salir volando (y volver) cuando uno quiera, abrir las alas como si fuesen a ofrecer un abrazo y silbar cuando se les pide. *Chico* no sabía hacer ninguna de estas cosas, pero sí se sabía parte de una antigua canción tradicional en malabar: «Tha tha mme poocha poocha! Tha tha mme poocha poocha!», que más o menos se traduce como: «¡Cuidado con el gato!». Mis padres no tienen gato.

Mi padre y mi madre se pasaron la tarde entera dando vueltas al lago y llamando a *Chico* en vano. Cuando anochecía, mi padre lloró mientras finalmente enfilaba el camino de acceso y mi madre se acercó a su ventanilla y le tiró al regazo a mi padre una de las sonoras cuerdas de juguete de *Chico* mientras decía enfadada: «Y esto ahora ¿para qué lo queremos? ¿Para qué?».

Seguro que los halcones o el calor de Florida no tardarían en atravesar la barriguilla de su pájaro. Mi padre

asió con más fuerza el volante, como si intentara atrapar los fuertes sollozos en el oscuro centro de sus manos, cuando de repente lo escucharon: el chillido que tan bien conocían, la diminuta cresta blanca, el espléndido destello amarillo y gris: en la cima del caqui. Y la fruta ni siquiera estaba dañada por sus delicadas garras. Mi padre rescató a *Chico* en la barca de un paraguas negro y mis padres musitaron admirados la tremenda suerte que habían tenido. Esa misma noche le recortaron las alas a la cacatúa en el fregadero de la cocina. Después durmieron como bebés tras haber caminado kilómetros alrededor del lago del barrio, y la cama se les antojó especialmente mullida y rebosante de esperanza. Como escribió una vez Emily Dickinson, «la esperanza es esa cosa con plumas».

20

FRUTA DEL DRAGÓN

Hylocereus undatus

El rosa fosforito de una fruta del dragón habla a gritos de verano, música pop, gafas de sol coronando mi cabeza, tiempo demasiado caluroso para llevar calcetines. Equivale a la MTV *vintage* y a pompas elásticas de chicles Bubble Yum que estallan en las últimas filas de un autobús escolar. Es electrocución. Es la tonalidad de pintalabios que nunca me permitieron utilizar, llena de polvos nacarados y sustancias químicas impronunciables, la tonalidad que llevaban Boy George, Whitney Houston y varios miembros de Duran Duran en la portada de los álbumes a los que más cariño les tenía.

Cabría pensar que una fruta que grita así provocaría toda una explosión de sabor, pero casi todo el mundo coincide en que la fruta del dragón, pese a parecer tan fanfarrona y estridente, sabe igual que el más discreto de los melones. Con todo, las frutas del dragón que mis padres cultivan en el jardín trasero y traen en un saco henchidos de orgullo cuando vienen a vernos —esas frutas regadas manualmente y cuidadas por ellos— para mí son tan dulces como los melocotones. Son originarias de América Central, pero la primera vez que probé una fue durante una cena en Singapur. Era escritora invitada en una universidad de dicha ciudad y mi madre había venido como mi acompañante. Me entusiasmó de tal modo el color que fui en busca de más. Durante nuestro tiempo libre, pedí a un taxista que nos llevara a Lau Pa Sat, uno de los famosos mercados llenos de comida del lugar en el corazón de

Singapur. Allí, me aseguraron mis anfitriones, la fruta del dragón era un sabor que se hallaba presente en muchos de los puestos de comida, que la ofrecían en coloridos batidos, helados y mermeladas.

Para llegar hasta esta fruta de color intenso, empezamos con uno de los despliegues de floración más etéreos que he visto en mi vida. Las flores se abren por completo una sola tarde, lo que significa que disponen de una valiosa noche para ser polinizadas por un murciélago o una abeja y convertirse así en frutas del dragón. De lo contrario la flor, de un blanco verdoso y unos quince centímetros de longitud, se marchita al amanecer, mientras un murmullo de calor y aleteo de murciélago hace cascabelear sus pétalos arrugados y blanquecinos.

Aunque su nombre pueda sonar a fantasía —incluidas sus alternativas: Cenicienta, reina de la noche, flor de cáliz o pitahaya—, en la atractiva fruta del dragón no hay nada falso. El audaz rosa se debe a una corteza repleta de licopeno, que es lo que le aporta esa sacudida de color que acapara todas las miradas. Cada fruta crece hasta alcanzar entre siete y diez centímetros de longitud y está salpicada de tiernas y elásticas hojas verdes, como escamas del dragón que le da nombre. El interior, de un blanco espectral, tiene unas minúsculas semillas negras, que hace que se parezca a un kiwi. De hecho, su textura y su sabor se suelen comparar a las de un kiwi apagado —no tan intenso, pero así y todo dulce—, sobre todo cuando está fría.

Hay un bonito cóctel, perfecto para el verano, que me gusta preparar en las raras ocasiones en que encontramos fruta del dragón en el supermercado del barrio: partid y retirad la piel de una fruta de dragón y mezclad la pulpa con una tercera parte de taza de vodka, una pizca de zumo de lima recién exprimida y un cuarto de taza de leche de coco. Añadid unos cubitos de hielo para que la copa sude. Adornad con una cuña extra de fruta de dragón para añadir un toque tropical.

Durante esas semanas en Mississippi en las que el aire es como las exhalaciones de un dragón que sestea, no hay

un cóctel más dulce para hacernos salir suavemente de una tarde de verano aletargada, lenta. Y si por casualidad os quemáis con el sol, podéis espachurrar un pedacito de pulpa de fruta del dragón y aplicarlo sobre la sensible zona rosada de vuestra piel para que os ayude a calmarla, como un aloe. El dragón puede ser la ferocidad que invocamos al ver ese huevo de color rosa y también el bálsamo. Esta es la fruta para una época del año en que el sol y su galopar no solo nos hacen sentir que nos han sacado a empujoncitos de un invierno estático, sino que nos llevan a una estación completamente viva, clamorosa, en la que parece que todo lo que tocamos podría levantarnos una ampolla y causarnos una buena quemadura.

21

FLAMENCO ROJO

Phoenicopterus ruber

Un flamenco regresa a un lago alcalino en busca de comida y para bailar. Baila con las patas arqueadas, como de huso, y las articulaciones hacia atrás. Cuando las temperaturas son altas, queda una gruesa costra de sal que se endurece con el calor: un barro rico en sodio perfecto para formar torres duras como una roca, de algo más de medio metro de altura, en las que poner su singular huevo. Los flamencos se reúnen alrededor de lagos donde pueden vivir pocos peces. Así no tienen que competir con todo lo que coma su alimento preferido: las algas.

Mi primer año en la universidad: diecisiete años y aún creciendo, mis piernas eran demasiado largas para mi torso y compraba los pantalones vaqueros en la sección de hombre de las tiendas de segunda mano en las que mis amigas y yo rebuscábamos al salir de clase. Poca cintura y nada de cadera. Todavía no sabía que ese cuerpo se podía descomponer en sal. Muchachos que rozaban los treinta intentaban ligar con nosotras en UDF (United Dairy Farmers, qué propio del Medio Oeste), la tiendecita más cercana a la residencia de los estudiantes meritorios de primero. Mis amigas y yo comprábamos helado durante los descansos de nuestras sesiones de estudio, cada una de nosotras con un dólar por toda fortuna, y conseguíamos gorronear una pinta para todas si repartíamos unas risitas y sonrisas de más y le prometíamos al cajero que más tarde asistiríamos a ciertas fiestas. Pero, naturalmente, esas fiestas eran pura ficción.

Con objeto de dar con un compañero monógamo para construir la estructura del nido, un flamenco entrelaza pasos de baile con otros flamencos, moviendo la cabeza mientras encoge y estira el poderoso cuello, y entrechocando el pico a la izquierda y después a la derecha mientras todos marchan al unísono. Los que más se mueven consiguen encontrar pareja en esta danza de imitación y ritmo que es maravillosa, sobre todo cuando se reúnen más de varios cientos de miles de aves. Es la búsqueda del compañero adecuado con el que compartir la vida de una de las aves más longevas del planeta: unos cincuenta años juntos, aproximadamente.

A veces bailábamos con esos chicos mayores que nosotras en clubes y debo confesar que me halagaba toda esa atención prodigada a mi cuerpo oscuro tras todos esos años en secundaria y bachillerato durante los cuales los chicos no es que le hubieran hecho mucho caso, con mis gafas de plástico rosa y la nariz siempre metida en un libro. Desde que tenía doce años, mis piernas flacas estirándose durante la noche me mantenían despierta y a veces me hacían llorar mientras iba a la habitación de mis padres, la luz de la luna iluminando sus cuerpos. Uno de ellos siempre se despertaba para consolarme, bajaba adormilado la escalera para poner agua al fuego y llenar una bolsa de agua caliente, y después me masajeaba las piernas hasta que el llanto cesaba y me quedaba dormida con el calor ablandándome las pantorrillas. El Tylenol nunca servía de nada. «Estás creciendo, estás creciendo, eso es todo —me aseguraban al día siguiente—. Tendrás unas piernas muy largas y eso es bueno, ¡muy bueno!»

Cuando duermen, los flamencos meten una pata bajo las plumas, que alternan con la otra para regular el calor del cuerpo y mantener una pata caliente en todo momento. Lo que consideramos la rodilla del flamenco en realidad es su tobillo. La verdadera rodilla del flamenco queda oculta tras las plumas del vientre.

Odio decir que da la impresión de que los flamencos marchan porque en los tiempos que corren ello parece

implicar guerra o violencia, como sucedió en un caso reciente en Florida. Un flamenco llamado *Pinky*, del parque temático Busch Gardens de Tampa, era tan querido que lo nombraron mascota del zoo. *Pinky* se convirtió en uno de los animales más visitados del zoológico, los niños en particular querían ver a la famosa ave que aparecía en tantos recuerdos de las tiendas de regalos del parque… hasta que se produjo uno de los ataques a animales de zoológico más espantosos de la historia de Tampa. Ese día fatídico la gente del zoo reparó en un hombre de cuarenta y cinco años que actuaba de manera un tanto errática, yendo de un lado a otro. Nadie sabe por qué extendió el brazo, agarró a *Pinky* del cuello —delante de los niños que miraban— y, tras levantar al ave —que pesaba poco más de dos kilos— por encima de su cabeza, la lanzó con brutalidad contra el cemento caliente. El traumatismo casi le cercenó una pata. Los veterinarios lloraban cuando, al día siguiente, le practicaron la eutanasia.

Mis amigas y yo íbamos a los bares universitarios a bailar, solo bebíamos agua y siempre volvíamos a casa en grupos o al menos de dos en dos. Nos pasábamos el día estudiando y luego quizá nos echábamos una «siestecita de discoteca» para poder aguantar hasta tarde. Alrededor de las nueve de la noche empezábamos a prepararnos y nos colábamos en los bares sin que prácticamente nadie nos pidiera el carnet de identidad, con pantalones vaqueros de chico, zapatones negros, un montón de gargantillas y pulseritas de cuero. Nos contaban historias de una chica que no llegó a casa. Yo pensaba que eso solo sucedía en los noventa. Antes de que existieran los teléfonos móviles para decir que habíamos llegado a algún sitio o pedir ayuda a los amigos o llamar a la policía pulsando unos pocos botones. Sin embargo, veinticinco años después circuló otra historia de mi *alma mater* de la desaparición de una mujer joven: «Alguien la vio por última vez a las diez menos cuarto, antes incluso de que los bares pasen la fregona y cierren».

Éramos como flamencos que recorrían largas distancias, sobre todo de noche. Tantos secuestros se

perpetran en la oscuridad, cuando nos creemos a salvo, haciendo algo rutinario, en un lugar donde «cosas malas» como esa sencillamente no pasan. Cuando un flamenco vuela durante el día, tiene un aspecto gracioso, con las largas patas bajo el esponjado torso plumado.

«Alguien llamó a la policía para decir que había encontrado su cuerpo al día siguiente en un parque de la ciudad.»

Hay oscuridad bajo todos los bailes coloridos. Todo el mundo asocia el rosa con el flamenco, pero el flamenco también tiene doce plumas de vuelo principales negras, visibles sobre todo cuando las alas están extendidas. Unas cuchilladas inesperadas bajo todo ese color divertido.

«Dicen que estaba terminando su turno en el restaurante en el que trabajaba.»

Veinticinco años después de que mis amigas y yo convirtiésemos las noches de baile de miércoles a domingo en parte de nuestra rutina de estudiantes de primer año, soy profesora en una gran universidad estatal. Si salgo tarde suele ser porque voy a buscar algo para un proyecto de manualidades nocturno de alguno de mis hijos. Todavía vuelvo la cabeza en un aparcamiento oscuro. Escribo mensajes a mi marido para que sepa que estoy en el coche y me dirijo a casa.

«Dicen que iba a graduarse en menos de tres meses.»

En las aceras próximas al campus veo a alumnos jóvenes que van a bailar. Y bailar y bailar, incluso en mitad de la semana, como hacía yo en su día. Lanzo una oración muda para que todos vuelvan sanos y salvos al nido, de madrugada, una y otra vez. Hasta ahora todos han regresado a casa. Cuando veo grupos de mujeres jóvenes que salen juntas, no puedo evitar ofrecer una suerte de oración silenciosa por ellas: «Deja que esta noche metan las piernas en una cama segura, deja que sus padres respiren tranquilos en sus habitaciones y no reciban ninguna llamada de madrugada que siembre el pánico».

Bajo una luna resplandeciente, y sin que nosotros lo sepamos, un oscuro mundo plateado refulge y centellea en

unas alas rosa y ébano, como un pequeño trueno. Es imposible que oigamos ese viento asombroso si estamos concentrados para seguir el ritmo de los pequeños bailes que danzamos en este planeta. Pero deberíamos intentarlo. Deberíamos intentarlo.

22

ANGUILA DE LISTÓN AZUL

Rhinomuraena quaesita

Cuando esta colorida anguila, oculta tras el coral, detecta que hay un lebistes nadando cerca y quiere que sea su próximo tentempié, sencillamente se desenrolla, como si una cinta dulce se hubiese extendido y ablandado en el mar. O no, esto no es lo que ocurre. Más bien, el zigzagueo de su cuerpo —la ondulación que pone fin a toda ondulación— es como mi propia lengua, deseosa de contarle a mi marido todas las minucias del día que he pasado a solas con nuestro hijo de tres años y el pequeño, Jasper.

La aleta dorsal alargada de la anguila de listón azul macho es de un amarillo verdoso chillón y su vientre de un llamativo cobalto. La hembra es completamente amarilla y mide más de un metro. Al nacer, todas las anguilas de listón azul son machos de un negro azabache: son protándricas, es decir, que se transforman en hembra solo cuando necesitan reproducirse. En el plazo de un mes, estas hembras se aparean, ponen huevos y mueren, lo que hace que ver a una hembra en su hábitat natural sea muy poco frecuente. Las fosas nasales alargadas, con forma de hoja, dispuestas a ambos lados del hocico, la ayudan a detectar la comida que pasa por delante de ella en la escasa visibilidad del lecho oceánico. La anguila de listón azul también tiene una descuidada perilla amarilla en la mandíbula inferior, que almacena todas las papilas gustativas.

Las anguilas de listón azul suelen sentirse satisfechas permaneciendo años en el mismo agujero del arrecife o

formación coralina, mientras asoman la cabeza con la boca abierta en éxtasis, como si dijeran: «¡Guau! Mirad qué maravilla de casa tengo». Sin embargo, lo que en realidad están haciendo es expulsar agua a través de las branquias para respirar, y así es como pasan la mayor parte de sus días: con la mayor parte de su brillante y plano cuerpo escondido. En estas condiciones, las anguilas de listón azul se desarrollan y viven unos veinte años. Pero la mayor amenaza de las anguilas de listón azul es el negocio de los acuarios domésticos, ya que estos animales no sobreviven mucho tiempo en cautividad. En un tanque no tardan en dejar de comer, a modo de muda protesta contra las desagradables manos que cogieron su elegante cuerpo y lo metieron en una bolsa o un cubo. La mayoría no dura ni siquiera un año.

Si mientras estáis buceando una anguila de listón azul por casualidad nada zigzagueando veloz por encima de vosotros, es muy posible que ni siquiera la veáis, pues su vientre se mimetiza perfectamente con el cielo que se refracta. Quizá notéis una pequeña corriente cuando pase, pero cuando levantéis la vista: nada. La última vez que hice esnórquel en el mar del Sur de China estaba embarazada de unos tres meses y agradecida de que las anguilas de listón azul no suelan quedarse cerca de la superficie. El estómago se me encogió al pensar en ese músculo con forma de cinta, el movimiento que imita la onda sonora en un dibujo animado. En general no les tengo miedo a las serpientes cuando están en tierra, pero ver esa boca abierta me inspiraría cierto temor, además de dicha; una boca congelada en una expresión de sorpresa y deleite con cada pececillo que pasa.

Cuando era un bebé, mi hijo pequeño era famoso entre nuestros amigos y vecinos por abrir constantemente la boquita en señal de asombro, sorpresa y pasmo. Daba la impresión de que nunca estaba cansado. Si le apagaba la lámpara y musitaba que era hora de dormir, y dejaba que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad poco a poco, lo veía mirándome fijamente, con unos ojos como bolitas de

chocolate rellenas de leche malteada, en nuestra habitación iluminada por la luna. La boquita de piñón abierta en un perpetuo estado de deleite. Las cejas ralas y de pelito fino, como de plumas de búho. El único momento que no tenía esa expresión de asombro era cuando se quedaba dormido como un bendito, cosa poco habitual durante esos primeros años. Pero, ay, cuando por fin sucedía eso, cómo se quedaba dormido, tan profundamente, contra mi pecho. Despertábamos los dos sudando ligeramente, aunque era pleno invierno, un invierno especialmente crudo en el oeste del estado de Nueva York.

Y así es como pasamos nuestros tranquilos días en casa durante la primera estación fría de su vida, arropados por las mantas mientras por la noche caía alrededor de medio metro de nieve. Bocas abiertas de asombro por cosas que yo pasaría fácilmente por alto en cualquier otro momento del ajetreado curso académico. No pude quedarme en casa el semestre que nació mi primogénito, así que atesoraba esos días lentos con mi pequeñín, aunque el granujilla apenas durmió más de tres horas seguidas durante los dos primeros años. Tal vez lo único que podía hacer en realidad durante esos meses desdibujados fuese asombrarme. Maravillarme.

¿Cómo podría olvidar el constante tictac cuando el pequeño se sentaba bien recto en la cama entre nosotros, la carita iluminada por la luna, adormilándose de nuevo únicamente si uno de nosotros bailaba con él en el salón o recorría la casa con él cogido en brazos? Entonces yo no tenía lenguaje para poemas. Casi no tenía lenguaje en general, pero aún podía exclamar, aún podía enseñarle todos los detalles, pequeños y grandes, de esta cueva llena de tesoros sencillos: «Esto es el lavadero, en esta máquina lavamos ropa. Esto es un armario, me pregunto qué habrá dentro: ¡oh!, una escoba y una aspiradora. Cuando seas mayor te dejaré jugar con estas cosas para que limpies la casa». Y, su preferido: los interruptores. En cada habitación. El comedor tenía un regulador de intensidad, su favorito. Se lo dejaba para el final, y él movía las piernecitas enfundadas en el pelele mientras nos acercábamos despacio

al regulador. Pero yo le tomaba el pelo desviándome un momento a la cocina: «Mira cuántas cucharas hay en este cajón. Esta es la porcelana que nos regalaron cuando nos casamos y que probablemente no volvamos a tener ocasión de utilizar. Pero, un momento, ¿nos hemos olvidado del regulador? Ojalá conociera a un niño que supiese encender esta luz. ¿Serás tú ese niño?».

Quizá esas aventuras nocturnas susurradas durante los primeros años de su vida sean las responsables de que las expresiones de mi hijo a menudo se parezcan a las de una anguila de listón azul. Sobre todo aquí, en Mississippi, cuando pasamos la mayoría de nuestros días al aire libre y todo es: «¡Mami! ¡Mírame! ¡Mira esto! Mami, ¡mira cómo hago un *home run*! Mami, ¿has visto esa rana? ¡Mira! ¿Has visto lo alto que salto? ¡Un colibrí, mami!». Cuando veáis nadar a una anguila de listón azul, su expresión dirá: «¡Mirad! ¡Miradme! ¡Mirad esa gamba crujiente!».

Si no tenemos sorpresas, este pequeñín al que todavía puedo llevar acomodado en la cadera será nuestro último hijo. Empieza a ser demasiado grande; me temo que este será el último verano que lo podré llevar por la casa cómodamente. Ya se me escurre de los brazos con suma facilidad. Por fin, ¡por fin!, ha renunciado a su noctambulismo, y yo casi lo echo de menos. Casi. Echo de menos cómo se entrelazaban nuestros cuerpos, en las escasas ocasiones en que por fin cerrábamos los ojos, enredados en un sueño tan profundo. Es un niño alegre, que siempre se está moviendo. Casi todas las fotos que le he sacado desde que aprendió a andar captan la misma expresión de puro júbilo en movimiento. La boca bien abierta, llamando a nadie en particular. Un borrón con sudadera roja. Incluso ahora está corriendo de habitación en habitación.

Se me ha escabullido de la cadera, y mi marido y yo tenemos que recordarle constantemente que camine, que vaya más despacio. Pero, por suerte, me sigue dando la mano cuando cruzamos aparcamientos o la calle. En nuestras noches de cine en familia, coge una manta, se me

sube al regazo y dispone cojines alrededor: «¡Mira, mami! ¡Estamos en una cueva!». Acopla su cuerpecillo al mío de tal forma que casi magino que vuelve a ser un niño pequeño. Todavía no se ha ido nadando del todo.

23

PREGUNTAS QUE SURGEN MIENTRAS BUSCO PÁJAROS CON MIS HIJOS MESTIZOS, DE SEIS Y NUEVE AÑOS

Si vamos a estar buscando pájaros todo el día, ¿nos buscará alguien a nosotros si nos perdemos?

Creí que decíais que Dios vigilaba a los gorriones. Entonces ¿para qué los contamos si él ya sabe los que hay?

¿Hay un cuarto de baño cerca?

¿Por qué no me dejáis traer el telescopio? Podría haber aves volando muy, muy alto, pero como no las vemos, el recuento no será bueno.

¿Por qué los cardenales hembra parecen tan tristes y los machos parece que vayan a una fiesta?

En el colegio alguien dijo que si las abejas acaban desapareciendo y ya no vemos más abejas, nosotros también acabaremos desapareciendo. ¿Es verdad?

No quiero desaparecer. Pero, si desaparezco, ¿puede ser contigo, mami?

¿Y papi? No quiero que papi desaparezca.

¿Qué es camuflaje?

Si me visto de rojo y me pongo detrás de un cardenal, ¿podríais seguir viendo al cardenal o solo me veríais a mí?

Pero ¿el cardenal macho no está asustado? No se puede camuflar con nada que no sea con una pared roja.

O con mi camisa roja. Los cardenales hembra tienen suerte. Casi no se ven.

Mami, eres como un cardenal hembra, porque tienes la piel marrón.

¿Por qué tu camuflaje es mejor que el de papi?

Ahora mismo tengo un camuflaje medio.

Cuando sea mayor, ¿seré marrón o blanco?

¿Por qué a algunas personas blancas no les caen bien las marrones?

No te preocupes, mami, te puedes esconder de esas personas malas en el bosque. Tienes un buen camuflaje.

¿Y yo? ¿Puedo tener un buen camuflaje aunque sea mitad y mitad?

En el colegio tenemos que escondernos debajo de los pupitres si vienen personas malas. Lo hicimos la semana pasada.

Se llama «cierre de emergencia». Tenemos que estar callados como lo estamos ahora mientras esperamos para ver pájaros.

¿Por qué hay personas que quieren cazar niños?

Si los halcones vuelan en círculo a nuestro alrededor, ¿es porque creen que uno de nosotros podría ser una buena presa?

¿Hay un cuarto de baño cerca?

¿Por qué el águila calva no se llama águila peluda? Todas tienen pelo.

¿Los colibrís se cansan alguna vez de volar y quieren nadar y flotar en el agua un rato?

¿Tienen algo que comer cuando cruzan el océano o comen cualquier cosa en el aire y fingen que es una flor?

Creo que la garza azul es muy desconfiada. Se queda tan quieta que me dan pena las ranas y los peces que creen que es la estatua de un ave.

Si viera a un puñado de auras gallipavo mirando la casa con las alas extendidas, pensaría que va a pasar algo siniestro.

¿Os acordáis de cuando vimos a aquella señora ponerle una etiqueta a un colibrí?

Apuesto a que al colibrí no le hizo gracia y cuando llegó a México los otros pájaros se rieron y preguntaron: «¿Se puede saber qué es eso que llevas en el tobillo?». ¿Te acuerdas de otra señora que me pintó un pájaro en la cara

en el festival y por la noche me obligaste a lavarme la cara para quitármelo? Me puse muy triste.

¿Los pájaros tienen párpados?

¿Los cierran alguna vez cuando vuelan?

¿Saben guiñarnos un ojo? Porque creo que la otra semana vi a un cuitlacoche rojizo guiñándome un ojo, pero no se lo dije a nadie.

¿Hay un cuarto de baño cerca ahora?

¿Y si hay un recuento de aves cuando tenga cuarenta años y no encontramos ningún pájaro?

¿Habrás desaparecido cuando yo tenga cuarenta años?

¿Habrás desaparecido cuando tenga sesenta?

¡Mami! ¿Y si hubiera cien pájaros verdes más en el bosque ahora mismo y no lo supiéramos? ¿Y estuvieran todos camuflados, observándonos con nuestros cuadernos, y no pudiéramos verlos y ellos se estuvieran riendo y diciéndose los unos a los otros que nuestro recuento de aves está mal?

Los pájaros no ríen.

Bueno, pues ¿y si se estuvieran guiñando el ojo?

24

AVE DEL PARAÍSO SOBERBIA

Lophorina superba

El día de mi boda, la plaza de mi aletargado pueblecito del oeste del estado de Nueva York bullía con un pequeño mar de saris. El pueblo no había visto nunca tantos saris y *barong tagalog* —la vestimenta formal masculina de Filipinas, confeccionada a mano con fibra de piña— juntos, y nuestra boda salió en la portada del periódico. Alguien nos dio un *barong tagalog* de regalo de bodas, con talla de preadolescente. «¿Y si no tenemos hijos? —le pregunté a mi marido, lanzando un suspiro, mientras abríamos los regalos —. ¿Y si no tenemos un hijo varón?»

Había saris de todas las tonalidades posibles: rojo, violeta, ónice líquido y sobre todo verde azulado y turquesa, los colores de la boda. La recepción fue una fiesta por todo lo alto con baile, los colores de los saris brillando con el kit de iluminación portátil del DJ. Que es la razón de que me viniera a la memoria la *Lophorina superba* —ni la chica ni la grande, sino el ave del paraíso soberbia— al ver la pista de baile.

La soberbia es un ave de muchos colores. Su pico es como la noche negra más negra de enero, cuando uno está intentando escribir una carta en cartulina negra con una pluma de cisne negro mojada en tinta china: muy negro, vamos.

Cuando la soberbia levanta sus largas alas negras tras el cogote es como si desplegara una capa elíptica alrededor del cuello: uno de los espectáculos más llamativos de todo el reino animal. Las plumas azul iridiscente de la cabeza de

la soberbia brillan con un azul aún más luminoso cuando atrapan el sol, sus ojillos contra la capa negra.

Esta vistosa ave mide unos veinte centímetros y vive en Nueva Guinea. Come sobre todo frutas y bayas, pero se sabe que se regala con alguna que otra lagartija pequeña. El ave del paraíso soberbia lleva una vida bastante solitaria, excepto cuando se aparea. Quizá mi detalle preferido de estas aves sea que el macho prepara una pista de baile antes de ponerse a mover el esqueleto, delimitando la zona con hojas o papelitos. A continuación viene el baile del cortejo: el ave despliega en abanico las plumas de la cola y comienza a saltar y dar botes ante la hembra mientras su franja ancha horizontal turquesa adopta la forma de una sonrisa de dibujos animados, el único color en las oscuras plumas.

En la lista de «No poner» que facilitamos al DJ que amenizaría nuestra boda solo había tres canciones: *Strokin*, *The Chicken Dance* y *Macarena*. Cuando íbamos camino de la recepción en el autobús de la boda, mi flamante marido recibió un mensaje de nuestro DJ diciendo que tenía herpes zóster, pero que no nos preocupásemos: enviaría a un sustituto estupendo y nos rebajaría cien dólares.

Como era de esperar, la pista se quedó vacía después de que sonaran cuatro o cinco canciones que nadie conocía. La gente seguía sonriendo, bebiendo y charlando, pero nadie bailaba. Nerviosa, susurré a gritos a mi marido mientras esbozaba mi más radiante y tensa sonrisa: «¡Dile-que-ponga-cualquier-canción-animada-de-2005!».

Demasiado tarde: reconocí esas notas de rumba en el acto.

Pero entonces sucedió algo extraordinario: no solo todo el mundo se lanzó a la pista cuando por los altavoces se escuchó *Macarena*, sino que, además, dada su naturaleza interactiva, todos bailaban con todos. El primo del oeste de Kansas de mi marido se hallaba frente a mi tío segundo de la India con los brazos extendidos. Una prima lejana meneaba la cadera, envuelta en un sari rosa, delante de una de mis mejores amigas de la universidad. Los abuelos de mi

marido se llevaban las manos a la nuca junto a Joseph y Sarah, mis queridos amigos filipinos de Nueva York. ¡¿Cómo podía ser que todo el mundo se supiera ese baile?!

El vídeo musical de 1996 de *Macarena* es una explosión de color: las bailarinas llevaban pantalones cortos ceñidos plateados, pañuelos de color naranja en la cabeza, el cabello rizado lila, multitud de vientres al aire, contundentes plataformas. El color de piel de las bailarinas también era un arcoíris: creo que en ese videoclip fue la primera vez que vi a una mujer india con trenzas y un *bindi* en la MTV. Había una escandinava rubia platino, una chica de Asia oriental con una corona de nudos en el pelo y una preciosa protagonista con rizos rubios. Los cantantes, Antonio Romero Monge y Rafael Ruiz, lucían elegantes trajes negros; uno con la corbata de color plata y el otro de color cobre. Era como si se fuesen a casar en cuanto terminasen de grabar el vídeo.

Sé que es la peor melodía pegadiza que hay. Sé que el vídeo es odiosamente alegre. Sé que ahora mismo la canción está desterrada de la mayoría de las bodas. Pero ¿acaso no empezasteis a mover el pie un poquito cuando mencioné la canción? ¿Cuando imaginasteis los familiares sonidos? ¿No era el ritmo lo bastante sexy para haceros esbozar una sonrisa incipiente nada más escuchar esas notas? ¿Aunque fuese solo una sonrisilla? Una tarde, a comienzos de un verano inundado de amor y dicha, una cacofonía de color, risas y baile marcó el principio de una historia de amor que nació y creció inesperadamente de los trigales de Kansas y las costas tropicales de la India y Filipinas.

Ahora, casi quince años después, nuestro hijo mayor —al que le encanta bailar, que lleva tomando clases de baile desde que tenía tres años y cuyo color preferido también es el turquesa— es lo bastante larguirucho para ponerse su propio *barong tagalog* cuando tenga que vestirse de etiqueta aquí, en el norte de Mississippi. ¡Qué maravilla tener unos hijos a los que les encanta bailar sin complejos! Que no temen mecerse y menearse al ritmo de la música siempre

que se topan con ella… y al ritmo de una música que solo oyen ellos. Y yo pregunto: ¿cuándo fue la última vez que bailasteis como un ave del paraíso soberbia? Me refiero a ¿cuándo fue la última vez que movisteis el esqueleto de verdad y rockanroleasteis, brincasteis, retozasteis, jugueteasteis, botasteis, saltasteis, traveseasteis, bailasteis una giga, os desmelenasteis, hicisteis cabriolas, os descoyuntasteis, os cimbreasteis, rumbeasteis, os contoneasteis o zapateasteis? ¿Bailasteis en la calle? ¿Os sentisteis libres y sin ataduras? ¿Os bailaron los ojos, disteis un giro, empezasteis con buen pie u os fuisteis con la música a otra parte? Si estáis vosotros solos, no temáis. Puede que para algunos bailes hagan falta dos, pero solo se necesita una persona para pavonearse y sacudir las plumas de la cola, aunque solo sea un poquito.

25

TRITÓN DEL ESTE

Notophthalmus viridescens

He sentido una punzada de dolor al trasladarme de un hogar a otro, pero solo uno de esos traslados fue especialmente devastador: alejarme más de seiscientos kilómetros a los dieciséis años, después del curso en que fui presidenta de mi clase en la pequeña localidad (tan pequeña que técnicamente es una villa) de Gowanda, Nueva York, para terminar el instituto (sin conocer a un alma) en un barrio residencial de Ohio. Mi última noche en Nueva York la pasé con mis dos mejores amigas, Americ y Sara, de quince años, llorando la noche entera en nuestros sacos de dormir y después imponiéndonos al alboroto de los petirrojos y chipes que nos saludaron al amanecer. Prometimos no perder nunca el contacto, y lo decíamos en serio, pero a los quince años, cuando todos los cambios parecen de lo más dramáticos, el peso de ese inminente traslado pareció sacudirme el cuerpo entero con oleadas de desesperación, pues no sabía cómo iba a poder vivir sin tener a esas chicas en mi día a día. Esa mañana enrollé el saco de dormir por última vez con mis amigas y les di un abrazo de despedida cuando ellas se fueron al campamento de Chautauqua, donde trabajarían de socorristas durante el verano, y mi familia se dirigió hacia nuestro nuevo hogar en Ohio. Esas chicas fueron mis primeros amores de verdad. Tanto es así que *Lovesong*, de The Cure, era nuestra canción. No he olvidado nunca que escuchaba extasiada esa canción una y otra vez en mi discman, sentada sola en bancos de parques. Que ese otoño les escribí cartas largas, de muchas

páginas, para intentar aferrarme todo lo posible a esos primeros días de verano, pero la brisa y el frío inconfundibles de principios de otoño implicaron que ciertos animales mojados no tardarían en hacer madrigueras bajo nuestros adoquines o en montones de compost para pasar el invierno.

Recuerdo las numerosas mudanzas de mi familia durante mi infancia y empiezo a entender mejor al tritón del este. Un tritón del este pasa años deambulando por el bosque antes de decidir qué charca será su hogar definitivo. Cuando uno pasa tanto tiempo como el tritón del este inmerso en una búsqueda así, se vuelve más selectivo, más exigente, pero nunca está descontento durante mucho tiempo. Uno mide los veranos en tiempo de tiovivos, en mapas mentales de los paseos desde el trabajo de tu madre en Kansas, del motel provisional en Iowa en el que tuviste que vivir unos meses, del hogar de tus sueños que dejaste en Arizona; uno imagina caminos que discurren mientras deja atrás cactus y lechos de ríos, atraviesa jardines de vecinos y pasa por delante de bancos astillados de los parques de tantos estados.

En su fase juvenil terrestre, el tritón del este —llamado «eft»— es de un precioso color naranja con manchas rojo oscuro bordeadas de negro. Estas manchas advierten a otros animales de que si le hincan el diente al tritón, esa será su última comida. Estos tritones de color cítrico contienen una toxina similar a las letales sustancias químicas del pulpo de anillos azules o el pez globo. Gracias a estas manchas, los peces dejan en paz a los tritones; así, los tritones son la única especie de anfibio que puede vivir en armonía con la mayoría de las criaturas acuáticas. Años después, cuando alcanza su fase adulta, todo ese precioso color se torna verde oliva, con tan solo alguna que otra pincelada naranja en el ahora brillante y lustroso lomo mojado.

Por lo general, los tritones empiezan a dejar la charca en la que viven durante su fase juvenil a finales de verano, tras caer una cantidad de lluvia tibia especialmente generosa. A lo largo de paseos dados por caminos de

parques cercanos a mi casa en Gowanda, casi siempre era capaz de dar con efts de color caramelo en la base de arces azucareros si movía suavemente las hojas húmedas con un palo. Tras explorar la tierra seca entre dos y cuatro años, creciendo felices y contentos entre la hojarasca o cerca de un tramo especialmente fangoso en bosques del este de Mississippi, la mayoría de los tritones casi siempre saben volver a su charca original, aquella en la que eclosionaron. Científicos de Indiana han descubierto recientemente que los tritones encuentran su camino a casa alineándose con el campo electromagnético de la Tierra. Llevaron a varios tritones a unos cuarenta y cinco kilómetros de la charca en la que nacieron y los instalaron en tanques. Cada tanque sufrió alteraciones electromagnéticas para hacer que la distancia pareciese de unos doscientos kilómetros al norte o doscientos kilómetros al sur. En todos y cada uno de los experimentos, los tritones se reunieron en un lateral del tanque, orientándose hacia donde se hallaba su hogar.

Estos tritones son de los únicos anfibios cuyo cuerpo presenta mineral ferromagnético, algo que, combinado con su increíble capacidad para memorizar patrones de luz solar y estelar para regresar a su charca original, los convierte en un animal a la altura del salmón por el excelente comportamiento filopátrico que observan. Lo que resulta particularmente sorprendente es que durante su vida —gracias a su brújula innata—, un tritón no suele alejarse más de un kilómetro y medio de la charca en la que nació, con lo que permanece en un radio de unos dieciocho campos de fútbol americano.

Mi propio instinto filopátrico era más fuerte de lo que jamás habría pensado. Una década después de dejar el oeste del estado de Nueva York siendo adolescente, me encontraba en Madison, Wisconsin, concluyendo el año que había consagrado a una beca de investigación. Estaba echándole un vistazo a los tablones de empleo en la universidad para puestos de profesor adjunto y tuve que mirar dos veces cuando descubrí que había una vacante no muy lejos de mi antiguo hogar. La posibilidad era remota,

lo sabía, pero solicité la plaza de todas formas, incluso mientras recorría librerías del lugar y cafés de Madison para pedir trabajo. Barista, profesora de inglés —me sentía culpable hasta por atreverme a confiar en que pudiera acabar con un empleo en la universidad—, lo único que sabía era que quería seguir en las aulas, pero también quería pasar tiempo al aire libre y escribir.

Después de unos días de entrevistas, recibí la llamada mágica que me daba la bienvenida de nuevo, y pasé quince años más en el oeste del estado de Nueva York. Allí me casé. Mis hijos nacieron allí. Pero no fue mi hogar para siempre. Aunque todavía nos mantenemos en contacto, mis mejores amigas se habían mudado hacía tiempo. Yo seguía siendo una de las pocas personas de piel oscura del lugar. Estaba harta de toparme con conocidos en la oficina de correos que me preguntaban por «los míos», refiriéndose a los filipinos o los indios; harta de personas que me decían «namasté» en el supermercado cuando menos preparada estaba para escucharlo; harta del clima cada vez más hostil en el trabajo si me atrevía a sugerir más diversidad en el campus; y, sencillamente, harta de ser la única amiga de piel oscura de tantas personas. Para colmo, pasé quince inviernos recorriendo carreteras congestionadas por nevadas por efecto lacustre. Estaba cansada de esa charca. Necesitaba seguir buscando.

A veces, en pleno invierno —aunque una charca se haya helado—, es posible vislumbrar un tritón del este escabulléndose bajo el hielo de la superficie. A veces me pregunto qué habría pasado si hubiese visto un tritón así en los días más duros y fríos en Nueva York, cuando todo lo que podía hacer era fantasear con cómo podría trasladar a mi familia a otra parte. Me gustaría pensar que, si hubiese visto esas manchas como faros traseros naranjas, quizá hubiera podido apaciguar a mi cada vez más inquieto espíritu, quizá me hubiese recordado la promesa de que por muy fría que te parezca la charca que es tu hogar, al final siempre llega el deshielo. Me gustaría pensar que ello me habría recordado que debía tener un poco de paciencia y

confiar en que durante todo ese tiempo mis padres, inmigrantes, me habían estado preparando para que hallara consuelo en multitud de terrenos, con la esperanza de que fuese capaz de crear una sensación de hogar dondequiera que necesitase estar en este país, aunque las personas en las que confiara me defraudasen.

Tenía las herramientas en todo momento, y no necesitaba electricidad ni una pantalla para escapar. Solo necesitaba cambiar de escenario, de terreno. El verano, las barbacoas y las sandalias acabaron llegando, después de uno de los inviernos más difíciles que vivimos. Y en otoño de ese mismo año —igual que el tritón del este—, mi marido y yo sentimos la llamada del hogar. Esta vez, sin embargo, a diferencia del tritón, evitamos lo seguro, lo previsible y el único paisaje que habíamos conocido siempre siendo una familia cuando sentimos la llamada de un lugar distinto: Mississippi. Noté un cambio en el cuerpo el primer día que abrimos la puerta y pusimos el pie en Oxford, como si en mi interior se alinearan pequeños imanes y se pusieran firmes, porque por fin estaba donde tenía que estar. Algo me dijo que era así: mi instinto filopátrico me atrajo con fuerza a ese lugar, un paisaje nuevo y emocionante para que mi familia lo explorase, un paisaje de cielos azules y remolinos de kudzú y el canto de los grillos.

26

CASUARIO COMÚN

Casuarius casuarius

Los rojos y azules color bola de chicle de la cabeza y el cuello sin plumas de un casuario pueden hacer que uno piense en un carnaval en la selva, todo guirnaldas y banderitas. Ciertamente esta ave resulta cómica de arriba abajo. Las plumas negras que cubren su cuerpo hacen que el casuario parezca una peluca negra encaramada a las patas de un reptil; su mirada de loco, con esos ojos redondos color caramelo, tal vez recuerde al dibujo de un niño de seis años. Con cada uno de los trabajosos pasos que da, parece que intenta recordar una coreografía olvidada. Pero no subestiméis al casuario: es una de las pocas aves del planeta de las que se tiene constancia de que han matado a una persona.

En Florida, concretamente, un hombre tenía una pareja de casuarios de mascotas. Un día, en 2019, tropezó cuando comprobaba el estado en que se encontraba un nuevo huevo verde lima que acababa de poner la hembra. El macho se asustó, se subió encima del hombre y lo hizo pedazos con las garras. «Esa uña asesina —como la describió Ernest Thomas Gilliard en 1958— puede cortar un brazo o destripar un abdomen con facilidad», pero, propietarios de mascotas mal informados aparte, por lo general el ave solo la utiliza cuando hay comida de por medio. Por ejemplo, los casuarios se pueden acostumbrar a que las personas los alimenten y empezarán a acercarse en actitud expectante a cualquier ser humano. Si se les niega la comida, darán patadas y tajos. Perforarán y lacerarán. Si

alguna vez llegara a pasaros esto, lo último que veréis en este mundo antes de desangraros será la violenta avalancha de piel azul y el rojo manzana caramelizada de la carúncula del casuario oscilando como un péndulo sobre vosotros.

Sin embargo, es la cresta lo que distingue especialmente a esta ave. Este casco de queratina oscura y endurecida que corona la cabeza del casuario va creciendo con la edad, y llega a alcanzar nada menos que unos dieciocho centímetros. La cresta los ayuda a descifrar la acústica del entorno, amplificando los sonidos de un bosque denso, ayudándolos a correr a unos cincuenta kilómetros por hora aunque dé la impresión de que no hay un sendero despejado en el bosque. Los casuarios corren con la cabeza gacha, de manera que la cresta también hace las veces de yelmo. Un descubrimiento reciente de huesos del *Corythoraptor jacobsi* —un dinosaurio de andares afectados que vivió durante el periodo Cretácico superior— reveló un esqueleto sorprendentemente similar al del casuario, con un casco similar a una cresta, lo cual reforzó el apodo que recibe el casuario: «dinosaurio viviente».

En el mundo de las aves solo el avestruz es más alto que el casuario. Las hembras miden entre un metro y medio y un metro ochenta, más que los machos, y exhiben un azul mucho más vivo en el cuello. Pueden saltar hasta casi dos metros. Odian a perros, gatos y caballos y nadie sabe por qué. Sí se sabe que los casuarios son principalmente frugívoros y que se alimentan de cientos de clases distintas de frutos de la selva tropical, que suelen tragar enteros, pero en las selvas tropicales de Nueva Guinea y el noreste de Australia también se las puede ver picoteando flores de mirto o ranas. Los frutales también se benefician de la dieta del casuario; los científicos han descubierto que las semillas de la *Ryparosa*, un árbol australiano muy apreciado, es más probable que germinen tras pasar por el tracto digestivo del casuario. Con todo, incluso con la inclinación natural de esta ave a ayudar a su entorno —a ser generosa, por así decirlo—, tan solo queda un 20 por ciento de su hábitat natural.

Casi todas las muertes de casuarios se producen por atropellos de coches mientras las aves buscan comida demasiado cerca de una carretera. Como estas muertes accidentales iban en aumento en Australia, el Ministerio de Transporte creó unas especiales señales amarillas de advertencia con la inconfundible silueta del casuario, un coche con el parabrisas roto a punto de salir despedido por los aires y las palabras «La velocidad mata casuarios» en una franja roja a modo de aviso.

Lo cierto es que no hay muchas personas familiarizadas con esta sorprendente ave. Entre las hileras y más hileras de ositos y conejitos en las tiendas de juguetes no hay tiernas versiones en peluche de los casuarios para que los niños las achuchen. Casi nadie pide una camiseta con un casuario o una réplica de plástico para el jardín o una cortina de ducha estampada con él, como sucede, por ejemplo, con los flamencos. No resulta fácil tener casuarios en los zoológicos; es preciso recrear las condiciones de una selva tropical, proporcionarles abundante espacio para que se muevan y, preferiblemente, permitir que naden. Además, estas aves prefieren la soledad. Demasiado espacio y dinero para una sola ave.

Sin embargo, me pregunto si hace falta un zoo o un acuario para que empaticemos con una criatura cuyo hábitat está disminuyendo por culpa de los seres humanos, con una criatura que la mayoría de nosotros no hemos visto nunca, de la que no hemos oído hablar nunca. Su atronadora vocalización alcanza la frecuencia más baja de todas las llamadas de aves que se conocen, por debajo de los límites del oído humano. Pero cuando se llaman entre sí en la más densa de las selvas, los guardas de los santuarios afirman que, aunque no lo puedan oír, el cuerpo les dice que ese *boom* está ahí. No podemos detectar el sonido que emiten los casuarios, pero literalmente podemos sentir su presencia y, con su llamativo aspecto, son una de esas aves ancestrales poseedoras de una mirada sabia, que parece advertirnos que no siempre estarán aquí.

¿Y si los azules y rojos del cuello del casuario pudieran

hacernos reaccionar, igual que un semáforo nos avisa de que tengamos cuidado —de nosotros mismos y de los demás— y obedezcamos las normas de circulación? Lo que está claro es que esta ave enorme, extraña y bella es una «especie clave», lo que significa que las selvas australianas dependen de ella para mantener su biodiversidad. Y está muriendo por culpa de los seres humanos.

La frase: «me lo dice el cuerpo» es sinónimo de «sé que es verdad». ¿Y si el famoso *boom* del casuario es también la forma que tiene la naturaleza de pedirnos que les prestemos una atención distinta de la que les estamos dispensando? Que no nos limitemos a apreciar y admirar a los casuarios por su llamativo aspecto y sus letales garras, sino que sintamos su presencia en nuestro planeta. Supongamos que ese *boom* que nos sacude el cuerpo puede ser un recordatorio físico de que todos estamos conectados, de que si la población de casuarios disminuye, lo mismo sucederá con la proliferación de frutales y, con ello, cientos de animales e insectos se verán amenazados. *Boom*, me entran ganas de decirles a las personas de Siesta Key a las que veo tirar bolsas de patatas fritas a los arbustos de uva de playa desde la toalla en la que estoy tumbada a orillas del mar. *Boom* al camionero que va delante de mí por la autopista 6, que tiró por la ventanilla una bolsa de comida rápida y después, más adelante, un par de cigarrillos mal apagados. *Boom*, me entran ganas de decirle a la familia que dejó las botellas de plástico de agua en un banco del Parque Estatal de las Cataratas del Niágara, y a dos de ellas se las llevó el aire y acabaron en las cataratas. ¿Es que no lo veis? Todos estamos conectados. *Boom*.

27

MARIPOSA MONARCA

Danaus plexippus

Hay un punto en el lago Superior en el que las mariposas monarca que emigran giran bruscamente. Nadie entendía por qué describían un giro tan rápido en ese lugar específico hasta que un geólogo acabó estableciendo la relación: hace miles de años una montaña emergió del agua en ese preciso lugar. Esas mariposas y su descendencia todavía recuerdan una masa que no han visto nunca, ondas sonoras que rompen sin más, y la evitan en su vuelo. ¿Cómo transmitieron este conocimiento de lo invisible? ¿Les llega a través de la canción que se cantan a ellas mismas durante las primeras noches frenéticas en las que dan vueltas dentro de una crisálida? ¿O en la música que les va acariciando la espalda con un beso cuando se abren al sol matutino? ¿Les susurra instrucciones el algodoncillo mientras se extiende por la pradera?

Tal vez esta sea la más solitaria de las memorias: verse alterado para siempre por un beso invisible, un recuerdo de algo que desapareció y se desmoronó hace tiempo, como esa montaña del lago Superior. Quizá, en un futuro lejano, un sonido que se asemeje a mi voz persiga a mi tataratararatatataratataratataranieta, un sonido que ella no terminará de ubicar, no terminará de nombrar. Ese sonido le provocará un cosquilleo una y otra vez, igual que la peculiar sensación que produce una aguja de pino pegajosa por la savia, ese beso como de tiza, que manchará sus manos con un color claro que solo aparece en el crepúsculo.

Un beso invisible es así: el origen de lo que recuerdas y

lo que pasa a formar parte de ti no está en un único guion o escena, sino tal vez en una persecución anterior o en la conmoción y la sorpresa que sentiste la primera vez que encontraste cuarzo púrpura en el interior de una geoda. La primera vez que partí una para abrirla, en el cumpleaños temático de dinosaurios de mi hijo, metí la piedra en un calcetín para que no saltaran trocitos al oscuro iris de mis ojos. Tras los primeros golpecitos cuidadosos la machaqué mientras intentaba prepararme por si me llevaba un chasco: un calcetín lleno de polvillo y trocitos de piedra. Pero cuando me puse los pedazos en la mano, no podía creer la suerte que había tenido —a la luz quedó el destello violeta subido del cuarzo amatista— y de pronto me vi en la clase de ciencias naturales de primero del instituto. Recordé los exámenes cronometrados para identificar minerales según la escala de dureza de Mohs. Todo el mundo sabía que el talco era el más blando de la escala y, naturalmente, que el diamante era el más duro, pero casi nadie se acordaba de los minerales que había entre medias. Sin embargo, a mí siempre me había atraído el cuarzo. Fue con el que más me entretuve, le di vueltas en la mano, e incluso lo lamí cuando nadie miraba: sabía a fuego de campamento.

Hace unos años, durante las últimas boqueadas del verano en nuestra casa en Mississippi, una preciosa crisálida verde lima que estaba en la puerta de nuestro porche delantero, y a la que mi familia había estado observando atentamente, no se abría. Mi marido y yo no habíamos oído nunca que pudiera pasar algo así, de manera que hicimos lo que hacemos siempre que la paternidad nos confunde: decidimos esperar a ver. Las paredes de la crisálida ya casi eran transparentes, nuestros hijos veían el familiar dibujo del ala de la monarca doblada cuidadosamente dentro. Era lo primero que iban a ver cuando se despertaban, tras volver a casa corriendo del colegio y antes de irse a la cama. Mis aficionados a la jardinería decían que le diésemos una semana más. Le dimos dos. Después tres. Y nada. En más de una ocasión me encontré a mi hijo menor acuclillado hablándole,

animándola, como si la monarca participase en alguna carrera: «¡Vamos, que tú puedes! ¿Es que no quieres nacer, mariposita? Tenemos un montón de algodoncillo para que te lo comas».

Las mariposas siempre han sido especiales para mis hijos. En preescolar a mi primogénito le gustaban tanto que me pedía que pusiera vídeos de YouTube de mariposas saliendo de la crisálida y se aprendió palabra por palabra la estoica narración del intrincado proceso de eclosión. La única vez que se metió en un lío en el colegio, la única en los doce tiernos años que tiene, fue cuando otro niño le dijo que las mariposas solo podían gustarles a las niñas. Y él hizo lo que haría cualquier persona amante de las mariposas, dijo: «¡Cállate, estúpido!». Naturalmente el maestro solo oyó el arrebato de mi hijo, y ello hizo que por primera y única vez en mi vida yo fuese al despacho del director a hablar en defensa de mi hijo. Pero me estoy desviando del tema que nos ocupa. Lo que quiero decir es: la mariposa monarca es muy importante para toda nuestra familia. Todas las casas en las que hemos vivido de casados han tenido abundante algodoncillo y otros atractivos para las mariposas. De hecho, lo primero que plantamos en nuestro jardín de Mississippi fue flor de sangre, un algodoncillo vibrante y patilargo, con un confeti de flores de un naranja rojizo que llama a las mariposas desde cada una de sus puntas.

La crisálida no eclosionó. Una noche oí que mi hijo pequeño la incluía en sus oraciones nocturnas, pero después no la volvió a mencionar. Mi marido acabó deshaciéndose de ella mientras los niños estaban en el colegio y ninguno de los dos preguntó adónde había ido, aunque sé que se dieron cuenta de que había desaparecido. Al parecer entendieron lo que mi marido y yo sabíamos desde hacía algún tiempo: ni siquiera las alas son capaces de garantizar un buen vuelo.

28

LUCIÉRNAGA ORIENTAL (REEDITADO)

Photinus pyralis

Es la última semana de nuestra estancia en Grisham House, en la que hemos estado diez meses, coincidiendo con el año académico, y que ocupa unas treinta hectáreas de terreno a las afueras de Oxford, Mississippi. Es muy posible que mi familia no vuelva a tener tanto terreno para nosotros solos, así que pasamos la mayor parte del tiempo al aire libre. Una de las numerosas razones por las que mi marido y yo queríamos quedarnos por la zona cuando finalizara la residencia era poder pasar más tiempo en la naturaleza en esta bonita localidad —esta «zanja de terciopelo», como la llaman cariñosamente sus vecinos—, en la verde y exuberante parte septentrional del estado.

Uno de los mayores regalos durante esta última semana en la casa es la abundancia de luciérnagas. Con las luces apagadas por completo, en un primer momento no vemos nada, pero la paciencia se ve recompensada cuando una iluminación esplendorosa salpica el ya húmedo aire de mayo. Este año pasado, bajo tan vastos cielos y sin tener que preocuparnos de que se aproximaran coches, mis hijos pudieron ver de verdad las estrellas sin que hubiese mucha contaminación lumínica por primera vez en su corta vida. Pudieron distinguir constelaciones fácilmente porque, cuando yo vivía en Arizona, su abuelo me enseñó a hacerlo. Pudieron identificar la Vía Láctea —ese riachuelo de estrellas— mientras se derramaba sobre nuestro terreno y

maravillarse con ella. No quieren entrar en la casa, nunca. Quieren observar las estrellas cuando tendrían que estar en la cama hace rato. Mi hijo pequeño me pasa el brazo por la cintura para suplicar, «por favor», y cuando le digo que sí, ambos chillan entusiasmados, se lanzan a la oscuridad y echan a correr por el camino de acceso hasta llegar al campo iluminado únicamente por luciérnagas. ¿Cómo iba a decirles que no?

Así son las maravillas: hace falta un poco de paciencia y hace falta estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. Debemos ser lo bastante curiosos y renunciar a nuestras pequeñas distracciones para encontrar el mundo. Cuando imparto clases durante el Mes Nacional de la Poesía en colegios de educación primaria, a veces hablo de luciérnagas para evocar el recuerdo y detalles sensoriales de la naturaleza. No hace mucho, sin embargo, diecisiete alumnos en una clase de veintidós me dijeron que nunca habían visto una luciérnaga: creían que bromeaba, que me estaba inventando un insecto. De manera que les pregunté qué hacían para divertirse en ese rosa crepuscular que precede a la cena. Cuando yo crecía, jugábamos al *kickball* o al pillapilla, montábamos en bici, hacíamos cualquier cosa, la verdad, hasta que mis padres encendían la luz del porche. Pero la respuesta más común de los alumnos fue: jugar a los videojuegos y ver películas. Dicho de otro modo, siempre estaban en casa. Y por lo general delante de una pantalla.

2019 fue un año estupendo para las luciérnagas en gran parte del Medio Oeste y la costa este. La cantidad perfecta de lluvia en primavera unida a un invierno no demasiado severo dio lugar a un despliegue deslumbrante durante la temporada alta de luciérnagas: de mediados de junio a mediados de julio. Pero no os equivoquéis: los científicos insisten en que, aunque se puede dar un recuento elevado de escarabajos en un año atípico, la población general de más de dos mil variedades continúa disminuyendo debido a los pesticidas que se utilizan en los jardines y la contaminación lumínica. Debido a este

descenso en la población —y a pesar de él—, artistas del mundo entero parecen decididos a captar la belleza de estos insectos, quizá para que en un futuro nos sirva de recuerdo de lo que un día tuvimos en abundancia.

Uno de mis ejemplos preferidos de este homenaje es del fotógrafo Tsuneaki Hiramatsu, que tomó fotografías con una exposición de ocho segundos a un campo en el que se congregaron las luciérnagas un verano. Superpuso digitalmente algunas de estas fotos y el resultado se podría confundir fácilmente con el cielo nocturno de una isla del norte de Grecia o el sur de la India; en la obra de Hiramatsu, el cielo y la tierra son hermanos exuberantes, luminiscentes.

Sin duda fue triste que tuviera que buscar en internet un vídeo para demostrar que, en efecto, las luciérnagas existen y enseñarles a mis alumnos cómo era un campo repleto de ellas de noche. Diecisiete alumnos de veintidós nunca habían visto una luciérnaga. Nunca habían oído hablar de ellas. Nunca habían atrapado una para meterla en un tarro de mermelada, nunca habían visto brillar una en sus manos sudorosas. Esa era una localidad de las afueras en la que las luciérnagas suelen llenar a rebosar los bordes de carreteras menos frecuentadas. Y esos niños no son los únicos. De mis alumnos, el número de los que son capaces de distinguir, por ejemplo, una hoja de arce de una de roble también ha disminuido en mis clases de escritura sobre medio ambiente en el ámbito universitario. No es posible que este descenso generalizado de conocimientos sobre la naturaleza sea una coincidencia.

¿Qué se pierde cuando uno crece sin saber el nombre de las distintas variedades de luciérnaga? ¿Cuando estas palabras no salen con facilidad: *Shadow Ghost*, *Sidewinder*, *Florida Sprite*, *Mr. Mac*, *Little Gray*, *Murky Flash-train*, *Texas Tinies*, *Single Snappy*, *Treetop Flasher*, *July Comet*, *Tropic Traveler*, *Christmas Lights*, *Slow Blue*, *Tiny Lucy*, la traviesa *Marsh Imp*, *Sneaky Elves* y —en un duelo por el primer puesto entre mis preferidas— *Heebie Jeebies* y *Wiggle Dancer*?

Todos estos nombres, mudos; con miles y miles de pequeños silencios más aún que siguen cuando las luciérnagas eclosionan, atraviesan la etapa larval, se convierten en pupas, salen de su capullo y después —ya aladas— deciden no exhibir su luz amarilla verdosa. Los científicos aún no saben cómo, cuándo o por qué las luciérnagas deciden permanecer visualmente mudas. Y aunque un campo de hierba alta podría estar rebosante de luciérnagas, el espacio y el tiempo que media entre destello y destello se ha ido alargando con los años. Todavía hay cantos de chochín con los que maravillarse. Todavía necesito aprenderme el nombre de los insectos oriundos que serán descubiertos el año que viene. Y el otro y el otro.

¿Cuándo empieza uno a preocuparse por estos seres vivos entre las funestas noticias diarias del cambio climático e informes de otro animal u otra planta que desaparece del planeta? ¿Cómo podemos siquiera llegar a imaginar que volvemos a un lugar en el que sabíamos el nombre de los árboles por delante de los que pasábamos cada día? Un lugar en el que «un pájaro» que vuela por un campo cubierto de rocío se convierte en algo más concreto, algo a lo que podemos aferrarnos al sentir su nombre en la lengua: cuitlacoche rojizo. O «ese árbol grande»: catalpa. Tal vez lo que podamos hacer cuando nos sintamos abrumados es empezar poco a poco. Empezar con lo que amábamos cuando éramos pequeños y ver adónde nos lleva.

En mi caso lo que una única luciérnaga es capaz de hacer es esto: puede iluminar un recuerdo que creía perdido hacía tiempo en bordes de carretera infestados de zanahoria silvestre y solidago, con una tarta de melocotón enfriándose en el alféizar de una casa lejana. Podría hacerme sentir que vuelvo a una reunión de seres queridos que están cenando a orillas del mar en una isla griega, escuchando el canto de las cigarras y con una leve brisa arrancando susurros a los árboles de la seda. Una única luciérnaga podría ser la chispa que nos devuelve al jardín trasero de nuestra abuela para que permanezcamos a la escucha de chotacabras cuerporruín; la chispa que nos devuelve a esa zambullida en

un riachuelo helado, con el pantalón vaquero enrollado hasta la rodilla, hasta que temblamos y proferimos un grito ahogado, con los dedos de los pies completamente arrugados. En esa chispa hay una desaceleración y ternura. Escuchad: *boom*. ¿Lo oís? El casuario sigue intentando decirnos algo. *Boom*. ¿Habéis visto eso? Una única luciérnaga también trata de hacer eso. Una luz tan pequeña para una labor tan considerable. Su luminiscencia bien podría ser la chispa que nos recuerde que hemos de dar un más que necesario viraje —un movimiento, un giro y cambio— hacia la apreciación de este magnífico y asombroso planeta. *Boom, boom*. Podríais pensar en el latido de un corazón: el vuestro. El de un niño. El de otra persona. O el corazón de una cosa. Y, en esa desaceleración, podríais pensar que eso se parece al amor. Y estaríais en lo cierto.

AGRADECIMIENTOS

Partes de este libro aparecieron en forma del anuario «Ensayo Meridel Le Sueur» para la *Water~Stone Review*. El ensayo tiene por objeto honrar el trabajo y la contribución de la escritora de Minnesota Meridel Le Sueur, cuya obra llegó al resto del mundo gracias a su compromiso con la justicia social.

El rico germen de muchos de estos ensayos hay que buscarlo en The Toast, una página web de humor feminista, en 2015, como parte de una columna quincenal titulada «World of Wonder», auspiciada por Roxane Gay y publicada por Nicole Chung.

Ensayos independientes o partes de ellos también figuran en las siguientes páginas web y publicaciones literarias:

1966: A Journal of Creative Non-Fiction, «Whale Shark».
Adroit Journal, «Flamingo».
Brevity, «Grey Cockatiel».
The Collagist, «Comb Jelly».
Diagram, «Narwhal».
EcoTheo Review, «Bonnet Macaque» y «Dancing Frog».
Ecotone, «Monsoon» y «Peacock».
Georgia Review, «Cactus Wren» y «Octopus».
Gravy, una revista del instituto Southern Foodways Alliance, «Dragon Fruit».
Greanpeace.org, «Questions While Searching for Birds with My Half-White Sons, Aged Six and Nine, National Audubon Bird Count Day, Oxford, MS».
Guernica, «Monarch Butterfly».
March Xness: A Yearly Tournament of Essays About Songs, «Superb Bird of Paradise».

Mississippi Review, «Potoo».
Blog del National Book Critics Circle, «Calendars Poetica».
Normal School, «Fireflies».
Oxford American, «Cara Cara Orange».
Shenandoah, «Touch-Me-Not» y «Catalpa».
Stone Canoe, «Calendars Poetica».
Waxwing, «Ribbon Eel».
Terrain, «Corpse Flower».
TriQuarterly, «Southern Cassowary» y «Fireflies (Redux)».

He dicho que mis libros nacen del amor y el asombro y confío en que lo que tenéis ahora en vuestras manos tal vez sea el ejemplo más cristalino hasta el momento. Toda mi gratitud para las siguientes personas por el apoyo y el sustento que me han brindado:

Mi *barkada*, la familia que he elegido: Joseph O. Legaspi, Sarah Gambito, Oliver de la Paz, Jon Pineda, Patrick Rosal. No hay nadie en el mundo con quien quiera comer *halo-halo* (¡cubierto con leche flan!) más que con todos vosotros. A Mark Steinwachs, Sharon Wong, Emily VanDette y toda la familia VanDette, los Vanwesenbeeck, Jarred Wilson, Deb Knebel, Sara Sutherland, Americ McCullaugh, los Manganaro, Christopher Bakken, Allison Wilkins Bakken, Natalie Bakopoulous y el programa de talleres de escritura en Grecia por saber cuándo darme calma y cuándo necesitaba el mar. Por compartir pan conmigo y por jalearme: la familia Parson, JoAnn DeRosa, Adrian Matejka, Matt de la Peña, la familia Manganaro, Meridith Bruce y familia, Kaveh Akbar, Paige Lewis, Patrick Phillips, Camille Dungy, Ada Limón, Sean Hill, Lesley Wheeler y, en particular, Kiese Laymon por iluminar un camino a través de estos ensayos. A Ross Gay, alias LL Lentils, que leyó los primeros esbozos de este ajolote. A Beth Ann Fennelly, cuya pluma correctora y mesas llenas de comida, bebida y amistad lo son todo para mí.

Les estoy especialmente agradecida a Roxane Gay y Nicole Chung por la luz verde y por dar forma a estas pequeñas maravillas, dotarlas de su primer público. A Rita

Dove, Patricia Smith, Jesse Lee Kercheval, Emily Smith, Katrina Vanderberg, el difunto Brian Doyle, Nick Ripatrazone, Anna Lena Phillips Bell, Jeff Shotts, Matthew Gavin Frank, Leah Wolff, Stephen Church, Ander Monson, Christina Olson, Elena Passarello, Robin Hemley, Lee Martin, Rigoberto Gonzalez, Georgia Court, la familia David Citino y Christopher Rhodes, por guiar esta idea.

Muchas gracias y una rama llena de flores de magnolia color crema a mis compañeros y alumnos del departamento de inglés y el College of Liberal Arts de Mississippi; John y Renée Grisham, por proporcionarme el espacio para maravillarme y deambular; la increíble MacDowell Arts Colony, donde se revisó gran parte de este libro en medio del glorioso bosque; Kundiman; Chautauqua Literary Arts; Hamline University; el equipo de la revista *Orion*; Copper Canyon Press; Judy Braus y la North American Association for Environmental Education; el Centro de Poesía de la Universidad de Arizona; el programa Distinguished Writer-in-Residence del máster en Bellas Artes de la Universidad de Nevada-Reno; el Hermitage Artist Retreat, por regalarme tiempo y espacio para escribir estos ensayos a orillas del golfo; el Acuario de Georgia, el Acuario de Monterey y el MOTE Marine Lab; la Mississippi Arts Commission, por su generosa beca; el maravilloso equipo de Blue Flower Arts; mi librería preferida del mundo entero —Square Books—, por el apoyo que me han prestado desde que me trasladé a Mississippi; los reverendos Eddie Rester y Chris McAlilly; Fumi Nakamura, por hacer que estas plantas y animales cobraran vida con sus absolutamente prodigiosas manos; y a todo el equipo de Milkweed: Yanna, Joey, Mary, Lee, Hans, Meagan, Shannon, Allison, Bailey, Julian y, sobre todo, Daniel Slager, por su visión y entusiasmo (¡y paciencia!) desde el primer día.

Dustin, fuiste el primero en creer en este libro y en mis relatos. Tu amor es la mayor maravilla de mi vida: mi escritura y todo mi mundo se ensancharon cuando te conocí.

Pascal y Jasper: escribí estos cantos de amor al planeta

por vosotros, para vosotros y teniéndoos en mente a vosotros. Vuestro corazón de oro, vuestras risas y vuestras pisadas son mis más preciadas maravillas.

Mamá y papá —los primeros poetas que oí en mi vida y los mejores cuentacuentos que conozco—: gracias por llevarme siempre a la biblioteca y, sobre todo, por dejar que jugara y deambulase al aire libre.

Un mundo asombroso. Elogio de las luciérnagas, tiburones ballena y otras maravillas
Aimee Nezhukumatathil

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2020, Aimee Nezhukumatathil

© 2021, María José Díez Pérez, por la traducción

Título original: *World of Wonders*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño,
a partir del diseño original de © Mary Austin Speaker
© de las ilustraciones de la cubierta, Fumi Mini Nakamura

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-344-3565-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!